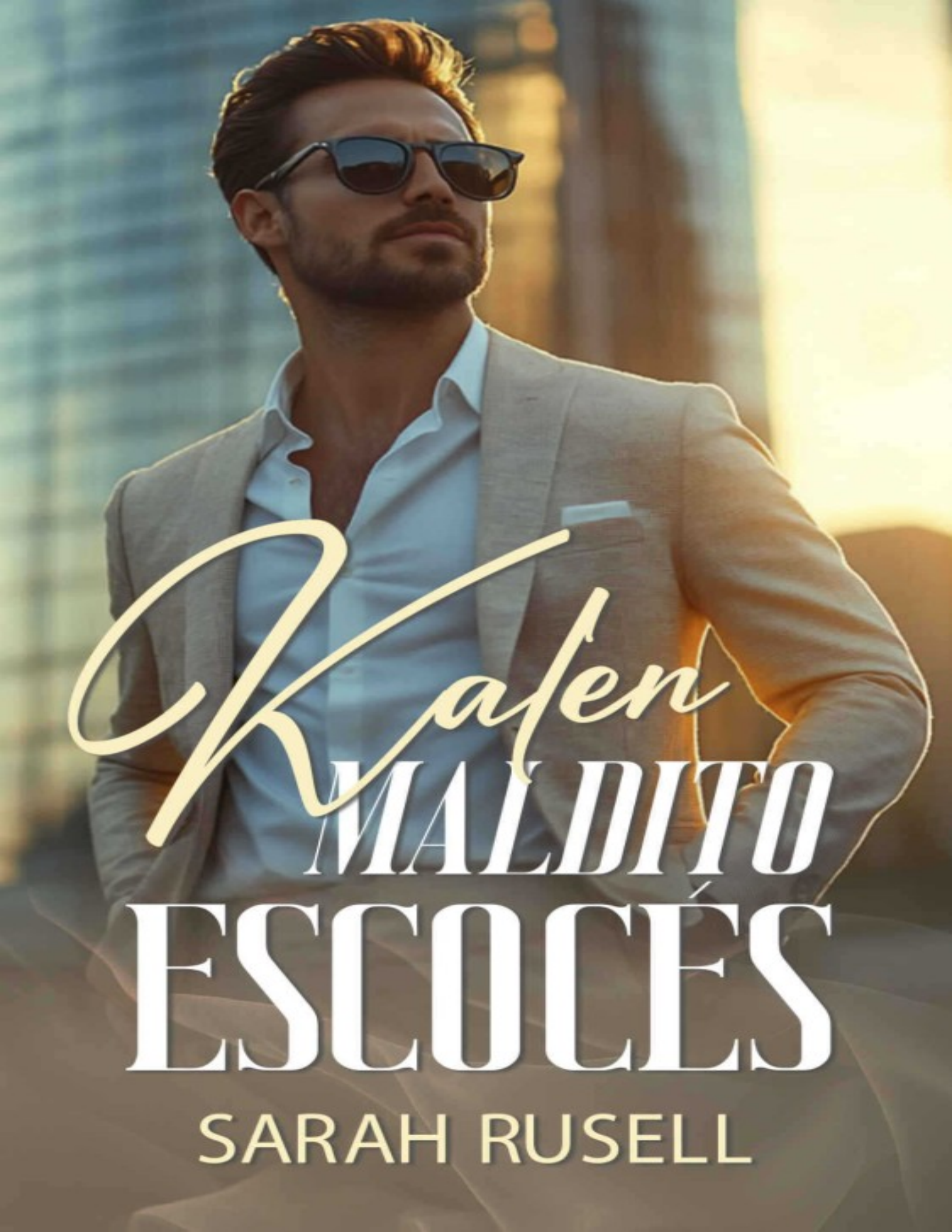

Kalen
MALDITO
ESCOCÉS
SARAH RUSELL

Kalen
MALDITO
ESCOCÉS

SARAH RUSELL

Primera edición.

Kalen maldito escocés

©Sarah Rusell

©enero, 2026

©imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Epílogo

Capítulo 1



Seren

Estaba mirando los gráficos del último mes para comprobar cuántos puntos habían subido las ventas en comparación con meses anteriores cuando el teléfono sonó con una llamada de mi padre.

Me pareció un poco extraño que me llamara a esa hora. Él no solía molestarme en horario laboral a no ser que fuese algo importante. Al preguntarle, lo único que me dijo fue que necesitaba que fuera a casa cuanto antes, que tenía algo que contarme, pero que era necesario hacerlo en persona.

Por su tono de voz parecía que se trataba de algo grave o urgente. Así que decidí ir en ese momento. De todos modos, no tenía ninguna reunión prevista y lo que me quedaba por hacer podía hacerlo desde casa una vez hubiera ido a ver a mis padres.

—Margarita, me tengo que ir. Cualquier cosa que necesites, me llamas —le dije a mi secretaria cuando salí de mi despacho.

Marga llevaba varios años trabajando para mí en la empresa. Era una de las mejores personas con las que me había cruzado en mis treinta años de vida. Siempre atenta y dispuesta a facilitar las cosas, nunca ponía mala cara. Para mí era mucho más que una simple secretaria.

Por eso mismo me daba tanta pena que en menos de un año se jubilara. Estaba segura de que la persona que la sustituyera no sería igual que ella. No

digo que no pudiera desempeñar un buen trabajo, pero como mi Marga no iba a haber otra.

—¿Ha pasado algo? Te lo pregunto porque hoy no tenías previsto trabajar desde casa. —Se levantó de su silla.

—No lo sé. Solo me ha llamado mi padre y me ha pedido que vaya a su casa cuanto antes. —Miré el móvil porque lo sentí vibrar dentro del bolso.

Era un correo del departamento de Márquetin. Ya lo leería cuando llegara a casa.

—Espero que no sea nada. Ya sabes que cualquier cosa que necesites, aquí estaré —dijo, como siempre, ofreciendo su ayuda aunque no tuviera nada que ver con el trabajo.

—Gracias, Marga. —Me acerqué para darle un beso—. Eres la mejor.

—Me encanta que me hagas la pelota —dijo sonriendo.

—No es pelota, es la verdad. —Le guiñé un ojo—. Me voy, mañana nos vemos.

De camino a casa de mis padres no paré de darle vueltas a la cabeza pensando en qué podría haber pasado.

Normalmente, a esa hora tanto mi padre como mi madre tendrían que estar en el trabajo, y ese era otro de los motivos que me ponía aún más nerviosa. Eso y que no me lo hubiera dicho por teléfono.

Ya en el coche, y cuando el manos libres se conectó, llamé a mi prima Laura.

—Hola, prima favorita. —Mira que era tonta cuando quería.

—Hola, fea. —Reí al imaginarme el gesto que habría hecho con los ojos —. ¿Sabes qué ha podido pasar con mis padres?

Mis padres tenían una clínica dental. Les iba tan bien que, aunque ambos tenían sus carreras, ya no ejercían. Solo se dedicaban a que la clínica funcionara correctamente y estuviera en orden, porque para trabajar contaban con un equipo que ellos mismos habían ido contratando.

—Ni idea. Solo sé que me dijeron que me quedara a cargo de todo —la escuché resoplar—, y no veas, me han dejado con cuatro financiaciones.

Como era normal, no todo el mundo podía costearse los tratamientos bucales, así que la mayoría de las personas tenía que financiarlos.

—Eso es pan comido para ti. Entonces, ¿no sabes por qué se han ido?

—Me parece que tu trabajo está haciendo que pierdas la cabeza. Te estoy diciendo que no me han dicho nada. —Puse los ojos en blanco—. ¿Por qué tanto interés?

—Porque me han llamado para que vaya a su casa cuanto antes y eso no es normal. Si no fuera importante, habrían esperado a que terminara de trabajar.

—Pues no sé. A mí, desde luego, no me han dicho nada. —Escuché cómo tecleaba en el ordenador—. Oye, Seren, ¿qué te parece si mañana salimos a bailar un poco?

—Te lo confirmo esta tarde cuando llegue a casa. Primero quiero saber qué me voy a encontrar.

Me despedí de mi prima, sí, la única que tenía. Vamos, que no podía tener una familia más pequeña.

Ella era hija del único hermano de mi madre, pero ¿qué os parece si me presento un poco antes de continuar con la historia?

Me llamo Seren y he vivido toda mi vida en el sur de España. Sí, ya sé que mi nombre no es muy español que digamos, pero tiene su explicación.

Soy hija única de un matrimonio entre un escocés y una española. Veréis, mi madre, Olga para vosotras, viajó durante un verano a Escocia porque era un país que le encantaba y porque quería perfeccionar su inglés.

Fue allí donde conoció a mi padre, Logan. Según cuentan ellos, fue amor a primera vista. Tan a primera vista que, cuando llegó el final de ese verano, mi padre no se hizo a la idea de vivir sin el amor de su vida. Así que dos meses después lo dejó todo y se presentó aquí, y desde entonces comenzaron a vivir su historia de amor.

Pero no penséis que todo fue fácil para ellos, para nada, porque mi querido abuelo Stuart les puso todas las trabas posibles y alguna más.

Por lo visto, ese hombre no asimilaba que su único hijo no se casara con una escocesa de pura cepa. Todo esto lo sé porque me lo contaron mis padres hace unos años.

Como iba diciendo, mi «abuelo» no aceptaba que su hijo se casara con una española y, al no conseguir que diera marcha atrás, rompió todo contacto con él. Así que sí, a ese hombre que parecía un abuelito superencantador no había tenido el gusto de conocerlo en mi vida. Por favor, entended mi tono irónico.

De esa unión tan especial nació lo más bonito e importante de sus vidas: yo, su única hija, Seren, porque aunque mi padre dejó su país y su ciudad, nunca olvidó sus raíces y por eso mismo decidieron ponerme este nombre.

Oye, que también tengo que decir que mi nombre siempre me ha encantado por lo poco común que era por aquí.

Desde mi nacimiento habían pasado treinta años. Siempre había sido una niña con carácter, eso no lo puedo negar. Con muy buen corazón, pero sin dejar que nadie me pisoteara, aunque no tenía ni idea de si el futuro haría que eso cambiara.

Además de carácter, era un poquito cabezona, y cuando se me metía algo entre ceja y ceja, era difícil que me hicieran cambiar de opinión.

Por eso mismo, en cuanto cumplí la mayoría de edad, le devolví a Stuart hasta el último céntimo que me había estado mandando a una cuenta a mi nombre.

Parece de cachondeo, ¿verdad? Que ese hombre hubiera roto todo contacto con su hijo, pero que a su nieta le hubiera estado mandando dinero desde mi

primer mes de vida.

Pues lo estuvo haciendo, y eso que nunca lo conocí.

Ni mis padres ni yo tocamos nunca ese dinero. Por eso mismo he dicho que, en cuanto pude hacerme cargo de esa cuenta, le devolví todo. Lo mejor fue lo que le puse en el concepto: «Gracias, pero no lo necesito».

Y no creáis que me sentí mal por hacer eso, os juro que fue todo lo contrario. Cuando salí del banco lo hice con una sonrisa tan grande que me faltaba espacio en mi pequeño rostro.

De eso hace doce años y, hasta el día de hoy, no he vuelto a saber nada de ese hombre ni de su dinero.

Bueno, sigo, que me estoy enrollando más que una persiana. Como mi padre no tenía trato con su familia —bueno, más bien con su padre, que era lo único que le quedaba, ya que no tenía hermanos y su madre murió cuando él era pequeño—, la única familia que tenía era por parte de mi madre.

Y no digamos que era una familia grande, nada que ver, pues éramos pocos integrantes.

Mis abuelos, Pedro y Soledad. Él, con su buen humor, siempre era el que animaba a toda la familia y el que hacía que nos mantuviéramos unidos, más que nada porque era raro que pasara una semana sin que nos reuniera a todos en su casa.

Ella, una cascarrabias de cuidado, pero con un corazón enorme. Todavía me pregunto cómo ese matrimonio tan distinto podía haber durado tantos años juntos. Supongo que ahí está el secreto: ser polos opuestos.

De ellos nacieron mi madre, que era la hija mayor, y mi tío Víctor, dos años menor que su hermana.

Cuando mi tío era joven, muy joven, conoció a la que sigue siendo su mujer, Nieves.

Mi tía era para mí como una segunda madre, al igual que mi madre lo era para mi prima. Y, por último, estaba mi prima Laura, pero a esa ya la habéis conocido un poquito.

Pues sí, esta era mi corta familia, y a partir de ahora viene mi historia. Y no creáis que es moco de pavo, que va, porque en un plazo muy corto de tiempo me pasaron mil cosas: algunas buenas y otras no tanto, pero eso lo iréis descubriendo página a página.

¿Estáis preparadas? ¿Sí? Pues vamos allá.

Capítulo 2



Seren

—¡Ya estoy! —grité al entrar—. ¿Dónde estáis metidos? —pregunté al no verlos en la cocina, que fue el primer lugar en el que miré.

—En el salón. —Escuché decir a mi madre.

Al entrar, los vi a los dos sentados en el sofá. Tenían las manos entrelazadas y una mirada algo triste, más marcada en los ojos de mi padre que en los de mi madre.

—Más vale que me digáis lo que ha pasado porque estoy a punto de perder los nervios —les dije mientras me acercaba a ellos para darles un beso a cada uno.

—Cariño, es que no sé cómo decírtelo —dijo mi padre.

—Papá, directo. Ya sabes que no me gustan los rodeos. —Me quedé de pie frente a ellos, esperando.

—Bien, pues sin rodeos. —Me miró directamente a los ojos—. Tu abuelo ha muerto.

Me quedé paralizada, sin saber qué decir.

Lo que sí sentí fue cómo mi corazón daba un brinco dentro del pecho y cómo mis ojos empezaban a llenarse de lágrimas.

¿Cómo era posible que me dieran una noticia así y que ellos estuvieran más o menos normales? ¿Y por qué mi prima seguía trabajando tan tranquila?

—¿Y me lo decís tan tranquilos? —Las manos me empezaron a temblar.

Tuve que sentarme en el sillón que tenía detrás de mí. Parecía que había perdido las fuerzas en las piernas.

—Hija, es que tampoco supone un cambio muy grande en nuestras vidas —me dijo mi madre.

Me quedé mirándola como si se hubiera vuelto loca.

—¿Vosotros estáis fumados, verdad? Porque no es muy normal que estéis así. ¡Que me estáis diciendo que mi abuelo se ha muerto! —grité desesperada.

—Cariño, no sabía que te ibas a poner así por un hombre que no conoces de nada. —Espera… ¿qué acababa de decirme mi madre?

—Es para mataros. —Los miré con los ojos entrecerrados, porque acababa de darme cuenta de lo que había pasado—. Joder, ya lo podíais haber dicho desde el principio.

—La verdad es que no hemos caído en aclararlo antes de que te asustaras —contestó mi madre.

—Papá, sé que es tu padre —lo miré con un poco de pena, no por ese hombre, sino por cómo se tenía que estar sintiendo mi padre— y, aunque llevéis mucho tiempo sin hablaros, puedo entender que te haya dolido. Al fin y al cabo es tu padre, así que lo siento mucho por ti. Pero a mí ese hombre me da completamente igual.

—Cariño, tampoco es eso —volvió a decir mi madre.

—Sí que es eso, lo siento, pero no voy a mentir. —Os juro que de verdad me daba pena por mi padre, pero ese hombre para mí era totalmente indiferente.

Vamos, que si se hubiera muerto el profesor de matemáticas que tuve en primaria, me habría dolido más. Está claro que era solo un ejemplo.

—Seren, no te preocupes, lo entiendo. Sé que mi padre no suponía nada para ti, es lo más normal si no lo has conocido nunca —se le notaba triste; después de todo, era normal—, pero no te hemos llamado para eso.

Lo miré sin entender muy bien lo que quería decir.

—Lo que te quiere decir tu padre es que el abogado de tu abuelo se ha puesto en contacto con nosotros para decirnos que eres la única heredera y que tienes que ir a Escocia para hacerte cargo de la herencia.

—¡¿Qué?! —Eso era imposible. ¿Qué sentido tenía que ese hombre me hubiera dejado de heredera a mí, si ni siquiera me conocía?

—Eso no puede ser. Vamos, ya os digo que tiene que ser un error y, aunque no lo fuera, yo no quiero nada de ese hombre. —No me hacía falta el dinero ni nada que viniera de una persona que nunca se había molestado en conocerme.

—Sabía que no ibas a querer nada de él, pero piénsalo bien, porque podrías tener la oportunidad laboral que siempre has querido —negué con la cabeza —. Cariño, piénsalo bien.

—Que no, papá, que no. No me ha hecho falta nunca nada de él y menos falta me hace ahora. Tengo un buen sueldo con el que vivo más que bien. —En la empresa en la que trabajaba me pagaban muy bien, demasiado bien, dirían algunas personas.

—De todos modos, aunque sea para renunciar a la herencia, tienes que viajar a Edimburgo —me dijo mi padre.

—¿Ese abogado no puede mandar los papeles? —Menuda pregunta más tonta, cuando sabía de sobra que tenía que ir para firmarlo ante notario.

—Sabes que no —me confirmó mi madre.

—Pues no sé si ahora mismo puedo pedir unos días libres para ir hasta allí. —Sí que podía cogérmelos, otra cosa era que quisiera hacerlo.

No voy a negar que siempre había sido un país que había querido conocer, por eso de saber de dónde procedían una parte de mis raíces. Si no lo había hecho antes era porque mi padre, desde que se vino a España, no había vuelto, y si no lo había hecho era por todo el dolor que le causaba regresar allí.

Por eso mismo había viajado a muchos países, pero nunca a ese.

Pero estaba visto que ahora no me quedaría más remedio que hacerlo.

—Podríais venir conmigo. —Los miré con la esperanza de que me dijeran que sí—. Vosotros no vais desde que papá se vino aquí y yo no he ido nunca.

—No podemos dejar la clínica tantos días. —Eso era una excusa, porque cuando se iban de vacaciones en verano lo hacían durante más tiempo—. Además, ahora mismo no me apetece ir. —reconoció mi padre—. Le puedes decir a tu prima que vaya contigo, estoy seguro de que irá encantada.

—No sé yo si Laura me sería de gran ayuda —nos reímos—, aunque por otro lado seguro que con ella no me aburro. —Me lo pensé mejor—. Sí, puede que le diga que venga conmigo. En los ratos libres que tenga, podemos hacer turismo.

—Estoy segura de que el mayor turismo lo vais a hacer por las noches. —No lo iba a negar.

—Opino como tu madre. Si quieres, os puedo decir algunas zonas donde, por lo menos cuando yo vivía allí, había muy buen ambiente —me iba diciendo mi padre.

Lo escuchaba de fondo, pero no le estaba prestando atención. No podía dejar de pensar en el hecho de que ese hombre me hubiera dejado como heredera.

Comprendía que no hubiera dejado nada a mi padre, pero ¿a mí? Si no me había conocido en la vida. Tampoco entendía que me hubiera estado mandando dinero desde que nací hasta el momento en el que se lo devolví.

En fin, que lo dicho: no quería nada de él. Vamos, que iba a firmar la renuncia encantada de la vida.

Sinceramente, me daba igual quién se quedara con el dinero o con las propiedades, que por lo visto tenía unas cuantas, y por supuesto me importaba un pimiento su empresa.

Venga, vale, lo reconozco: la empresa sí que me picaba un poco, pero solo por el hecho de que mi ambición laboral siempre había sido dirigir una. Por eso mismo había estudiado tanto. Estaba más que preparada para hacerlo y, a lo mejor, esa era mi única oportunidad.

Aunque, por otro lado, no creía que me quedara con nada de ese hombre. O tal vez sí, solo por el simple placer de venderlo todo, destruirlo y no dejar nada de lo que tanto trabajo le costó construir.

Sí, creo que eso sería una muy buena venganza: que se revolcara en su tumba viendo cómo su única heredera destruía todo lo que le dejó y que, con ese dinero, pudiera ayudar a personas que lo necesitaran o tal vez a refugios de animales.

Me pensaría qué hacer antes de tomar una decisión.

—Sí, le voy a decir a Laura que venga conmigo. —Me podía imaginar los saltos de alegría que iba a dar mi prima—. Por lo menos sé que con ella me voy a divertir.

—No lo pongo en duda. No dejes que se le vaya mucho la cabeza o a mi hermano le dará algo —dijo mi madre, aguantándose la risa.

—Eso ya no te lo puedo asegurar. —Me encogí de hombros—. Me tengo que ir ya. Dejé algo de trabajo para hacerlo desde casa cuando me llamasteis —añadí poniéndome en pie—. Llama a ese abogado para que lo arregle todo lo antes posible.

—Mejor te doy su número de teléfono y lo llamas tú. Así te ahorras intermediarios. —Se levantaron para despedirnos.

Salí de casa con muchos sentimientos encontrados y sin saber qué era lo que me esperaba en el país que vio nacer a mi padre.

Me animé a mí misma diciéndome que nunca había sido una cobarde a la hora de enfrentarme a distintos retos y que no iba a empezar ahora.

Capítulo 3



Kalen

—¿Te estás quedando conmigo? —le pregunté al abogado de Stuart—. Esto tiene que ser una broma del viejo, que hasta después de muerto va a dar por culo.

Era una manera de hablar. Calum sabía perfectamente lo que ese hombre había supuesto en mi vida y todo lo que le tenía que agradecer.

Me había dado lo que nunca me dio otra persona.

Para mí fue un padre, un abuelo, un ejemplo a seguir. Tenía a mis padres y los quería por encima de todo, pero gracias a Stuart tuve todo aquello que mis padres, por sus propios medios, no habrían podido darme.

Mi familia tenía pocos recursos. Mi madre, Maela, venía de una familia demasiado pobre en la que no le habían podido dar la oportunidad ni siquiera de estudiar. En cuanto tuvo una edad más o menos aceptable, mi abuela se la llevó a trabajar con ella a un taller de costura.

Mi padre, Gregory, creció en una familia un poco más acomodada. No pasó las mismas necesidades que su mujer, pero tampoco tuvo una crianza llena de lujos.

Eran una pareja con unos valores enormes, pero lo que de verdad tenían grande eran sus corazones, así como el cariño y el amor que siempre nos dieron y nos daban a mi hermano Owen y a mí.

No es que nos muriéramos de hambre, sobre todo porque mis padres siempre fueron unos luchadores, pero no teníamos lo mismo que otros niños que había en el colegio.

Todo eso cambió cuando mi padre se encontró por casualidad con Stuart y este le ofreció un puesto de trabajo como chófer. Y cuando no tuviera que requerir sus servicios como tal, se encargaría del mantenimiento de la casa.

Esa contratación de mi padre conllevó que, con el paso del tiempo, mi madre terminara trabajando allí también.

Cuando Stuart se enteró de que mis padres tenían dos hijos y de que mi madre no daba más de sí entre el trabajo y nuestra casa, les ofreció vivir con él. Bueno, eso de casa se quedaba muy corto para lo que realmente era.

Stuart vivía solo, me refiero en cuestión de familia. Al principio les dijo a mis padres que había estado casado, pero que no tuvo hijos con su mujer. A ella no la conocí; cuando fuimos a vivir allí llevaba varios años muerta.

Como iba diciendo, al principio nos aseguró que no tenía hijos, pero con el paso de los años nos contó que sí tenía uno, aunque no sabía nada de él desde que se fue con una española.

Según él, había dejado a su familia para irse detrás de una mujer que no tenía la sangre de una buena escocesa.

La verdad es que ni mis padres ni yo compartíamos esos pensamientos, pero supongo que cada uno era libre de pensar como quisiera.

El caso es que no volvió a tener contacto con su hijo, lo que en un principio le llevó a pensar que, con el tiempo, ese hijo volvería pidiendo perdón. Al no hacerlo, contrató a un detective privado y dio la casualidad de que descubrió dónde estaba justo cuando nació su nieta.

Fue entonces cuando decidió abrirle una cuenta bancaria a esa niña e ir ingresando dinero todos los meses. Claro está que eso lo tuvo que hacer con la ayuda de Calum, que fue quien se encargó de todo.

Todavía recuerdo cuando yo tenía veintiséis años y, al llegar de una reunión, lo vi en su despacho con la mirada perdida y llena de pena. Al preguntarle qué le pasaba, me dijo:

—Seren me ha devuelto todo el dinero que le he ido ingresando durante estos dieciocho años.

Me dio tanta pena verlo así que me prometí a mí mismo que jamás le faltaría cariño, por lo menos por mi parte.

Sería una malagradecida esa niñata. Ese fue otro de los pensamientos que tuve.

No se volvió a hablar ni de su hijo ni de esa nieta, al menos con mi familia y conmigo.

Trabajé junto a Stuart todos esos años, hasta que su salud se lo permitió. Cuando me dejó a cargo de la empresa, me cedió el cuarenta y cinco por ciento de las acciones; el cincuenta y cinco por ciento restante se lo quedó él.

Pensé que cuando muriera me lo dejaría todo o, por lo menos, me daría la posibilidad de comprar el resto de las acciones. Pero por lo que acababa de decirme Calum, me había equivocado completamente.

—No, no es ninguna broma. Las acciones se las ha dejado a su nieta. —Cruzó las piernas, sentado frente a mi mesa—. A ella y a ti os ha dejado todo, excepto el dinero y las propiedades, que, como ya sabes, han pasado a manos de tus padres y de tu hermano. Pero nada de esto será oficial hasta que se lea el testamento con todos los presentes.

—¿De verdad que a su hijo no le ha dejado nada? —Me costaba creer que hubiera sido así.

—No, absolutamente nada. —Se pasó una mano por el pelo, como si estuviera cansado—. No se puede negar que Stuart era rencoroso. Cuando tuve que redactar el testamento se lo pregunté y simplemente me dijo que ya había recibido su parte cuando su madre murió.

—Es que no lo entiendo. Deja la empresa en manos de una mujer que no conocía de nada —resoplé lleno de frustración—. Lo más seguro es que sea una niña mimada, acostumbrada a no hacer nada y a que se lo sirvan todo en bandeja de plata.

—Pues mejor para ti, porque así ella no toma el control de la empresa —dijo con una sonrisa socarrona—. Quién sabe si es una de esas tontas que se pueden manejar con un par de carantoñas.

—¿Y a mí qué más me da cómo sea? —le respondí.

—Kalen, no te das cuenta de que, si es así, a lo mejor la puedes enamorar para que ponga las acciones a tu nombre. —Lo miré sin creer lo que estaba oyendo.

—¿Los años te están haciendo perder la cabeza? —Otra explicación no encontraba.

—Piénsalo detenidamente. Si haces lo que te digo, puedes tener el control de todo, porque como no lo hagas y a ella le dé por vender acciones a lo loco, todo esto se puede ir a la mierda. Y no podemos permitir que eso pase. Muchas familias dependen de ti y de la empresa.

—No me jodas y no me quieras echar los muertos encima —le dije con una ceja levantada—. Y te recuerdo que se supone que deberías velar por ella.

Me pasé una mano por la barba. Me había crecido un poco y necesitaba recortármela. No es que tuviera la costumbre de llevarla muy larga; normalmente era de tres o cuatro días, pero con todo lo que había pasado se me había ido un poco de las manos.

—Y por eso mismo estoy velando por ella. Te lo estoy proponiendo. Además, si es tonta, te aseguro que eso es lo que menos te va a importar, porque otra cosa no, pero Stuart ha tenido una nieta preciosa —comentó con una sonrisilla.

—¿Sabes cómo es ella? —pregunté intrigado.

—Claro. Aunque Stuart no mantuvo contacto con ella, siguió pagando al investigador todos estos años para que lo mantuviera informado. —Se dio cuenta de que iba a preguntarle algo—. Antes de que lo hagas, te diré que no sé nada más. Eso era algo que el viejo se guardaba para él. No tengo ni idea de qué ha hecho a lo largo de su vida. Solo una vez me enseñó una foto suya, y de eso hace cuatro o cinco años.

—Bueno, sea como sea, no voy a hacer lo que me has pedido ni loco —me negaba.

Bastante tenía con lo mío como para, encima, tener que estar soportando a una niñata que, lo más seguro, no tuviera ni dos dedos de frente. Aunque, si lo miraba desde otro punto de vista, podía hacer lo que Calum me había dicho.

No perdía nada por tirármela un par de veces y, si encima era guapa como me había asegurado, mejor para mí. Porque, sinceramente, a nadie le amarga un dulce.

La puerta de mi despacho se abrió y por ella entraron mi hermano y mi mejor amigo.

—Calum, ¿ya le has dado la noticia? —dijo el capullo de Lewis.

Ese era mi mejor amigo y otro de los abogados que teníamos trabajando para nosotros.

—En ello estaba —le contestó—. Solo me quedaba por decirle que la semana que viene estará aquí para firmar ante notario.

—Creí que iba a venir antes —dije poniéndome de pie para ponerme la chaqueta del traje.

—Por lo visto no puede. No me ha dicho el porqué, solo que antes le es imposible venir. —También se puso de pie.

Era última hora de la tarde, por eso mismo mi hermano y Lewis habían venido a buscarme. La idea era ir a cenar algo y después salir a tomar una copa.

—Parece que vamos a tener una nueva jefa —me dijo mi hermano, dándome una palmada en la espalda.

—Estoy seguro de que esa mujer no sabe hacer la O con un canuto, así que no creo que se implique mucho. Más bien vendrá buscando dinero y lo dejará todo en tus manos —dijo Lewis, como si con eso me fuera a tranquilizar.

—Mejor nos olvidamos del tema por esta noche y nos dedicamos a pasarlo bien. —Cerré ese tema de conversación.

Ya afrontaría todo cuando llegara el momento.

Capítulo 4



Seren

—¿Lo tienes todo listo? —le pregunté a mi prima mientras me daba el último retoque frente al espejo.

Laura había llegado hacía más o menos una hora a mi casa. Esa noche íbamos a cenar toda la familia porque al día siguiente nos marchábamos a Edimburgo.

No creía que la estancia allí se alargara demasiado, pero antes de irme tenía claro que quería dejarlo todo bien atado para no tener que volver más de la cuenta.

—Claro. Si no, no estaría aquí tan tranquila. —Se sentó sobre mi cama, cruzando las piernas sin apartar la mirada de lo que estaba haciendo—. La tardona eres tú. —Se echó a reír.

—Eso te lo dices a ti misma para convencerte —me burlé a través del espejo—. Mi maleta lleva lista desde hace dos días.

—Para variar, la niña perfecta no podía dejar algo para última hora ni una sola vez en su vida —dijo con retintín.

No se lo tomé en cuenta. Al final, siempre habíamos sido así desde pequeñas.

—Ya sabes cómo soy. —Me terminé de pintar los labios—. Lau, sabes para qué vamos, ¿verdad? —Me puse en pie para coger el bolso.

—Perfectamente. Lo que no quita que, por las noches o en los ratos en los que no estés liada con todo lo que te ha dejado tu abuelo, no nos podamos divertir un poco. —Se levantó de la cama.

—Sí, pero como te he dicho, siempre que estemos libres —le repetí.

Salimos de casa rumbo al restaurante. Estaba completamente segura de que ya estarían todos esperándonos allí.

—Vale, pero si me sale un ligue, que sepas que lo voy a aprovechar. —Me miró con una de esas sonrisas que, con solo verlas, te hacían sonreír a ti también por la cara de pillina que ponía—. No me pienso ir de Escocia sin probar un buen escocés.

—Tú di que sí. Mientras tu prima tiene que aguantar toda esa mierda, tú te lo pasas bien con un tío entre las piernas. —Ya me gustaría a mí ser menos selectiva de lo que era con los hombres y parecerme un poco más a mi prima en ese sentido.

No es que ella se fuera con el primero que se le plantara delante, pero sí era bastante menos quisquillosa que yo.

Yo me fijaba en varios rasgos que ella pasaba completamente por alto. Por ejemplo, me gustaba que vistieran bien, que fueran maduros —no en edad, sino en su forma de actuar—, vamos, que no fueran los típicos niñatos que, aunque tuvieran cuarenta años, se comportaban como si tuvieran quince.

El olor era otra cosa primordial que me atraía de un hombre. A ver, me voy a explicar bien: me refería a ese aroma que desprenden cuando se echan uno de esos perfumes que te hacen querer mantener la nariz pegada a su cuello en todo momento, o incluso te despiertan unas ganas tremendas de dar pequeños mordiscos por toda esa zona.

No sé si a muchas mujeres les pasaría lo mismo que a mí, pero las manos eran otro detalle en el que me fijaba mucho. Me gustaba que las tuvieran cuidadas, pero lo que de verdad me atraía era que se les marcaran las venas.

¿Se le podía llamar a eso fetiche? No lo sabía, pero era algo que me volvía completamente loca.

De más está decir que, si no tenía ninguna de las cualidades anteriores que había mencionado, ya podía tener las manos que más me pusieran en el mundo, que no me fijaba en ese hombre ni para darle las buenas tardes.

En cambio, como os decía hace un momento, mi prima no tenía en cuenta esas cosas. Ella se fijaba más en que el hombre fuera divertido, hablador como ella y que le gustara el cachondeo más que a un tonto un lápiz.

En fin, que el mundo estaba lleno de personas distintas y cada una con sus propios gustos, y ojo, eso era precisamente lo bonito: que todos fuéramos diferentes, cada uno con sus más y sus menos.

—Lo siento mucho, Seren, pero ¿qué quieres que te diga? Es tu mierda, no la mía. —Se encogió de hombros, quedándose más pancha que ancha.

—Gracias, preciosa. No sabría qué sería de mi vida sin ti —ironicé.

Tardamos poco en llegar al restaurante, ya que mi casa no estaba lejos. Al entrar, como había supuesto, ya estaban sentados mis abuelos, mis tíos y mis padres.

—Ya podéis respirar tranquilos, que lo más bonito acaba de llegar —dijo Laura repartiendo besos a todos.

—Normal, acaba de entrar mi Seren por la puerta —dijo mi abuelo para pincharla.

—¡Papá! No hagas distinciones entre las niñas —le riñó mi madre.

Todos sabíamos que estaban bromeando; mi abuelo siempre nos había tratado a las dos por igual.

—Déjalo, mamá, que para una vez que dice la verdad. —Me uní a la broma mientras me sentaba entre mi abuelo y mi padre, los dos hombres de mi vida. Bueno, el tercero también lo tenía allí, sentado a la mesa.

A mi tío lo quería como a otro padre, y no era para menos. Me había criado con todos ellos y siempre habíamos sido una familia muy unida.

—Si te lo repites varias veces, a lo mejor te lo crees —me contestó Laura.

Esos eran nuestros típicos tira y afloja, lo normal entre dos personas que se habían criado prácticamente como hermanas.

—Gruñona, ¿qué te pasa que estás muy callada esta noche? —le preguntó Laura a nuestra abuela.

—No me hace ninguna gracia que os vayáis a ese país las dos solas. —Miré a mi prima, aguantándome la risa.

—Abuela, no sé cómo tienes valor para decir algo así, siendo tu yerno de ese mismo país al que vamos —le dije.

De reojo miré a mi padre, que se aguantaba la risa como podía.

—Pues por eso mismo. Menos mal que mi hija fue lista y se lo trajo, pero como vosotras sois más tontas —pelos en la lengua no tenía, eso estaba más que claro—, seguro que conocéis a unos escoceses allí y os quedáis.

—Entonces lo que te pasa es que te da miedo perder a tus nietas porque las quieres mucho, ¿verdad? —le dijo mi tío.

—Hijo, me da pena que las niñas se queden allí porque, si lo hacen, no vais a tener quien os limpie el culo cuando seáis viejos. —Me tuve que tapar la boca y la nariz con la servilleta para no escupir el sorbo de agua que acababa de dar.

—No hace falta que seas tan gráfica, mujer —le dijo mi abuelo—. Mi culo no lo toca nadie más que tú cuando nos damos unos *meneíllos*.

Ay, madre. Menos mal que no nos escuchaba nadie, porque cualquiera que lo hiciera se moriría de risa, igual que nosotros.

—¿Qué dices, viejo decrépito? Que tú ni aunque te tomes tres pastillas azules serías capaz —le contestó mi abuela.

¿Veis? Estos eran mis abuelos, y os aseguro que esa noche se estaban comportando bastante bien.

—A ver si dices lo mismo esta noche cuando me las tome —le replicó él.

—Suegro, por Dios, no haga eso, que le puede dar un infarto —intervino mi tía.

—Nieves, déjalo, a ver si así se va para el otro barrio y me deja vivir tranquila.

—Mujer, no digas eso, que luego no eres capaz de estar sin verme más de dos horas. —Le echó el brazo por encima de los hombros y la atrajo hacia él para darle un beso en los labios.

—Quita, viejo, que no tenemos edad para arrumacos —protestó ella.

Eran un dúo digno de admirar, la noche y el día, y allí seguían, un montón de años después.

—Abuela, que para el amor no hay edad. Ya quisiera yo encontrar un hombre que me quiera tanto como te quiere el abuelo a ti —dijo Laura, toda soñadora.

Esa era otra de las cosas en las que mi prima y yo nos diferenciábamos bastante. Ella siempre había soñado con encontrar un amor de esos que te hacen sentir que caminas sobre las nubes.

Por mi parte, la verdad era que nunca me había parado a soñar con algo así. No digo que en el futuro no me gustaría estar con un hombre que me quisiera, pero tampoco era algo que me quitara demasiado el sueño.

Siempre me había enfocado en conseguir un buen futuro y sentirme realizada profesionalmente. Por ahora me estaba yendo muy bien así y no me apetecía distraerme de mi objetivo con un hombre que, quizá, me complicara la vida.

—No sabes la cruz que estás pidiendo, hija —le contestó la gruñona de la familia.

—No le hagas caso. Ojalá algún día encontréis las dos a unos hombres que os quieran tanto como vuestros tíos, vuestros padres y yo queremos a nuestras mujeres —dijo mi abuelo con los mejores deseos.

Mi abuela, aunque se hacía la dura, no pudo evitar que se le fueran los ojos hacia mi abuelo, mirándolo con ese amor que todos sabíamos que sentía por él.

El resto de la cena estuvimos hablando de cosas generales, sin profundizar demasiado en nada. Sobre todo agradecí en el alma que no volvieran a sacar el tema de la herencia, especialmente por mi padre, que aunque no decía nada —al menos delante de mí— sabía perfectamente que todo aquello le había dolido.

No porque su padre me hubiera dejado a mí como heredera, eso le daba igual, sino porque lo había perdido sin llegar a volver a hablar con él.

Capítulo 5



Kalen

Llevaba varios días dándole vueltas a lo que me dijo Calum y, la verdad, cada vez me parecía mejor idea. No podía dejar la empresa a la que tantos años le había dedicado mi esfuerzo en manos de una mujer que, lo más seguro, no supiera ni por dónde empezar.

Y ojo, no lo decía por el hecho de que fuera mujer, porque si hubiera sido un hombre, pensaría exactamente lo mismo.

Lo que más rabia me daba era que Stuart se lo hubiera dado casi todo a ella. Yo no quería nada; por mí, que lo hubiera donado todo. Eso sí, antes podría haberme vendido esa parte de las acciones. Por lo demás, me importaba un pito.

La casa grande en la que prácticamente me había criado, sinceramente, me daba pena que pasara a manos de esa mujer, o por lo menos la mitad de ella, porque, por lo que me había dicho Calum, la otra mitad era mía.

De más está decir que lo que había hecho el abogado no era legal, porque no tenía que haberme informado de nada y, si lo hizo, fue por la amistad que durante todos esos años habíamos forjado.

De lo contrario, no me habría enterado absolutamente de nada.

El caso es que había tenido la suerte de saberlo antes de tiempo, de ese modo, cuando se hiciera la lectura del testamento, no me pillaría por sorpresa.

Sabía que a mis padres les había dejado una casa más pequeña que tenía en un pueblo cercano. Aunque ellos seguían viviendo en la grande, habían pensado irse a otro lugar hasta que todo se aclarara, pero me negué en redondo. Esa casa también era mía y, por lo tanto, mis padres no se iban a mover de allí, al menos todo el tiempo que fuera posible.

Y allí era donde me encontraba en ese momento. Como hacía varios días que no los veía, decidí pasarme por casa.

—Mamá —la llamé después de entrar con mis propias llaves.

—Está en el salón, chico —me dijo mi padre, que entró detrás de mí—. Creo que anda liada con un vestido que se está haciendo.

—Madre mía, no sé cómo no se cansa de coser. —Puse los ojos en blanco —. Con lo fácil que es ir a una tienda y comprarse el vestido que quiere —dije encaminándome hacia el salón.

—Hijo, ella lo hace porque le apasiona coser, porque se distrae. —Me dio una palmada en la espalda—. Hay costumbres que no se pueden cambiar por mucho dinero que se tenga. Ella es feliz así y a mí lo único que me importa es su felicidad.

—Tienes razón —admití.

Si le gustaba pasar sus ratos libres cosiendo, ¿quién era yo para decirle lo contrario?

—Uy, por lo que parece hay reunión familiar y yo sin tener ni idea —dijo mi hermano entrando justo detrás de nosotros—. Tener hermano y padres para esto —añadió fingiendo indignación.

—Vaya por Dios, y yo que pensaba que me podía librar por un día de ti. — Negué con la cabeza, aguantándome la risa.

—Os estoy oyendo, así que no empecéis —dijo mi madre, dejando lo que estaba haciendo a un lado para saludarnos a mi hermano y a mí con un beso.

Siempre me hacía gracia que, cada vez que quería abrazarnos o darnos un beso, tuviera que ponerse de puntillas o hacernos agachar un poco la cabeza, porque tanto Owen como yo éramos altos y ella no lo era en absoluto, algo que nunca le había importado lo más mínimo.

En eso habíamos salido a mi padre: en la altura. En cuanto al color de pelo, yo había heredado el de mi madre, castaño oscuro, mientras que Owen tenía el mismo tono que mi padre, negro y brillante.

El color de ojos lo habíamos heredado de mi madre, verdes claros. Es verdad que en mi hermano ese tono resaltaba mucho más gracias al contraste con su pelo oscuro, dándole una mirada especialmente llamativa.

La verdad es que no me podía quejar. Tenía muy buenos genes y siempre intentaba cuidar mi cuerpo lo mejor posible.

Me machacaba en el gimnasio, no lo voy a negar. Me gustaba gustar y gustarme a mí mismo.

Me sentía bien cuando me miraba al espejo y veía mis músculos bien marcados y definidos: los abdominales, los oblicuos. Joder, aunque sonara mal decirlo yo mismo, tenía un cuerpazo de escándalo.

—¿Cómo es posible que cada día estés más guapa? —le preguntó mi hermano. Le encantaba hacerle la pelota.

Aunque, en realidad, no se la hacía, porque decía la verdad. No sabía qué hacía mi madre, pero con el paso de los años estaba cada vez más bonita.

Sí, ya sé que podía ser amor de hijo, pero me daba bastante igual. Mientras para mis ojos fuera así, todo estaría perfecto.

—Para guapos ya os tengo a vosotros tres —respondió con la sonrisa dulce que siempre tenía reservada para su marido y sus hijos—. Bueno, y después de todo este despliegue de piropos, ¿qué os ha traído por aquí?

—¿Visitar a nuestros padres? —preguntó mi hermano con las cejas levantadas. Estaba claro que era una pregunta irónica—. ¿Desde cuándo no podemos venir a veros?

—No digas tonterías, Owen, y recuerda que todavía te puedo dar unos cuantos tirones de orejas —le dijo ella.

—Si quieres darle una paliza y no puedes, me ofrezco voluntario para dársela en tu nombre —dije pasando junto a mi hermano y dándole un puñetazo en el brazo.

El capullo ni se inmutó. Owen era un poco más bajo que yo, apenas unos centímetros, pero en cuanto al cuerpo era bastante más grande, sobre todo por su musculatura.

Mientras que a mí me gustaba estar marcado y definido, a él le gustaba tener mucho más volumen. No era como un culturista, pero sí tenía unos brazos que imponían respeto.

—Puede que seas mayor que yo, pero para darme una paliza se necesitan al menos tres como tú —respondió mirándome de arriba abajo, dejando claro que conmigo no tenía ni para empezar.

—¿Os quedáis para cenar? —nos preguntó mi padre.

—Yo no. Solo he venido para veros —dije mientras me dirigía a la cocina —. He quedado con Lewis para cenar y luego ir a tomar unas copas.

Me preparé un café. A ese vicio sí que no le hacía ascos; me daba exactamente igual la hora del día o de la noche, siempre encontraba el momento perfecto para uno.

El café era una de las cosas que más me gustaban en la vida: solo, amargo, sin leche ni azúcar, bien fuerte, como a mí me gustaba todo.

Bueno, también tenía que admitir que mis otros dos vicios eran ganar dinero y una mujer que supiera cómo calentarme con una sola mirada. Por desgracia, de esas no había conocido muchas, pero las que no lo conseguían con la mirada solían hacerlo con otras artes, igual de efectivas.

—Qué capullos sois, ¿habéis quedado sin decirme nada? —Mi hermano se volvió hacia mi madre—. ¿Has visto, mamá? —A veces parecía un crío.

—Oh, cariño, no pasa nada. Te puedes quedar acurrucadito con tu mami —le dijo ella intentando aguantar la risa.

Era un hombre serio en muchos aspectos; me gustaba tenerlo todo bajo control, medir cada paso y no dejar nada al azar. Sin embargo, con mi familia podía ser completamente distinto. Cuando estábamos los cuatro, no había máscaras, no existían palabras destinadas a hacer daño y, mucho menos, corazones endurecidos.

Con ellos era el hombre que realmente era, no el que me autoimponía ser delante del resto del mundo.

Me reía con las ocurrencias de mi hermano y de mi madre, disfrutaba pasando tiempo con mi padre mientras me hablaba de nuestros antepasados y de historias que siempre me gustaba escuchar. Me encantaba estar con ellos y, sobre todo, lo disfrutaba de verdad.

—A él le gustaría mucho más estar acurrucado en otro lugar —comentó mi padre.

Los tres hombres nos reímos al ver la cara que puso mi madre.

—Sois los tres unos degenerados, y vosotros —nos señaló a mi hermano y a mí—, a ver si en vez de ir pasando de una falda a otra sentáis cabeza, que me voy a morir de vieja y no os voy a ver con familia.

Mucho había tardado en sacar el tema.

—Uf, se me ha hecho tarde, mejor me voy. —Me levanté de la silla—. ¿Vienes o prefieres quedarte? —le pregunté a mi hermano.

—Voy, voy. —Se levantó de un salto.

Estaba claro que mi hermano era igual de alérgico al compromiso que yo.

—Mujer, eres única para espantar a tus hijos —le dijo mi padre apoyado en la encimera mientras nos miraba con una sonrisa de complicidad.

Me despedí de mis padres y, antes de montarme en el coche, mi hermano me preguntó dónde nos veíamos, ya que él iría en el suyo.

—No tienes que llevar tu coche. —Le ofrecí ir en el mío.

—Gracias, pero prefiero llevar el mío. —Me sonrió de una manera que no necesitó explicación.

—Como quieras, nos vemos dentro de dos horas. —Antes tenía que pasar por mi casa.

Como todavía era temprano, me daba tiempo a darme una ducha larga que me relajara los músculos.

Capítulo 6



Seren

—¿A qué hora tienes mañana la reunión? —me preguntó Laura cuando nos sentamos en el restaurante.

—A las diez de la mañana —le contesté—, así que no hay problema porque nos acostemos más tarde.

Habíamos llegado ese mismo día a Edimburgo. Vamos, que apenas nos dio tiempo para soltar los equipajes en el hotel, salir a pasear un poco por los alrededores y llegar al restaurante en el que íbamos a cenar.

—No nos ha dado tiempo de conocer la zona —estaba hablando conmigo, pero distraída, mirando el local al completo—. ¿Y si nos metemos en algún lugar que no nos guste?

—Pues nos vamos, así de simple. —Hice sonar los dedos delante de su cara, a modo de palillo, para que me prestara atención—. ¿Quieres dejar de ser tan descarada? —le reñí un poco—. Ahora le preguntamos a la camarera, se ve una chica agradable.

—Sí, la verdad es que me ha transmitido algo bueno. —Nos pareció simpática.

—Lau, unas copas, conocemos un poco mejor todo esto, pero nada de hacer locuras. —Cada vez que viajábamos siempre le hacía las mismas advertencias.

Ella era una mujer muy confiada y con muy buen corazón, y pensaba que el resto del mundo era igual. Por eso mismo se llevaba muchas desilusiones en la vida.

Y no estaba hablando solo de hombres. Quiero decir que era confiada con todo el mundo y, por desgracia, ya sabemos que no todos tienen buen corazón ni van con buena intención.

—Tampoco es que me pase haciendo el tonto continuamente —se defendió —, pero si conozco a alguien que me guste, pienso entablar conversación si se da el caso.

—Nunca te he dicho que no lo hagas. —Yo también hablaba con alguno que otro cuando se me acercaban de buenas.

Eso sí, lo hacía cuando no venían en plan chulos. De ser el caso, más chula era yo, claro está, y los dejaba con la palabra en la boca, pero siempre con clase.

—Buenas noches —nos dijo la camarera con la tablet en la mano para tomarnos nota—. ¿Sabéis lo que vais a cenar? —preguntó con una sonrisa tímida.

—Buenas noches —contestamos las dos a la vez—. Es la primera vez que estamos en este país, así que dejamos la primera cena a tu criterio. —Me miró con ilusión; se veía una chica demasiado noble.

—Eso sí, nada de intestinos ni estómagos de animales, por favor —le rogó mi prima.

—No os preocupéis, no os voy a poner nada de eso. ¿De beber qué os pongo?

—Dos copas de vino blanco —pedí.

—No, mejor dos cervezas típicas de aquí —dijo mi prima—. Si vamos a conocer Escocia, mejor hacerlo conociéndola a fondo.

—Perdona, ¿cómo te llamas? —le pregunté a la camarera.

—Ava —contestó mientras iba anotando lo que nos iba a poner de cena—. Sois españolas, ¿verdad? —asentimos—. Se os nota en el acento, a ella más que a ti.

—Normal, hija, su padre es escocés —contestó mi prima riendo.

—¿Y no has estado aquí nunca? —me preguntó algo extrañada.

—Es una historia muy larga, pero no, no había venido antes. —Me encogí de hombros, aunque por dentro me dolía todo lo que había sufrido mi padre—. Por cierto, ella se llama Laura y yo Seren.

—Desde luego que tu nombre dice a gritos de dónde vienen parte de tus raíces —comentó. Eso no se lo podía negar.

—¿Sabes algún local al que podamos ir luego para tomar unas copas? —le preguntó mi prima antes de que se marchara a atender otras mesas—. Que tenga algo de música, pero que no esté lleno de niñatos… no sé, algo para gente con la cabeza en su sitio.

Nos indicó uno que encajaba bastante con lo que estábamos buscando. Lo mejor fue que nos dijo que no solía ser un lugar en el que se metieran muchos turistas; era un sitio muy típico de allí.

—Si nos queréis conocer, no os voy a mandar a uno donde solo haya turistas —concluyó resuelta.

En aquello tenía razón. ¿De qué nos valía ir a un local donde no hubiera escoceses?

Creo que, por ser la primera vez que estábamos allí, se apiadó un poco de nosotras y nos trajo una cena normalita: carnes variadas hechas a la parrilla y, como acompañante, una ensalada de patatas.

Toda la comida estuvo muy buena, y no digamos el trato que nos dio Ava durante toda la cena. Desde luego, era una mujer con la que me llevaría muy bien y creo que la amistad entre nosotras podría llegar a ser una pasada.

—¿Le preguntamos a qué hora sale por si se quiere venir con nosotras? —me preguntó Laura.

—Claro, me cae muy bien. Seguro que con ella podemos vivir esta ciudad de una manera muy distinta.

Esperamos a que se acercara a cobrarnos para preguntarle.

—Ava, ¿sales muy tarde? —le pregunté—. Es por si te gustaría venir con nosotras y así nos enseñas todo mucho mejor.

—Me falta una hora para salir, pero sí que me gustaría dar una vuelta con vosotras —respondió.

—Perfecto, pues te esperamos tomándonos un vino. —Se notó perfectamente la ilusión que le hizo nuestra propuesta.

—Eso sí, antes de ir tendríamos que pasar por mi casa. Me gustaría ducharme y arreglarme un poco antes de salir.

—No tenemos prisa —le contestó Laura.

La hora de espera hasta que Ava terminó su turno se nos pasó rápido. Mientras ella acababa de trabajar, nosotras nos dedicamos a planear los lugares que queríamos visitar, y lo primero que teníamos claro era alquilar un coche para poder movernos mejor por la ciudad y los alrededores.

Aunque a mí eso de conducir por la izquierda no es que me hiciera mucha gracia. Me daba un poco de miedo distraerme y acabar metiéndome en el carril de la derecha, y ni loca dejaba a mi prima detrás de un volante. No me fiaba de ella en España como para hacerlo aquí.

Los días los íbamos a disfrutar haciendo turismo por los lugares más emblemáticos, y por las noches lo haríamos en otro tipo de ambientes, unos en los que pudiéramos disfrutar con unas copas entre las manos y buena música de fondo.

Acompañamos a Ava hasta su casa. Nos invitó a pasar mientras ella se duchaba y se arreglaba un poco antes de salir.

Vivía en un piso pequeño, humilde, pero con todo muy limpio y bonito, porque no hace falta estar podrido en dinero para tener tu vivienda decorada de forma bonita y acogedora.

—Ya estoy —dijo cuando salió de su habitación.

—Ava, no pareces ni la misma. Si con el uniforme del trabajo estabas guapa, ahora ya ni te digo —dijo mi prima, y yo no pude hacer otra cosa que corroborar esas palabras.

Se había puesto unos pantalones negros de cintura alta, lo que hacía que se le acentuara aún más lo estrecha que la tenía. En la parte de arriba llevaba una blusa de tirantes anchos en color verde agua.

Ella era una pelirroja que quitaba el sentido, y ese tono le reavivaba mucho el rostro, dándole todavía más luz.

Todo el mundo tiene colores que le sientan mejor que otros, y ese, sin duda, a ella le quedaba de miedo.

—Ya me fastidió la noche de ligue —resopló Laura en plan teatral—. Con una mujer así a mi lado, no se va a fijar en mí ni el más feo de los hombres.

La pobre Ava se la quedó mirando, más tímida de lo que ya de por sí era.

—No le hagas caso, que está bromeando —le dije para que no se sintiera incómoda.

—Claro, tú te los camelas con tu belleza y yo lo haré con mi desparpajo. —Mi prima era un caso aparte cuando quería.

—Venga, desparpajo, vámonos o van a cerrar antes de que lleguemos. —Le puse una mano en el hombro para empujarla hacia la salida.

Fuimos desde la casa de Ava hasta el local que ella decía. Estaba muy cerca, a lo mejor por eso lo conocía tan bien. Sea como fuere, el caso es que tardamos muy poco en llegar.

El local en sí se veía con clase, tal y como nos gustaba a mi prima y a mí. Estaba lleno de personas maduras, que sabían comportarse y que no iban buscando líos ni cualquier otra cosa que no fuera tomar un par de copas y conocer gente nueva, siempre que se diera el caso.

—Vamos a la barra a pedir y después buscamos dónde sentarnos —les dije.

—Me gusta este ambiente —dijo mi prima repasando el local y todos sus rincones, sobre todo a los hombres que había esparcidos por todo el lugar, cosa que a mí no me la pegaba por mucho que disimulara.

—Yo creo que te gustan más cosas aparte del ambiente —le dije en voz baja.

—Claro, que tú eres tonta y no miras cuando quieres. —Se había dado cuenta de que yo también estaba mirando lo mismo que ella.

—No se puede negar que tienes buen gusto —le dije a Ava por el local en el que estábamos.

—Lo descubrí una noche por casualidad, cuando un chico al que estaba conociendo me trajo aquí. —Cuando mencionó al chico, parecía un poco dolida.

—Se nota que ese chico te caló mucho —pronunció mi prima cuando el camarero nos puso las copas que habíamos pedido.

—La verdad es que sí. Me gustaba mucho, era divertido y me lo pasaba muy bien con él, pero sé que no era la única que lo hacía. —Puso cara de pena —. Nunca hablamos nada en concreto; la tonta fui yo, que di muchas cosas por sentadas —sonrió para quitarle importancia a lo que nos había contado—. ¿Y qué hay de vosotras? ¿Tenéis pareja en España?

—Noooo —Laura alargó esa O para darle más énfasis—. No tengo nada en contra de tener novio, pero no ha llegado el indicado, y esta de aquí —me señaló a mí—, no quiere oír la palabra novio ni loca. Dice que en su vida hay cosas con más prioridad que un hombre.

—Eso es porque no te ha llegado ninguno que te guste de verdad o que haga que los pelos se te ericen con solo verlo. —Estaba claro que ella sí había sentido eso por alguien.

Preferí no decir nada para que no se sintiera incómoda.

Encontramos una mesa alta que estaba un poco más apartada. Había otras dos algo más cerca, pero quedaba espacio suficiente entre unas y otras, así que decidí que ese era el lugar indicado para pasar un par de horas tranquilas.

—¿No podías haber cogido una mesa un poco más apartada? —me preguntó Laura con sarcasmo.

—Pues no, si lo hubiera hecho nos tendríamos que haber ido a la calle —respondí. Ava estaba sentada en uno de esos taburetes altos, justo frente a mí.

Algo pasó a mi espalda, porque ella abrió los ojos del todo y a mi prima poco más y se le desencajaba la mandíbula del asombro.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunté un poco asustada, más que nada por si se liaba una buena y nosotras estábamos arrinconadas.

—Como todos los hombres sean como el que está detrás de ti, no me voy de Escocia ni muerta.

—Detrás de ti está el hombre del que os hablé antes, y viene con su amigo y con su hermano.

—Ava, dime que ese hombre no es el más rubio de los tres, porque me da algo —le dijo mi prima.

—No, de hecho es el más fuerte y moreno. —Vi cómo Laura suspiraba.

—Ava, por la gloria de tu madre, que me tienes que presentar al rubio ese.

Madre mía, ya me estaba comiendo la intriga y no me quería girar para no ser descarada.

—Ni loca me acerco a ellos —se negó en redondo.

—Por favor, hazlo por tu nueva amiga. —Para que mi prima le rogara, tenía que haberle gustado mucho.

—Al final no va a hacer falta que lo llame, ahí viene Owen —nos dijo intentando esconderse todo lo que le era posible.

Capítulo 7



Kalen

—¿Esa no es la chica con la que tuviste algo durante dos o tres semanas? —le preguntó Lewis a mi hermano.

—Sí, Ava, así se llama —y por la mirada que mi hermano le echó pude notar que todavía le seguía gustando—, pero de eso hace ya unos meses.

—¿Por qué no seguiste con ella si te sigue gustando? —le pregunté.

—Porque soy demasiado cabrón y ella es demasiado buena, y no se merece un tío como yo —me contestó con sinceridad.

—Puedes ir a saludarla, no sé, te lo digo para que no parezcas tan capullo y, si de paso nos presenta a sus amigas, mejor que mejor —pronunció nuestro amigo sin apartar la mirada de la mujer que había a su lado—, porque la morena que hay junto a ella está buenísima.

La verdad es que era guapa, las dos lo eran. De la tercera no podía opinar, ya que era la única a la que no podía ver porque nos estaba dando la espalda.

Me gustaba leer a las personas. En mi trabajo me venía muy bien para saber a qué me enfrentaba y, por lo que estaba viendo de las dos que tenía de frente, era que estaban hablando de nosotros, o por lo menos hablando de mi hermano y de Lewis, porque una no paraba de mirar a mi hermano con vergüenza en la mirada y la otra no dejaba de mirar a Lewis.

Estaba claro que esa era un poco más descarada, porque no se cortaba ni un pelo en mirarlo, como también estaba claro que la que nos estaba dando la espalda no sentía ni la más mínima curiosidad por saber cómo eran los hombres de los que estaban hablando, ya que no se giró en ningún momento, ni siquiera para mirarnos con disimulo.

—Hazme el favor y ve de una vez —insistió Lewis sin apartar la vista de la mesa—. Que como no te muevas tú, yo no voy a tener la oportunidad de conocerla.

No pude evitar sonreír al escucharlo.

—No disimulas una mierda —le dije—. Se nota a kilómetros que te ha gustado.

Lewis le dio un trago a su *whisky* solo, sin dejar de mirar en aquella dirección. Esa era la bebida que normalmente pedíamos. Tanto a él como a mí era lo que más nos gustaba beber cuando salíamos; desde luego, a mí no me iban los combinados.

—Hermano, hazle el favor, ¿no ves lo necesitado que está? —le dije animándolo, porque podía ver que se moría por hablar con aquella chica con la que tuvo algo.

—Creo que sería tener la cara demasiado dura si me acerco a Ava para saludarla —se negaba a ir.

—Owen, ¿desde cuándo eres un cobarde? —Lo piqué un poco.

Hizo el efecto que esperaba, porque se enderezó en toda su estatura.

—Voy, pero ya que te interesa tanto —le habló a Lewis—, tú vienes conmigo y así conoces a esa mujer que te ha gustado.

Me miró y negué con la cabeza. Ni loco, conmigo que no contaran.

—No pienso ir, así que ya estáis tardando en ir vosotros.

—Tú te lo pierdes, porque te recuerdo que ellas son tres y nosotros también —dijo Lewis.

—Muy bien, amigo, me acabas de demostrar que sabes contar —dije con ironía.

Los vi ir hacia la mesa de esas mujeres. La reacción de la mujer que le gustaba a mi hermano fue la que me esperaba: le devolvió el saludo con una tímida sonrisa.

Esa chica pasó a presentarle a las otras dos. La que le gustó a mi amigo se levantó del taburete donde estaba sentada y, cuando se los presentó, le dio dos besos a cada uno.

Cuando le tocó el turno a la que me estaba dando la espalda, esta se levantó, pero no hizo lo mismo que las otras; en su lugar, le tendió la mano a modo de saludo.

Eso dejó claro que no le gustaba el contacto tan directo con los desconocidos y, además, que no se dejaba impresionar por tener a dos hombres imponentes delante de ella.

Aquello me llamó mucho la atención. Normalmente, cuando las mujeres conocían a alguno de los tres, se deshacían por llamar nuestra atención, y ella, sin embargo, se veía que no estaba interesada en absoluto en llamar la atención de nadie.

Eso también me indicaba que era una mujer muy segura de sí misma y que no necesitaba hacer ningún papel para gustar, simplemente porque no le interesaba hacerlo.

En ese momento, la curiosidad estaba pudiendo conmigo. Por la forma en la que había reaccionado ante mi hermano y Lewis y, no voy a mentir, también por la figura que le vi cuando se levantó, sobre todo por ese culo redondito y respingón que no pasó desapercibido.

Porque esa mujer lo tenía de una manera que daban ganas de morderle esas nalgas y, después, pasarle la lengua para calmar el dolor que le provocaría el mordisco.

Solo me faltaba verla por delante, porque la parte de atrás y el color de su pelo me gustaban bastante, no lo podía negar ni tenía intención de hacerlo.

Soltó la copa que tenía en la mano, les dijo algo a las chicas y se giró. Supuse que iba al baño.

La recorrí con la mirada desde los pies, paseando la vista por las piernas tan bien definidas que tenía, llegando a su vientre plano y a su estrecha cintura.

Seguí subiendo la mirada lentamente y me detuve en sus pechos. Al mirarlos, sentí cómo el pene se me endurecía sin que pudiera evitarlo.

Subí más hasta detenerme en su rostro. Dios mío, más perfecto no podía ser, fue lo primero que pensé al verlo.

Unos labios carnosos en forma de corazón, una nariz pequeña y sus ojos… esos ojos que conectaron con los míos en ese mismo momento. Eran grandes, de un azul tan intenso que me dejó sin respiración, al menos ese fue el color que me pareció distinguir en ese instante.

Se me quedó mirando durante unos segundos, igual que yo hice con ella. Después, en ese breve lapso en el que ambos pareció que perdíamos la noción del tiempo, algo cruzó por su mente; movió la cabeza como si negara y pasó por mi lado como si no me hubiera visto, dejando tras de sí el rastro inconfundible de su perfume.

Cuando ese olor llegó a mis fosas nasales, tuve que respirar hondo y contar hasta cinco mentalmente para no ir detrás de ella como un desesperado, aunque así era exactamente como me sentía en ese instante.

Tan íntimo como para que entre nuestros cuerpos no pudiera pasar ni el aire, y si era estando los dos desnudos, mejor. Joder, hacía mucho tiempo que no sentía esta necesidad de estar con una mujer.

Era como si me hubiera hechizado con solo una mirada. Bueno, una mirada y un cuerpo que hizo que el mío se encendiera en segundos.

Dejé el vaso sobre la mesa y, sin pensarlo dos veces, fui hacia los baños. Digo sin pensarlo dos veces porque, hoy en día, lo habría hecho completamente distinto. Supongo que todos aprendemos de los errores.

Esperé en el pasillo a que ella saliera. Me apoyé en la pared, viendo cómo entraban y salían varias personas, pero ella no aparecía.

Un par de minutos después salió del baño y, al levantar la vista y darse cuenta de que yo estaba allí, se detuvo de inmediato.

—¿Te gusta seguir a las mujeres? —me preguntó, evaluándome con la mirada.

—Solo a las que me llaman la atención. —Despegué el hombro que tenía apoyado contra la pared—. No nos han presentado. —Di un paso en su dirección.

—Será porque no te ha interesado conocernos. —No fue un reproche, fue una constatación clara.

—Será porque no te había visto bien —le hablé casi con sus mismas palabras.

Di otro paso hasta arrinconarla contra la pared del pasillo. Puse las manos a cada lado de su cuerpo, dejándola atrapada entre ellas.

—¿Estás intentando intimidarme? Porque si es lo que pretendes, estás muy equivocado. —Levantó la cabeza para mirarme a los ojos.

En ellos vi fuego y decisión. Eso me gustó mucho e hizo que el deseo recorriera mi cuerpo con más fuerza.

—No, porque sé que tú no eres de las que se dejan intimidar. —Bajé un poco la cabeza—. Me muero por probar esos labios. Desde que los he visto, no dejo de desear morderlos.

—No voy regalando besos por ahí, y mucho menos a hombres que se creen superiores. —Puso una mano sobre mi pecho mientras se pasaba la punta de la lengua por el labio superior.

—No lo regales, tómalo como un préstamo. Yo te beso a ti y tú me lo devuelves —pronuncié casi sobre sus labios, dejando que mi aliento la envolviera—. Y en cuanto a creerme superior, no me creo por encima de las mujeres, pero sí por encima de los hombres.

—¿Te lo repites muy continuamente para creértelo? —me preguntó, paseando esa mano por mis pectorales—. Cuando una persona es superior a otra, no necesita decirlo en voz alta, eso se nota.

—Y por lo que veo, tú lo has notado —roce mis labios con los suyos—, aunque te puedo demostrar lo superior que soy.

—Perro ladrador, poco mordedor —llevó una mano desde mi cuello hasta la nuca, me cogió del pelo y tiró hacia abajo—, pero si quieres te puedo enseñar a morder de verdad.

Y sin más me besó. Llevó esos labios hechos para el pecado contra los míos y los mordió con fuerza, provocando que mi miembro saltara dentro de mis pantalones.

Joder, eso sí que era coger la iniciativa.

—No tienes ni idea de lo que acabas de hacer —murmuré llevando mis labios hasta el lóbulo de su oreja.

Le di un pequeño mordisco y después pasé la lengua por donde había clavado los dientes.

—Deja de hablar y demuéstralo —dijo, inclinando la cabeza hacia un lado para darme mejor acceso a esa parte de su cuerpo.

No volví a pronunciar palabra. Me separé de ella, la cogí de la mano y la metí dentro del baño de mujeres. Eché el pestillo para que nadie nos molestara.

—Si tuviera más tiempo te haría mil cosas, pero como no lo tengo, súbete la falda y quítate la ropa interior —le dije mientras me desabrochaba el pantalón sin llegar a bajármelo del todo, sacando mi pene, que lo tenía más duro que nunca.

Estábamos frente a frente. Me di cuenta de cómo bajó la mirada por mi cuerpo hasta detenerla en mi miembro erecto. Se humedeció los labios y, sin apartar los ojos, se subió la falda hasta dejarla enrollada en la cintura.

Yo también fui igual de descarado. Miré esa parte de su cuerpo en la que me moría de ganas de sumergirme.

Llevaba unas bragas casi transparentes, blancas, y por eso mismo podía ver a través de esa escasa tela que cubría su sexo.

Me abalancé sobre sus labios, devorándola en un beso intenso, lascivo y húmedo.

Nuestras lenguas chocaron con fuerza, midiendo nuestros temperamentos en un beso que me estaba consumiendo por momentos.

No se cortó, y tampoco quería que lo hiciera. Por una puta vez en mi vida que encontraba a una mujer con la misma iniciativa que yo, no la iba a frenar.

Me cogió el pene con una de sus manos y pasó el pulgar por encima del glande, arrastrando la gota de líquido preseminal que se me había escapado a causa del calentón.

Bajó por todo el tronco del miembro, apretándolo con fuerza.

—No te preocupes, cariñito, que yo también sé dominar. —Tiró de mi labio inferior con sus dientes, provocando que se me escapara un jadeo.

—Veamos quién puede más y quién se deshace antes. —Introduje una mano por el interior de sus bragas. Sonreí al encontrarla tal y como me la había imaginado, completamente húmeda—. Por lo que veo, te gusta mucho lo que tienes delante y entre tus manos.

—Una cosa es que me guste lo que veo y otra muy distinta es que sepas hacerme disfrutar con esto. —Apretó el pene para dejar claro de qué estaba hablando.

Capítulo 8



Seren

¿Estás loca? ¿Desde cuándo pierdes la cabeza de esta manera? Me pregunté cuando me vi metida en ese baño, con la mano de un desconocido, del que no sabía ni su nombre, entre mis piernas, mientras que yo le masturbaba con la mía.

No sé qué fue lo que me llevó a hacer algo de ese estilo, porque yo no era así en absoluto.

Puede que supiera muy bien lo que me gustaba y lo que no, que fuera decidida y que no me dejara pisotear por nadie, pero desde luego, en mi vida había actuado de esa manera con ningún hombre.

No voy a negar que era el hombre más impresionante que había tenido delante en mi vida. Me gustó su físico cuando lo vi, pero cuando me detuvo en el pasillo al salir del baño, eso fue lo que realmente me fascinó.

Siempre me habían gustado las personas que iban a por lo que querían, que eran decididas y que no dejaban pasar las oportunidades, y siendo como yo era, no iba a dejar pasar la ocasión de retarlo.

Joder, os juro que era la primera vez que hacía algo así, pero no iba a tener remordimientos, eso os lo aseguro.

Lo iba a disfrutar con todas mis ganas, porque de vez en cuando también viene bien dejar el papel de mujer sensata y responsable y dar paso a una un

poco más desinhibida, aunque solo fuera por una vez en la vida.

—Preciosa, no tienes ni idea de todo lo que te puedo hacer con eso que tienes en la mano y con esto. —Hundió un dedo en el interior de mi vagina, dejando claro a qué se refería.

Se me escapó un jadeo cuando lo movió en mi interior. Desde luego, sabía qué punto exacto tocar para hacer que una mujer se deshiciera entre sus manos.

Llevé la mano un poco más abajo, atrapándole los testículos. Se los acaricié y apreté sin perder de vista su rostro; quería que se diera cuenta de que yo también podía llevarlo a la locura si así me lo proponía.

—Joder —murmuró tan bajito que me costó entenderlo.

En respuesta a ese toque que recibió, me introdujo un segundo dedo. Giró la mano hacia arriba y con la palma me rozó el clítoris.

—Sé que estás a punto de correrte, lo puedo notar por la forma en la que te contraes alrededor de mis dedos. —Los curvó un poco más, llegando a ese punto que hacía que se me volvieran los ojos—. Eso es, déjate llevar. —Comenzó a moverlos con mayor intensidad y rapidez.

Intenté contenerme todo lo que pude. No quería llegar tan rápido al orgasmo, no quería que su ego subiera más de lo que ya se notaba que lo tenía.

No pude retenerlo en mi interior más tiempo, no cuando me estaba masturbando como nunca lo había hecho nadie.

—Creo que vas a tener que esforzarte un poco más si quieres llevarme al límite. —Lo siento, no podía dejar la boca cerrada.

¿Fue una gilipollez lo que le dije? Pues sí, porque tonto no era y estaba viendo perfectamente la reacción que mi cuerpo estaba teniendo a su toque.

—No opino igual que tú, pero si es lo que quieres, que así sea. —Sonrió de medio lado y llevó la otra mano a uno de mis pechos.

Lo acarició por encima de la ropa, hizo círculos sobre el pezón con el pulgar y, al mismo tiempo, ese mismo dedo de la otra mano presionó sobre ese nudo de nervios llamado clítoris.

Todo eso sin dejar de mover los dedos en mi interior.

No pude contenerme más. Dejé caer la cabeza hacia atrás; el cuerpo me tembló mientras un jadeo demasiado fuerte se escapaba de entre mis labios.

Labios que ese hombre atrapó entre los suyos, tragándose ese jadeo.

Sacó la mano de mi ropa interior y, con la mirada fija en mis ojos, se llevó esos dedos a la boca. La abrió lentamente para introducirlos y chuparlos como si fueran lo más delicioso que había probado en su vida.

Fue el momento más lujurioso que había vivido jamás. Lujurioso y ardiente, porque verlo chuparse esos dedos con los ojos clavados en los míos me volvió a encender en décimas de segundo.

—Deliciosa —dijo con la voz ronca—. Y ahora quítate las bragas si no quieres que las rompa —añadió sacando un preservativo del bolsillo del pantalón.

Dios, en ese momento no había nada que me pareciera más sexi que verlo rasgar el envoltorio del preservativo con los dientes y, acto seguido, desenrollarlo a lo largo de su miembro, que, por cierto, no era para nada pequeño.

—Te estoy esperando y te prometo que, cuanto más me hagas esperar, más duro te voy a dar. —Levantó la mirada de su miembro para clavarla en mí.

Joder, pensé mientras me llevaba las manos a los laterales de mi ropa interior para empezar a bajarla por las piernas. Saqué una pierna de uno de los agujeros, la sostuve para que no tocara el suelo, saqué la otra y guardé las bragas dentro del bolso.

Ni loca dejaba mi ropa interior sobre el lavabo por el que pasaban tantas personas a lo largo de la noche. ¿Era una tontería después de lo que estaba

haciendo con un desconocido? Probablemente, pero cada uno tenía sus manías.

En cuanto me las quité, me giró, haciendo que quedara de espaldas a él. A través del espejo del lavabo veía su mirada, esa que ahora mismo estaba puesta en nuestros sexos.

Ver cómo observaba ese punto mientras se introducía poco a poco en mi interior no tenía palabras para describir lo que me hizo sentir en ese momento. Solo sé que un calor repentino me recorrió el cuerpo entero, instalándose en lo más profundo de mí.

—Preciosa, eres perfecta —murmuró con voz baja. Ancló las manos a ambos lados de mis caderas—. Ahora es cuando empieza lo bueno. ¿Lista? — Nuestras miradas se cruzaron a través del espejo.

—Llevo un rato esperando a que lo estés tú. —Mi contestación pareció hacerle gracia, porque sonrió de esa manera que dejaba claro que detrás de ella se escondía algo.

—Me gusta mucho tu forma de retarme con tus palabras, con tu mirada e incluso con tu cuerpo. —Salió despacio de mi interior.

Me miró una vez más a través del espejo y, con nuestras miradas conectadas, me embistió con fuerza.

Dejé escapar un gemido largo mientras me mordía el labio inferior para evitar soltar un grito.

Dios, ese hombre me tenía atrapada en todos los sentidos: en su forma de actuar, en cómo me hacía ver las estrellas y, sobre todo, en ese color de ojos.

Las penetraciones estaban siendo intensas, tal y como había dicho, y podía asegurar que cumplió con su palabra.

Joder, nunca había estado con un hombre que me pusiera tanto como él, aunque, claro, a esto no se le podía llamar precisamente hacer el amor. Lo que me estaba haciendo era algo muy distinto.

Hacer el amor implicaba sentimientos. Lo nuestro era calmar el calentón que nos habíamos provocado el uno al otro.

—¿Te has convencido ya de que sé cómo volverte loca con todo el placer que te estoy dando? —me preguntó con los dientes apretados.

—Cariño —lo llamé así primero porque no sabía cómo se llamaba y segundo porque tenía claro que no le gustaba, y a mí me encantaba provocarlo —, para volverme loca te hace falta mucho más.

Era completamente mentira. En mi vida nadie me había tocado como lo estaba haciendo él, pero antes muerta que reconocerlo en voz alta.

—Me encanta lo mentirosa que eres —me apretó una nalga con fuerza—, pero no te preocupes, que tengo mucho más que darte.

De pronto salió de mi interior. Puso una mano sobre mi vientre para incorporarme y, con la otra en la cadera, me hizo girar hasta quedar cara a cara.

—Hora de disfrutar —susurró antes de atrapar mi boca.

Pasó un brazo por detrás de mi rodilla, levantándome la pierna, y sin dejar de besarme, volvió a penetrarme.

Esta vez entraba y salía muy lento, tan lento que me estaba poniendo de los nervios. Sabía que lo hacía así para hacerme desesperar, para que sintiera cada centímetro.

—Cariñito, ¿no me digas que ya no te quedan fuerzas para continuar? —Se detuvo a medio camino—. Vaya, y yo que creía que eras un hombre resistente, pero ya veo que lo tuyo es mucho hablar y poco actuar.

Por dentro me estaba muriendo de la risa.

Me miró alzando una ceja, como si no pudiera creerse que le hubiera dicho eso. En el poco rato que llevaba con él, había descubierto que una de las formas en las que se mostraba superior era esa sonrisa ladeada que parecía decir: *nena, no sabes lo que has provocado.*

—Solo te estaba dando la oportunidad de que respiraras un poco, pero por lo que veo no la necesitas —dijo entre besos que fueron bajando desde el lóbulo de mi oreja hasta la clavícula, y de ahí un poco más abajo, hasta el nacimiento del escote—. Lo que daría por tener un poco más de tiempo y verte desnuda.

—Cielito, la miel no está hecha para la boca de los asnos. —Me mordí el labio para no soltar una carcajada.

Creo que herí su orgullo, porque lo demostró con una penetración fuerte.

—Ni toda la miel es tan dulce como aparenta —gruñó pegado a mi oído.

Ese hombre me volvía loca. Estaba segura de que, cuando saliéramos por esa puerta, no nos volveríamos a ver. De lo contrario, podría hacerme perder la cabeza, y yo no iba a permitir eso, ni con él ni con nadie.

No después de haber visto en alguien muy cercano lo que un hombre podía hacerle a una mujer cuando ella estaba enamorada.

—Lo dulce está sobrevalorado, soy más de picante. —Le guiñé un ojo antes de gemir con fuerza.

Me llevó a un lugar en el que nunca había estado. El orgasmo que me provocó no lo había sentido en mi vida, y no lo decía por decir.

Estaba claro que, después de él, nadie me iba a dar el placer que me había dado un desconocido en un baño en mi primera noche en Escocia.

Siguió penetrándome hasta que se dejó llevar con la misma intensidad con la que había empezado.

—Joder, qué bueno ha estado, muñequita —dijo cuando salió de mi interior y se quitó el preservativo, lanzándolo a la papelera—. Te recomiendo que te cubras si no quieres que te vean así —añadió mientras se dirigía a la puerta.

Me miró una última vez por encima del hombro antes de quitar el pestillo y salir del baño como si nada, dejándome totalmente descolocada.

No me esperaba eso, sobre todo lo de muñequita. Lo sentí como si con esa palabra quisiera hacerme sentir pequeña, como si no valiera nada.

Pasaron varios minutos, no sé exactamente cuántos, pero sí fueron bastantes, hasta que reaccioné. Me limpié rápido, me puse las bragas y salí dispuesta a decirle unas cuantas cosas, pero al llegar ya no estaba. Los otros sí seguían allí y, por lo que parecía, se lo estaban pasando muy bien. Lewis estaba comiéndole la boca a mi prima y Owen hacía lo mismo con mi nueva amiga.

—Creía que te habías perdido en el baño —me dijo mi prima cuando separó su boca de la de Lewis.

—Solo he salido a tomar un poco el aire —respondí para salir del paso.

—Qué pena que no estuvieras aquí cuando se ha acercado el hermano de Owen para despedirse.

Por mí se podía ir a la mierda, aunque no voy a negar que había sido el hombre que me había dado los mejores orgasmos de mi vida.

—Vaya, qué mala suerte he tenido entonces —dije con sarcasmo.

No pregunté su nombre en ningún momento de la noche ni nada que tuviera que ver con él. Con el paso de las horas se me fue pasando la mala leche. La verdad es que me lo pasé muy bien con todos.

Las horas se nos echaron encima y, cuando me quise dar cuenta, yo estaba sola en mi habitación y mi prima en la suya, pasando una buena noche con ese hombre que tanto le había gustado.

Capítulo 9



Kalen

Qué pasada había sido estar con esa mujer. Sé que, al final, me comporté como un cabrón, sobre todo por esa palabra tan despectiva que utilicé y que en mi vida había empleado con nadie. Nunca había llamado a una mujer «muñequita».

Creo que, precisamente por eso, quise hacerla de menos, porque había encontrado a una mujer capaz de plantarme cara y de no dejarse llevar por mi físico.

Esa mujer tenía carácter, y eso me gustó demasiado. No le pregunté el nombre para no tener la tentación de querer saber más de su vida, porque sabía que, si en tan poco tiempo había conseguido que no pudiera dejar de pensar en ella durante toda la noche, no quería ni imaginar lo que podría hacerme si la conocía un poco más.

Al salir del baño, fui directo a la mesa donde estaban mi hermano y Lewis. Me presentó a una de ellas; a la otra ya la había conocido cuando Owen estuvo tonteando con ella.

En cuanto me la presentó, me despedí de ellos. No quería estar presente cuando esa mujer saliera del baño, porque sabía que, si me quedaba y con las ganas de más que me había dejado, habría terminado llevándomela a mi casa para pasar la noche. Y no quería que nada de eso ocurriera. Prefería marcharme antes de que el deseo me hiciera perder el poco control que todavía conservaba.

Era mejor así, sin nombres y quedándome únicamente con el buen momento que había compartido con ella, con ese recuerdo intenso que todavía me recorría el cuerpo. Aun así, no podía evitar sentir coraje conmigo mismo. Por una vez que encontraba a una mujer que estaba a mi misma altura, que sabía plantar cara y presentar batalla sin achantarse, la dejaba pasar sin más. Desde luego, más inútil no podía ser.

Pero bueno, eso fue lo que hice y, a partir de ahí, ya no había marcha atrás. Había tomado una decisión y ahora solo me quedaba convivir con ella, aunque no fuera la más inteligente que había tomado en mi vida.

✣ ✣ ✣

Terminé de ducharme y vestirme. Ese día se suponía que era la lectura del testamento. Por fin me iba a encontrar cara a cara con la nieta de Stuart.

Esa que no había querido saber nada de su abuelo, pero bien que venía ahora con las manos abiertas para llevárselo todo.

Y joder, no sabía hasta qué punto me fastidiaba tener que morderme la lengua y limitarme a decirle solo las palabras justas, ni una más ni una menos. Pero si quería evitar que despedazara la empresa vendiendo las acciones que poseía, no me quedaba otra que tragarme el orgullo, meterme la lengua en el mismísimo culo y aguantar.

Por lo menos hasta que la convenciera de que me vendiera esas acciones a mí.

Antes de la firma me pasé por la empresa. Había varias cosas que necesitaba revisar con calma y firmar, y después de eso iría directo al notario, sin más rodeos.

—¿Cómo crees que será? —me preguntó Lewis de camino al notario.

Owen venía con nosotros, ya que él también tenía que estar presente en la lectura del testamento, al igual que mis padres, tal y como se había acordado.

—Ni lo sé ni me importa lo más mínimo —resoplé—. De esa mujer lo único que me interesa es que me venda las acciones de la empresa, y punto.

—Calla —susurró Lewis a mi lado—. Se supone que no deberías saber nada de la herencia. Nos puedes meter en un lío a Calum y a mí.

—Perdona, no diré nada más hasta después de la lectura —respondí, sin ganas de ponerlos en un compromiso ni de crear problemas innecesarios.

—Pues yo estoy intrigado —dijo mi hermano—. ¿Por qué el viejo se lo ha guardado todo con tanto secretismo? Se supone que te quería como a un hijo.

—Owen, a ti también te quería mucho —le dije, porque era la verdad y no había intención de negarlo.

—No digo lo contrario. Sé que me quería y yo a él —añadió justo cuando llegamos a la sala de espera.

Allí estaban mis padres, los dos sentados en unos sillones. Al vernos entrar, se levantaron enseguida para saludarnos a los tres.

Recorrí la sala con la mirada, buscando a alguien más. Esperaba encontrar a otra persona, pero no había nadie. Por no haber, no estaba ni Calum.

—Hola, mamá. —Me acerqué a darle un abrazo y un beso—. Intenta tranquilizarte —le dije mientras le frotaba la espalda. Estaba nerviosa y no me gustaba verla así.

—Todo esto me pone muy nerviosa. Yo no debería estar aquí. —Se soltó de mi abrazo—. No tenía que habernos dejado nada ni a tu padre ni a mí. Nosotros solo hicimos por él lo que teníamos que hacer, sin esperar nada a cambio.

—Nadie le dio cariño esperando algo —le respondí—. Lo hicimos porque se lo ganó con sus actos, y esta es su manera de agradecérnoslo.

—Hijo —me dijo mi padre cuando me acerqué a él—, creía que Calum vendría con vosotros.

—No, Gregory —intervino mi madre—. Calum quedó con la nieta de Stuart para acompañarla. Eso fue lo que me dijo cuando me llamó esta mañana.

—No creo que tarden mucho —dijo mi hermano—. Nos citó a todos a las diez y faltan cinco minutos.

No me gustaba esperar, pero no me quedaba otra. Y, aunque le había dicho a Lewis que no me importaba lo más mínimo cómo fuera ella, la intriga sí me podía, aunque no por su físico, ni mucho menos.

Por lo que me había comentado Calum, era una mujer muy guapa, pero yo lo único que quería era ponerle cara y comprobar por mí mismo cuál iba a ser su forma de actuar, cómo se comportaría en una situación así.

Sobre todo, quería ver la cara que pondría cuando se enterara de que no era la única heredera. Estaba más que seguro de que eso no se lo esperaba.

La secretaria del notario salió del despacho para decirnos que ya podíamos pasar.

—No estamos todos —le dije.

—No importa, podéis esperar dentro —contestó con una sonrisa amable.

Al entrar, saludamos a Henry, el notario. Lo llamaba por su nombre porque hacía años que lo conocía, ya que había recurrido a sus servicios en varias ocasiones para cerrar distintos negocios.

—Por lo que veo, falta Calum —dijo al mirarnos—. Él y la nieta de Stuart.

—Eso es —respondió Lewis—. Supongo que los habrá pillado algo de tráfico.

En ese momento, la secretaria abrió la puerta para anunciarnos que Calum acababa de llegar. Se apartó a un lado y dejó pasar al amigo de Stuart. Al ser tan corpulento, su presencia impedía ver con claridad quién venía detrás de él.

Sabía perfectamente quién era, pero aun así necesitaba ponerle un rostro a esa persona.

En cuanto se apartó para saludar, uno a uno, a todos los que estábamos presentes, la vi.

En ese preciso instante sentí que estaba teniendo una alucinación, que mi mente me estaba jugando una mala pasada, porque no podía ser verdad que la nieta de Stuart fuera la misma mujer con la que me había acostado la noche anterior en un baño, sin saber siquiera su nombre.

—No me jodas —dijo Owen poniéndose de pie—. Seren, ¿qué haces aquí?

Ella le dedicó una sonrisa agradable. A mí, sin embargo, me miró con rencor y con altivez, dejando claro que no le había hecho ninguna gracia volver a verme.

—Qué pequeño es el mundo, ¿verdad? —respondió, alternando la mirada entre Owen, Lewis y yo—. He venido a la lectura del testamento de Stuart.

Me molestó que lo llamara por su nombre y no como lo que era para ella.

—Querrás decir tu abuelo. —No pude quedarme callado.

—¿Os conocéis? —preguntó mi madre, cortando cualquier respuesta que ella pudiera darme antes de que la situación se tensara más.

—La conocimos anoche tomando unas copas —explicó mi hermano—. A ella y a su prima —añadió—. Seren, ella es mi madre, Maela, y él es mi padre, Gregory.

—Encantada —les dio la mano a ambos, mostrándose educada, aunque manteniendo cierta distancia—. Lewis, encantada de volver a verte.

—Lo mismo digo —respondió él—. ¿Dónde te has dejado a Laura?

—Está esperando en una cafetería de abajo.

—Siéntese, por favor, señorita Scott —dijo Henry, señalándole uno de los asientos.

Me miró de reojo. Yo ya sabía su nombre; ella, en cambio, todavía no sabía el mío.

—Cuando quiera puede empezar —dijo—. La verdad es que tengo un poco de prisa.

Directa. Exactamente igual que la noche anterior.

—Bien, vamos a comenzar si todos estáis de acuerdo —dijo el notario.

Todos asentimos.

Henry empezó a leer lo que Stuart había dejado a mis padres y a mi hermano. Incluso había dejado dinero a Calum y a Lewis, algo que, aunque no me sorprendió, no dejaba de llamar la atención.

El resto del dinero se repartía a partes iguales entre su nieta y yo, el cincuenta por ciento para cada uno.

La mansión en la que había vivido hasta su muerte, y en la que mis padres residían actualmente, también nos la dejó a nosotros, la mitad para cada uno.

—Y, por último, las acciones de la empresa. —Nos miró a ambos antes de continuar—. Como Kalen posee el cuarenta y cinco por ciento, es mi deseo que el porcentaje restante pase a manos de mi nieta. —Leyó las palabras exactas de Stuart—. Me gustaría que la empresa continuara pasando de generación en generación.

—Pues se ha saltado una —dijo ella apretando los puños. Intentó disimular, pero yo lo noté.

—Si estáis todos de acuerdo, podéis firmar y daremos por finalizado el proceso. —Indicó el notario.

—No, yo no estoy de acuerdo —dijo Seren con toda la serenidad que pudo —. He venido porque me dejé convencer y porque tenía que firmar, pero no

estoy dispuesta a firmar eso.

Me quedé mirándola sin entender a qué se refería exactamente.

—Seguí el consejo de mi padre, pero no puedo seguir adelante —añadió, dejando claro que su decisión estaba tomada.

—No voy a permitir que te opongas a lo que tu abuelo quiso dejar por decisión propia. —Me puse de pie para mirarla directamente a los ojos, sin apartar la mirada.

Capítulo 10



Seren

—Kalen, deja que termine de hablar —le dijo su padre—. Está en todo su derecho.

—No, no voy a permitir que venga esta mujer y se lleve lo que no se ha ganado. —Me miró con desprecio.

—Como iba diciendo. —Lo ignoré por completo.

—Te estoy hablando —me exigió.

—Cuando te dirijas a mí con educación y respeto, tal vez me plantee si mereces mi tiempo para escucharte. —Noté cómo la rabia le iba subiendo, espesa y contenida.

—¿Te crees muy superior? Pues déjame decirte que eres una aprovechada, que ni siquiera se ha molestado en conocer a su propio abuelo, y ahora vienes aquí con aires de grandeza a llevarte todo lo que puedas.

—Si este hombre no deja de interrumpirme, no puedo explicar a qué he venido y, créanme, cuanto antes lo haga, mejor será para todos.

—Kalen, deja que hable de una vez y demuestra la educación que te hemos dado —lo reprendió su madre, con un tono firme que no admitía réplica.

—Gracias, señora. —Le hice un leve asentimiento con la cabeza—. He venido porque no me ha quedado más remedio, pero venía con las ideas claras y sigo pensando exactamente lo mismo. —Lo miré con una ligera sonrisa en los labios.

Sabía que, en cuanto escuchara lo siguiente, iba a tener que tragarse sus palabras, todas y cada una de ellas, sin excepción. Y no voy a negar que lo iba a disfrutar como una niña pequeña el día de su cumpleaños. Continué:

—Renuncio a todo. No quiero nada de ese hombre. Nunca me ha hecho falta nada de él y no lo va a hacer ahora. Se lo cedo a quien comparte la herencia conmigo. Todo lo que me corresponde pasa a manos de Kalen. Estoy segura de que a ese hombre le habría gustado que hiciera precisamente esto.

Qué a gusto me había quedado al dejarlo con la boca abierta.

—No puedes hacer eso —me dijo Lewis—. Tu abuelo quería que eso fuera tuyo.

—Eso tendría que haber sido de mi padre y, como no lo quiso a él, yo no quiero nada. ¿Dónde tengo que firmar para poder irme de aquí cuanto antes? —No me apetecía permanecer en ese despacho ni un minuto más, y mucho menos con el imbécil que tenía delante, que se creía mejor que nadie.

Mira que nunca cometía estupideces y, para una vez que hacía una, me explotaba en la cara al día siguiente, sin darme siquiera tiempo a reaccionar.

Cuando entré en el despacho y vi a esos tres hombres sentados, os juro que no sé ni cómo mantuve la compostura. Por dentro, mi cuerpo se había quedado completamente helado, como si alguien hubiera pulsado un interruptor y me hubiera apagado por completo.

Y encima, después de cómo se despidió de mí la noche anterior… Que lo digo de verdad, no esperaba un intercambio de números ni que nos dijéramos los nombres, pero ¿llamarme *muñequita*? ¿En serio?

Pues la *muñequita* le había dado en toda la boca.

Que sí, que sé que muchas personas pensarían que soy una auténtica gilipollas por renunciar a todo, pero me daba exactamente igual lo que pensaran de mí.

Yo no me vendía. Y mis principios, mucho menos.

Sabía que tal vez esa hubiera sido la única oportunidad de dirigir una empresa, algo por lo que había luchado desde que tenía uso de razón. Pero no al precio de aceptar nada de una persona que nunca tuvo interés en mí y, lo que era mucho más importante, que había hecho daño a mi padre.

Y por ahí, desde luego, no pensaba pasar.

—Hija, no te conozco de nada, pero tu abuelo se interesaba mucho por ti —me dijo el abogado con el que había venido.

—Bonita forma de mostrar interés. —De verdad, lo único que quería era que me dieran los papeles—. Por lo que veo, tenía a muchas personas a las que quería antes que a su propia sangre. Lo dicho, no quiero nada. Solo firmar los papeles y listo.

—Si crees que con esto que estás haciendo voy a cambiar de opinión con respecto a ti, vas muy desencaminada —me dijo Kalen, mirándome con esos ojos que la noche anterior me hicieron arder y que ahora solo me provocaban frío.

—No busco nada de ti, más que nada porque tu opinión me importa bien poco.

—Creo que todo esto se está yendo de madre. Quizá deberíamos tranquilizarnos un poco —dijo Owen, intentando que su hermano y yo dejáramos de lanzarnos puñales con la mirada—. Deberíamos hablar con más calma, sin atacarnos.

—Mira, no quiero ser borde, de verdad que no es mi intención, pero ya he dicho varias veces que renuncio. Si ninguno de vosotros quiere mi parte, perfecto. Si decidís donarla o hacer con ella lo que os dé la gana, ya no es asunto mío.

—Bien, pues si así lo deseas, que así sea —dijo el notario mientras comenzaba a redactar el documento de renuncia.

En cuanto lo imprimió, me lo pasó para que firmara. Os juro que, en el mismo momento en que lo hice, me sentí libre de nuevo, como si me hubiera quitado un peso enorme de encima, uno que llevaba cargando sin darme cuenta desde hacía demasiado tiempo.

—Espero que le vaya todo muy bien y siento que haya venido para nada —me dijo aquel hombre, pura amabilidad.

—Muchas gracias, es usted muy amable. —Le devolví la sonrisa—. Puede quedarse tranquilo, no he venido para nada, todo lo contrario. Me ha venido muy bien venir, porque con esto cierro un capítulo de mi vida que se abrió incluso antes de nacer.

—Seren, ¿podemos hablar un momento a solas? —me preguntó Kalen cuando me vio coger el bolso.

Ni muerta hablaba yo con ese hombre. Mucho menos después de todo lo ocurrido y de la forma en la que me había tratado.

—Señores. —Los miré a todos—. Señora —añadí, dirigiéndome a la única mujer presente, aparte de mí—. Ha sido un placer conocerlos. Les deseo todo lo mejor. —Después miré al hombre que aún esperaba mi respuesta—. En cuanto a usted, lo siento, pero no tenemos nada de lo que hablar.

Le hablé de usted, marcando la distancia con toda la intención.

—¿Usted? Anoche no me llamabas así cuando estábamos metidos en el baño.

Quise morirme de la vergüenza. No podía creer que hubiera dicho eso delante de todos, dejándome completamente expuesta.

—¡Kalen! —exclamó su madre, escandalizada—. Yo no te he criado para que seas esa clase de hombre. Lo que haya pasado entre vosotros no nos incumbe a nadie. No me lo puedo creer, hijo.

—Lo siento —se justificó él—. Me ha sentado mal que me dijera «usted».

Yo no lo miré. Me sentía humillada, y no había nada que me hiciera sentir peor que eso.

—Que les vaya bien. —Agarré el pomo de la puerta, lo giré y salí sin mirar atrás.

—Te has pasado. —Escuché que le decía su hermano a mi espalda.

Llamé al ascensor deseando que llegara cuanto antes. Tenía la sensación de que ese hombre no era de los que dejaban las cosas a medias.

Estaba entrando cuando apareció justo delante de mí.

—Páralo, tenemos que hablar —dijo, cabreado.

—Que te den. —Uf, qué bien me sentó decirlo.

—Seren —sonó a advertencia—. Detén el ascensor.

Lo miré y sonreí de la forma más cínica que jamás había puesto. Justo cuando las puertas se cerraban, le guiñé un ojo, disfrutando del gesto más de lo que debería.

Por mí podía hablar con su prima, su tía o con quien le saliera de los cojones. Conmigo, desde luego, no.

Salí a la calle y me dirigí a la cafetería donde estaba mi prima.

—Uy, esa cara no dice nada bueno —me dijo al verme.

Y eso que todavía no le había contado que la noche anterior me acosté con un desconocido en el baño y que, para colmo, ese desconocido era el amigo con el que ella había pasado la noche.

Cuando se lo contara, iba a flipar. De eso estaba más que segura.

—Si te cuento todo lo que ha pasado ahí arriba, no te lo vas a creer, pero mejor lo hacemos en otro sitio —la animé a levantarse.

—¿No quieres un café antes de irnos? Aquí los hacen muy buenos.

—No. Hazme caso y vámonos ya, o se puede poner la cosa un poco tensa si entra por esa puerta alguien que no tengo ganas de ver.

—No te entiendo, si aquí no conoces a nadie. —Vaya que sí conocía.

—Ahora te lo explico todo, pero vámonos. —Cogí su bolso.

—Joder, qué prisas. Menos mal que ya había pagado, si no estarían llamando a la policía —protestó mientras tiraba de ella hacia la puerta.

Empezamos a caminar calle abajo en busca de un taxi que me sacara de allí. No tenía por qué esconderme, pero tampoco me apetecía cruzarme con Kalen.

Y por la forma en la que me miró cuando el ascensor se cerró, estaba segura de que no iba a parar hasta hablar conmigo.

—Seren. —Escuché que me llamaban en voz alta.

Lo ignoré. Sabía perfectamente quién era.

Capítulo 11



Kalen

—¿De qué coño vas? —me preguntó Lewis cuando salió detrás de mí, con mi hermano pisándonos los talones.

—Kalen, de verdad que no puedo creer lo que le has dicho a Seren ahí dentro. Jamás te había oído hablar así a una mujer —me dijo mi hermano, cogiéndome del brazo para que me detuviera.

—Joder, no sé por qué me he comportado así con ella. Solo sé que me ha dado mucha rabia enterarme de que la mujer con la que estuve anoche era la nieta de Stuart.

—Eso no te da derecho a hablarle de esa manera, y todavía no me puedo creer que te acostaras anoche con ella en el baño —volvió a intervenir Lewis.

—No tengo que ir contando con quién me acuesto y con quién no —les dije, intentando que me dejaran en paz.

—¿No? Pues bien que lo has dicho ahí dentro, y delante de nuestros padres.

—¿Me queréis dejar en paz? Al final se va a ir y no voy a poder alcanzarla para hablar. —Ya estaba llegando a la salida del edificio.

—No quiere hablar contigo, tío. Déjala en paz. Ya tienes todo lo que querías, la empresa es tuya por completo. No sé qué más le quieres decir.

Buena pregunta, porque ni yo mismo lo sabía. Solo tenía claro que no quería dejar las cosas como estaban.

—Eso es asunto mío —respondí, cortante.

Vi cómo salía con su prima de la cafetería que había a unos metros y, por la prisa que llevaba, estaba claro que quería marcharse cuanto antes, porque iba tirando del brazo de la otra, animándola a caminar más deprisa.

—Seren —la llamé, pero ni siquiera se molestó en mirar en mi dirección.

Mira que era cabezota la mujer.

Aceleré el paso. Estaba claro que la alcanzaría rápido, ya que un paso mío equivalía a dos de ella.

Cuando llegué a su altura, la cogí del brazo para detenerla. Se giró y, si las miradas pudieran matar, en ese momento yo habría caído fulminado.

—Suéltame —dijo en voz baja, con los dientes apretados.

—Ay, madre, creo que me va a dar algo. ¿De qué conoces a Kalen? —le preguntó su prima.

—¿No lo sabes? Es el protegido del que decía ser mi abuelo —respondió con rabia.

—No me jodas —contestó Laura. Luego miró por encima de mi hombro y vio a mi hermano y a Lewis a mis espaldas.

—Y no solo eso, es el tío con el que me acosté anoche en el baño del bar —añadió.

A su prima casi se le desencajó la mandíbula.

—¿Qué dices, loca? Si tú en tu vida has hecho algo así.

Eso no me lo creía ni loco. Si lo había hecho conmigo, estaba seguro de que no era la primera vez.

—Pues con una vez he tenido más que suficiente.

—¿Hacéis esto a menudo? —pregunté—. Digo, lo de fingir que nunca habéis hecho algo así.

—Ah, no. Yo no soy como mi prima —respondió Laura sin cortarse—. Si alguien me gusta, me lanzo y no tengo por qué ocultarlo. Estoy soltera y con mi cuerpo y con mi vida hago lo que me da la gana. Pero mi prima es muy distinta a mí, y si anoche se acostó contigo, por algo sería.

—Porque soy gilipollas —dijo Seren—. Vamos, que no quiero perder más el tiempo.

Empezó a caminar de nuevo.

—¿No me vas a escuchar? —le pregunté.

—No. No tengo nada de qué hablar contigo ni tampoco quiero. ¿Por qué no haces como anoche? Desapareces y punto, *muñequito*. —Se cruzó de brazos delante de mí. Estaba claro que me estaba retando con la mirada.

Detrás de mí escuché cómo esos dos se reían por lo bajo.

—No tenías que haber renunciado a todo —le solté, y ni siquiera supe por qué cojones lo dije, siendo yo el primer interesado en tener la empresa bajo mi control—. Todavía puedes dar marcha atrás.

¿Qué mierda te pasa, Kalen?, me pregunté.

De verdad que no sabía qué me estaba pasando con esa mujer, pero no podía permitir que lo dejara todo.

—¿Has renunciado a la empresa? —le preguntó su prima, escandalizada—. Joder, si es tu única oportunidad de dirigir una empresa, para lo que te has preparado toda la vida.

—Por lo que dice tu prima, te has preparado porque sabías que la empresa iba a ser tuya —repliqué.

En ese momento me arrepentí de haber querido hablar con ella.

Aunque, por otro lado, si era para lo que se había preparado toda la vida, ¿por qué renunciar ahora?

—No, gilipollas —saltó Laura—. Ella se ha preparado para dirigir cualquier empresa y nunca pensó en esta, sobre todo porque no tenía ni idea de que existías. Ahora entiendo por qué Seren no quiere perder el tiempo contigo. Lewis, no sé cómo puedes tener de amigo a un tío como este.

—Lo adopté cuando era pequeño y ahora me da pena devolverlo —respondió él.

Por lo que vi, a Seren le hizo gracia su comentario.

—Hermano, será mejor que nos vayamos, porque con estas españolas no puedes —dijo Owen, poniéndome una mano en el hombro.

—Eso es lo que tú te crees —repliqué—. Seren, no seas tan cabezota y escúchame.

—Mira, te lo voy a decir por última vez. O me dejas en paz y te olvidas de mí, o llamo a la policía. Tú decides.

—¿Sabes qué? Haz lo que quieras —respondí, cansado—. No me he arrastrado nunca por una mujer y no voy a empezar ahora. Solo quería disculparme.

Me giré justo cuando sonó mi teléfono. Era Calum.

—Dime.

—Kalen, ¿por casualidad estás cerca de Seren?

—Sí, estamos aquí mismo. ¿Por qué?

—Dile que tiene que volver a subir. Por lo visto hay una cláusula en el testamento que nos hemos dejado atrás. Es importante que subáis los dos.

—Ahora vamos —le contesté—. Tenemos que subir.

Ella me miró sin entender.

—Por lo visto ha habido un error en la lectura del testamento.

—Joder. Voy, pero esta vez viene mi prima conmigo —dijo, empezando a caminar de vuelta a la notaría.

No sabía qué podía haber pasado, pero la voz de Calum había sonado un poco desesperada.

Cuando entramos en el despacho, mis padres todavía estaban allí.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Seren al sentarse en una de las sillas.

—Pues verás, por lo que parece, tu abuelo te conocía más de lo que creíamos.

—No lo entiendo.

—Niña, tu abuelo sabía que no ibas a aceptar nada, así que puso una cláusula que hemos pasado por alto sin darnos cuenta —le explicó Calum.

—Si renuncias a la herencia, todo pasará a manos de una ONG. Y cuando digo todo, es todo, no solo tu parte, también la de los demás herederos.

En ese momento pensé que tenía que ser una broma.

—¿Quieres decir que si no acepto, tú y el resto lo perdéis todo? —El viejo iba a dar por culo incluso después de muerto.

—Sí. Para que ellos conserven su parte, tienes que aceptar la herencia como mínimo durante seis meses —intervino Henry.

—Pues vale, la acepto y dentro de seis meses renuncio. No quiero que nadie pierda nada por mi culpa.

—No es tan sencillo —respondió Calum—. Para que eso se cumpla, tienes que llevar la empresa junto con Kalen durante ese tiempo y, además, tenéis que convivir los dos en la mansión.

Aquello era surrealista.

—Joder, qué mente más retorcida tenía tu abuelo, prima —comentó Laura.

Seren se había quedado congelada en la silla.

—Seren, ¿estás bien?

—¿Cómo voy a estar bien? Ese hombre estaba loco —respondió—. ¿Y no podéis hacer como que vivo allí sin hacerlo de verdad, y con la empresa lo mismo? Confío en que Kalen la dirija perfectamente él solo.

—Vaya, supongo que gracias por el voto de confianza —respondí con ironía.

—No. Stuart lo ató todo muy bien —continuó Calum—. Por lo visto puso a alguien a seguiros la pista, aunque no sabemos quién es. Esa persona será la encargada de firmar cuando se cumpla el plazo de los seis meses.

—¿Y qué hago con mi trabajo en España? —preguntó Seren.

En el fondo me dio pena verla en esa situación, aunque, si era sincero, no sabía por qué, pero la idea de convivir con ella seis meses me gustaba.

—¿Y por qué tengo que vivir con un desconocido? —Me miró con una ceja levantada—. No me mires así, eres un completo desconocido.

Iba a contestar, pero mi madre se adelantó.

—Hija, según lo que has dicho antes, por lo menos conoces muy bien una parte de su cuerpo.

Intenté aguantarme la carcajada, pero fue escuchar la risa de su prima y ver cómo se le ponían las mejillas rojas que no pude evitarlo.

—Acepto, pero antes tengo que volver a España y dejarlo todo listo allí. —Se levantó—. Vamos, Laura.

Luego se giró hacia mi madre.

—Y, señora, para lo poco que funcionó, tampoco se puede decir que lo conociera mucho.

Hostia puta. Me acababa de dejar delante de todos como un auténtico inútil.

La dejé marchar. No quería que viera cómo mataba a mi hermano y a Lewis por reírse como lo estaban haciendo.

—Hijo, qué mal has dejado el listón de la familia —dijo mi padre entre risas.

—No te preocupes, cariño —añadió mi madre—. Seguro que lo ha dicho solo para vengarse un poco de ti.

—Qué bien me lo voy a pasar estos seis meses viendo cómo Seren te pone las pilas. —Mi hermano era el que más estaba disfrutando de la situación.

—Te recuerdo que se ha hecho amiga de la mujer que te gusta, y ya sabes lo que dicen: dime con quién te juntas y te diré quién eres —le solté.

La risa se le cortó de golpe.

Decidí dejarlos allí y marcharme a trabajar. Al menos, trabajando dejaría de darle vueltas a la cabeza, porque, por lo que parecía, me esperaban unos meses muy largos.

Capítulo 12



Seren

Dos semanas hacía que había llegado de Escocia y todavía no me podía creer que al día siguiente me fuera para vivir allí durante seis meses.

Me daba mucha pena tener que dejar a mis padres, a mis tíos y a mis abuelos aquí. Por mucho que durante ese tiempo viajara para verlos, no iba a ser lo mismo.

Y lo peor de todo era tener que vivir con ese hombre. El único consuelo que tenía era que, según me dijo mi padre, la mansión era muy grande y, si no quería tropezarme con él, no tenía por qué hacerlo.

Pero es que, joder, por mucho que me fastidiara reconocerlo, la verdad era que en el fondo me moría de ganas de verlo. Vamos, que era para matarme después de cómo me había tratado y de lo que me dijo delante de todos, aunque tampoco es que yo lo hubiera tratado precisamente bien.

Eso sí, que no se pensara que me iba a ir a vivir allí con las manos vacías. Ni loca me iba sola. Mi prima se venía conmigo y la iba a poner como mi secretaria en la empresa, vaya que sí.

Y ella lo había dejado todo encantada, especialmente después de haber seguido manteniendo el contacto con Lewis. Tengo que decir que ese hombre se notaba que estaba loco por mi prima, porque, de lo contrario, no habría venido a verla el fin de semana anterior.

Lo único bueno que me esperaba allí era nuestra amistad con Ava. Habíamos seguido manteniendo el contacto y era raro el día que no habláramos, ya fuera por llamada o por mensaje.

Habíamos creado una amistad muy bonita y estaba segura de que, con el paso del tiempo, iba a ir creciendo.

Por lo que Ava me fue contando durante esas dos semanas, Owen se había estado interesando mucho por ella, hasta el punto de pedirle una segunda oportunidad. Sin embargo, ella no quería volver a pasarlo mal y le dejó claro que, por el momento, lo único que podía ofrecerle era una amistad.

Si veía que él había cambiado, entonces lo más seguro era que sí le diera esa oportunidad, pero por el momento no estaba dispuesta a hacerlo.

Me había despedido la noche anterior de toda la familia. Habíamos hecho una comida en casa de mis abuelos y pasamos allí todo el día, así que hasta que no volviera a viajar a España no los vería de nuevo.

La pobre de mi abuela, con lo gruñona que era, fue la que más lloró. No hacía más que repetir que ya no íbamos a volver más, al menos no para vivir. Peor se puso cuando mi prima reconoció delante de todos que había conocido a un hombre que le gustaba mucho. En fin, dramas familiares. Supongo que de esos tiene todo el mundo y, por suerte para nosotros, tampoco era el fin del mundo.

—Seren, ¿a qué hora pasarás a recogerme? —me preguntó Laura cuando le cogí el teléfono.

—Te lo dije ayer. El avión sale temprano, así que pasaré con el taxi por tu casa a las cinco de la mañana. —No sabía dónde tenía la cabeza últimamente.

—Perfecto, pues nos vemos mañana. Te quiero. —No me dejó ni despedirme, colgó del tirón.

Fue muy bonita la despedida que me hicieron mis compañeros y mi jefe. Me lo pasé bien, pero sobre todo lloré a moco tendido cuando tuve que decirles adiós, aunque mi jefe me aseguró que siempre podría volver a contar con mi puesto de trabajo una vez que pasara ese tiempo.

Sabía que me lo decía de corazón. Siempre pude contar con él y con todos los demás, pero a quien más pena me dio dejar atrás fue a Marga, mi apoyo incondicional.

Si yo lloré, ella no se quedó atrás, y eso que, de todos modos, en unos meses se marcharía por su jubilación.

Dejé todos esos pensamientos atrás. No quería volver a llorar; ya lo había hecho demasiado en los últimos días. Así que lo mejor que pude hacer fue darme un baño, con música de fondo y una buena copa de vino.

El tiempo se me fue en ese baño sin que me diera cuenta, y la razón no fue otra que recordar aquel encuentro en el baño con Kalen.

La tentación y la calentura pudieron conmigo, así que al final terminé sucumbiendo al deseo de tocarme pensando en él.

El orgasmo me llegó más rápido de lo normal, todo gracias a recordar la manera en la que ese hombre supo llevarme a la luna y mucho más allá.

Entre ese orgasmo y el baño, salí como nueva. Vamos, que esa noche me quedé dormida muy rápido y, además, profundamente.

El viaje de vuelta a Escocia no se me hizo muy largo. Tal vez fue porque, en el fondo, tenía ganas de llegar.

Con todo esto me pasaba algo raro, pero en lo más profundo de mi corazón sentía que llegaba al lugar que debería haber sido mi casa. Era algo intenso lo que me provocaba descubrir aquella tierra y, como la vez anterior no pude hacerlo, esta me iba a encargar de recorrer cada uno de sus rincones todos los fines de semana.

Al salir del aeropuerto, allí estaba esperándonos Lewis… o eso pensé yo, porque un segundo después también salió del coche Kalen.

Al verlo, el estómago se me contrajo sin que pudiera evitarlo y un calor entre las piernas empezó a inundarme. Era lo que tenía encontrarte con un hombre que te ponía como nadie lo había hecho en la vida.

Aun así, no pensaba demostrárselo por nada del mundo. Antes muerta que dejar que se diera cuenta de que me gustaba más de la cuenta.

—¿Qué haces aquí? —sé que le hablé borde, pero fue mi forma de protegerme.

—¿Quién mejor que el dueño para enseñarte la casa? —me contestó con una sonrisa, la misma que me mostró la primera noche que lo vi.

—Perdona, pero tú no eres el único dueño. Te recuerdo que mi prima también lo es. —Me encantó la forma en la que Laura me defendió.

—Pero como ella no la conoce, se la voy a enseñar yo. Y si no quieres dormir en el jardín, más vale que me hables bien. —Uy, este no sabía con quién se estaba metiendo.

—Creo que vas muy mal encaminado, porque si alguien tiene que dormir en el jardín eres tú, y si me apuras mucho, vas a dormir en la calle —le contesté—. De verdad, no sé para qué has tenido que venir. Ya me has amargado el día.

Me di cuenta de que esas palabras le picaron un poco. Me arrepentí nada más decirlas, pero ya era tarde y no pensaba disculparme.

—Tranquila, fiera —intervino Lewis—. Creo que Kalen ha entendido muy bien que contra vosotras no se puede. Mi consejo para los dos es que intentéis llevaros lo mejor posible, porque vais a pasar seis meses viviendo y trabajando juntos.

Tenía razón. Más valía guardar el hacha de guerra o la convivencia se nos iba a hacer eterna.

—Tienes razón. Prometo intentar llevarme lo mejor posible, siempre y cuando no me busque la boca y me deje a mi aire. —Le ofrecí la mano para cerrar el trato—. ¿Estás de acuerdo? —le pregunté a Kalen.

—Me parece perfecto, siempre y cuando vosotras hagáis lo mismo conmigo. Lo único que os voy a pedir es que tratéis bien a mis padres. Ellos

viven allí y, hasta que no se cumpla esta parte de la herencia, no recibirán su casa.

—No te preocupes, me cayeron muy bien cuando los conocí —le respondí.

El trayecto duró más de media hora, pero se me hizo corto. Iba embobada mirando todo a nuestro paso. Los paisajes eran increíbles, sobre todo cuando fuimos dejando atrás la ciudad.

Por lo visto, la mansión estaba a las afueras, donde todo se veía mucho más verde.

Nunca había carecido de nada. Mis padres me habían dado una muy buena vida y, desde que empecé a trabajar, tampoco podía quejarme, ya que ganaba un buen sueldo. Pero lo que apareció ante mis ojos me dejó con la boca abierta, literalmente.

Vamos, que mi padre tenía razón. Con lo grande que era la mansión, si no quería, no tenía por qué encontrarme con Kalen.

Capítulo 13



Kalen

Estaba claro que mis padres podrían haberse ido a su casa y, si no lo hicieron, fue porque se lo pedí. Lo hice para que Seren estuviera más cómoda. De haber sido por mí, nos habríamos quedado solos en la casa; bueno, ya sabéis que eso de llamarla casa es un decir.

A lo que iba. A mí me habría gustado quedarme a solas con ella, aunque si quería esconderse de mí allí dentro, no lo conseguiría. Ya me encargaría yo de que nos encontráramos continuamente, aunque eso supusiera una tortura para mi cordura y para la parte más íntima de mi cuerpo.

Joder, es que cada vez que pensaba en aquella noche, el pene cobraba vida propia y se alzaba en pie de guerra.

A ver cómo cojones me las arreglaba para soportarla en la casa y en la oficina.

Tenía una cosa muy clara: volver a hacer mía a Seren. Y esta vez iba a gritar mi nombre, me daba igual lo que me costara conseguirlo. La deseaba como pocas cosas había deseado en mi vida y, aunque ella se empeñara en aparentar que no sentía nada por mí, lo hacía. Se le notaba en las miradas que me había lanzado durante el trayecto en coche, en esos segundos de más en los que sus ojos se detenían en los míos antes de apartarse con falsa indiferencia.

Por mucho que intentara disimularlo, estaba ahí. Latente, vivo, tan real como el deseo que me quemaba por dentro.

Al entrar, mis padres y Owen ya estaban esperándonos. Mi madre se había empeñado en prepararles una comida familiar como bienvenida y, cuando Maela se encabezonaba con algo, no había nadie capaz de llevarle la contraria.

Solo esperaba que Seren no despreciara aquel gesto amable que mi madre había querido tener con ella. Si lo hacía, la decepcionaría profundamente y a mí me dolería ver la tristeza reflejada en los ojos de mi madre, aunque, pensándolo bien, no creía que Seren fuera capaz de algo así.

—Buenos días —les dijo mi madre con una sonrisa cálida—. ¿Qué tal os ha ido el vuelo?

—Buenos días. —Seren le dio la mano a mi padre y a mi hermano y, cuando fue a ofrecérsela a mi madre, esta tiró de ella y la abrazó—. Maela, muchas gracias por este recibimiento. Hace que eche un poquito de menos a mi familia.

—Cariño, ahora también tienes una familia aquí —dijo mi madre.

Joder, no le digas eso, mamá, pensé.

Porque cuando se vaya dentro de seis meses, estoy seguro de que mi madre le habrá cogido tanto cariño que lo pasará demasiado mal, y yo no podría soportar verla triste.

—Buenos días, soy Laura. La vez anterior no nos presentaron, con todo lo que pasó —se presentó la prima de Seren a mis padres.

Después de los saludos, mi madre me pidió que acompañara a cada una a lo que sería su habitación durante el tiempo que se quedaran allí.

Yo me iba a quedar en la que había sido la mía desde que me vine a vivir aquí siendo niño. Ahora era una habitación de adulto; estaba claro que aquellos muebles habían cambiado con los años.

A Laura le iba a dar una habitación que quedaba al otro lado del pasillo y a Seren, la que había sido de su abuelo.

—Ni hablar —dijo en cuanto abrí la puerta—. Por la pinta que tiene, esta era la habitación de ese hombre y yo no pienso dormir en la misma cama que él. —Se negó a entrar.

—No seas tonta, Seren —le contesté—. Cuando vas a un hotel, duermes en camas en las que han dormido cientos de personas antes que tú.

—No es lo mismo. Si no hay más habitaciones disponibles, puedo dormir en un sofá. —Empezó a caminar hacia la habitación de su prima—. O puedo cambiarla con Laura. —Ahora parecía enfadada—. Estoy segura de que esto ha sido cosa tuya. —Se paró en mitad del pasillo—. Tienes una mente muy retorcida, pero no vas a poder conmigo.

Era increíble lo que estaba escuchando.

—Se te ha dado esta habitación porque es la más grande —dije, resoplando —. Encima de que estamos intentando que todo sea más fácil para ti.

—Ja, ja, ja —dijo con un sarcasmo evidente—. Que tus padres intenten hacérmelo más fácil, no lo dudo, pero tú —me señaló con el dedo índice en el pecho—, tú vas a intentar hacerme la vida imposible. —Sonrió con cinismo—. Y digo que vas a intentarlo, porque no voy a dejar que lo consigas.

Le cogí la mano que había puesto sobre mi pecho y tiré de ella con un movimiento repentino, haciendo que Seren chocara contra mí.

La miré desde mi altura. Era mucho más baja que yo, así que bajé la mirada y ella tuvo que alzar la suya para sostenerme la mirada.

—Me gusta que seas tan peleona y que no dejes que nadie se te suba — incliné un poco más la cabeza para quedar cerca de sus labios—, pero ahora mismo lo único que quiero es repetir lo de aquella noche, y sé que tú tienes las mismas ganas que yo.

Entreabrió los labios. Se notaba que, aunque intentaba mantenerse alejada de mí, sentía la misma atracción que yo, tan intensa y evidente como la que me recorría a mí por dentro.

—Soñar es gratis, *muñequito* —susurró sobre mis labios—. Esas ganas que tú dices que tengo me las puedo quitar esta misma noche con otro escocés.

Me dio rabia escuchar eso. No sabía qué me pasaba, pero pensar en ella con otro me ponía de muy mala leche.

—Muñeca, puedes probar todos los escoceses que quieras, pero sabes que ninguno te hará disfrutar como lo hice yo, por mucho que te joda reconocerlo.

Sin darle tiempo a reaccionar, la cogí por las mejillas y estrellé mis labios contra los suyos, reclamando ese beso como si nunca hubiera dejado de pertenecerme.

El calor que me provocaba solo con rozar su boca no podía ser cosa únicamente mía. Estaba seguro de que ella lo sentía igual, porque su respuesta fue inmediata, cargada de tensión y de todo lo que se empeñaba en negar.

El problema era que empezamos con muy mal pie y, después, vino todo lo demás. Eso sin contar que los dos éramos demasiado cabezotas y ninguno estaba dispuesto a dar el brazo a torcer.

Por la forma en la que movió la lengua dentro de mi boca buscando la mía, por cómo se aferró a mi camisa y por el leve jadeo que dejó escapar, no podía engañarme. Aquello no era indiferencia, ni mucho menos.

—Cuando esta noche salgas a buscar a otro, recuerda lo que te hago sentir solo con mis labios. —Me separé de ella, lo justo para que mis palabras le llegaran claras—. Y deja de comportarte como una cría y acepta esa habitación.

—Maldito escocés —dijo apretando los puños.

La rabia se reflejaba en su mirada. Y no era solo por la habitación; era por el beso, porque no había podido mostrarse indiferente a mi contacto.

Me di la vuelta dejándola atrás, y lo hice con una sonrisa. Esta vez no pudo conmigo. Fui yo quien la dejó con la palabra en la boca.

—¿Qué haces ahí, tonta? —Escuché que le preguntó su prima.

No oí la respuesta porque ya estaba bajando las escaleras, pero estaba seguro de que me estaba poniendo fino.

Llegué a la cocina; sabía que, a esas horas, estarían todos allí.

—¿Las has dejado instalándose? —me preguntó mi madre.

—Sí. Seren no quiere esa habitación —dije mientras cogía una cerveza de la nevera.

—Dame una a mí —pidió mi hermano.

—Yo quiero otra —dijo Lewis.

—A mí no me dejes mirando —añadió mi padre.

—Parece que estabais esperando a que llegara para haceros de camarero —les dije a los tres.

—¿Y por qué no la quiere? —preguntó mi hermano.

—Hijo, ¿por qué va a ser? Porque se ha dado cuenta de que era la de su abuelo —respondió mi madre.

—Exactamente —confirmé—, pero le he dicho que es lo que hay. No con esas palabras, claro, pero se lo he dejado claro.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Lewis—. Porque, conociéndote, no creo que se lo hayas dicho con mucha delicadeza.

—Que deje de comportarse como una cría. —Escuché cómo mi hermano silbaba, como diciendo: «La que te has buscado».

—Me parece que no lo va a dejar pasar —comentó—. Por lo poco que la conocí, Seren es una mujer con mucho carácter.

—Si no quiere dormir en el sofá, es lo que hay. —Me encogí de hombros.

—Hijo, si ha dicho que no quiere dormir ahí, deberías haberle dado otra habitación —dijo mi madre mientras removía lo que estuviera preparando—. Tiene sus motivos, y bastante duro es ya dejar su vida atrás para que ninguno de los que estamos aquí perdamos nada.

—Tu madre tiene razón —añadió mi padre—. De haber sido otra persona, no habría pensado en unos desconocidos. Eso dice mucho del gran corazón que tiene. Al fin y al cabo, nos está haciendo un favor, porque ella no gana nada.

Y cómo me jodía tener que darles la razón.

Seren estaba haciendo todo aquello para que nadie perdiera nada. Había renunciado a todo y no tenía por qué haber aceptado lo de los seis meses, y aun así allí estaba.

Y lo que sí tenía claro era que aquella mujer había irrumpido en mi vida para desordenarlo todo y que no iba a parar hasta convertir mis días en un auténtico infierno.

—La comida ya está. ¿Puede ir alguien a avisar a las chicas? —preguntó mi madre.

—Voy yo —dijo Lewis levantándose de la silla.

Vamos, que las prisas eran por darle a Laura unos cuantos besos.

Capítulo 14



Seren

—¿Qué haces, loca? —me preguntó Laura cuando me vio pasar delante de ella con un montón de trajes en las manos.

—Calla y ayúdame, que así termino antes. —Solté aquellos trajes encima de la cama que había sido del padre de mi padre—. No veas si tiene ropa el capullo ese —resoplé mientras iba a por otro montón.

—En serio, Seren, estás perdiendo la cabeza —protestó, aunque cogió más ropa para ayudarme.

—¿La casa no es mía también? Pues me quedo con esta habitación, que me gusta más. —Me encogí de hombros.

—Pues verás el cabreo que se va a pillar —dijo aguantándose la risa.

—Me importa un bledo. —Me mordí el labio inferior para no soltar una carcajada.

Cómo iba a disfrutar cuando se diera cuenta de que había sacado todas sus cosas de su habitación. Y sabía que era su habitación porque él mismo se había encargado de señalarnos cuál era la de cada uno de los que vivían allí.

Tengo que admitir que cada vez que cogía un puñado de su ropa no podía evitar acercar la nariz a aquellas prendas y olerlas.

Madre mía… Desde la primera vez que lo olí estaba obsesionada con ese aroma. Se había convertido en mi adicción, pero antes muerta que admitirlo.

—¿Qué estáis haciendo? —Uy, nos había pillado antes de tiempo, Lewis.

—Hola, guapo. ¿Me has echado de menos? —le preguntó mi prima. Sabía perfectamente que su intención era distraerlo.

—Mucho, más de lo que piensas. Pero ahora me vais a decir qué estáis haciendo con las cosas de Kalen. —Pues no había funcionado.

—He decidido que me quedo con esta habitación. Él puede dormir muy a gusto en la que era de su abuelito del alma. —Pasé por su lado muy digna para dar el último viaje con el resto de las cosas.

—No le digas nada, por favor. Deja que se dé cuenta él solo —le pidió mi prima.

—Más vale que estés preparada, porque se puede liar una buena —negó con la cabeza mientras sonreía—. Desde luego, con vosotras no nos vamos a aburrir. Bueno, yo venía porque Maela me ha mandado a deciros que la comida ya está lista.

—¿Ya? —pregunté—. No voy a acostumbrarme nunca a este horario.

—Aquí almuerzan casi cuando la mayoría allí desayunan o se comen unas tapitas. —Laura pensaba igual que yo.

—Pues tenéis seis meses para acostumbraros —dijo él riendo.

—Anda, ayúdanos a llevar las cosas de su baño —le dije.

—¿Yo? Ni loco. Aprecio demasiado mi vida como para jugármela. —Levantó las manos y dio un paso atrás.

—¿Por qué tardáis tanto? —Owen apareció por la puerta de lo que iba a ser la nueva habitación de su hermano—. No jodas, ¿qué hacen las cosas de Kalen tiradas sobre la cama?

—Shhh. —Puse un dedo sobre mis labios para que no hablara tan alto—. Para que veas lo buena que soy. —Anda que no me iba a divertir cuando se diera cuenta—. Le he dejado la habitación más grande.

—Sobre todo buena. Me parece que vas a poner la vida de mi hermano patas arriba.

—Y lo divertida que se la voy a hacer. Así no se aburre, que no es por nada, pero a mí me da que le hace falta sonreír más. —Dejé los productos de aseo amontonados en el lavabo—. Pues con eso ya está todo listo. Vamos a comer, que no quiero hacer esperar más a Maela.

Al salir de aquel cuarto cerré la puerta tras de mí y bajamos a la cocina, donde ya tenían la mesa puesta y los tres estaban sentados esperando a que lo hiciésemos nosotros cuatro.

—Un poco más y tenemos que ir todos a buscaros. —Cómo no iba a protestar el estirado.

—Perdone mi tardanza, señor, pero tenía algunas cosas que colocar —dije con todo el sarcasmo que pude—. Me gusta dejar mi ropa guardada antes de que se arrugue en la maleta. —Miré a los otros tres, que sabían perfectamente lo que había hecho y se estaban aguantando la risa como podían.

—Mi madre te hubiera ayudado encantada después, y si no, lo hubiera hecho Maggie, la chica que trabaja en la casa —me explicó.

—Pues no la he visto. De todos modos, me gusta hacer las cosas por mí misma, y tu madre ya debe de tener bastante como para ponerse también con las mías —le repliqué, intentando restarle importancia.

—A mí no me hubiera costado nada, todo lo contrario, lo habría hecho encantada. Y en cuanto a Maggie, no la has conocido porque hoy no está; tenía asuntos personales que atender —Maela me habló con ese tono cercano y cariñoso que ya había empezado a resultarme familiar.

Sabía que lo decía de corazón. Aunque, siendo sincera, no estaba del todo segura de que hubiera pensado lo mismo si se hubiera tratado de trasladar las

cosas de su hijo. Ese pensamiento me cruzó fugazmente por la cabeza mientras me mordía el labio para no sonreír.

—Bueno, sea como fuere, Laura me ha ayudado —le dije para tranquilizarla.

—Porque me ha obligado, no por gusto —replicó esta, haciéndose la ofendida.

—No digas tonterías, si en el fondo te gusta organizar cosas —le contesté con segundas, mirándola de reojo.

—Claro que sí, sobre todo cuando es tan divertido. —Me siguió la broma sin perder la sonrisa.

Lewis y Owen sabían perfectamente de qué estábamos hablando, y les estaba costando la misma vida no echarse a reír a carcajadas. Los otros tres presentes nos miraban como si hubiéramos perdido la cabeza. Claro, no tenían ni idea; de lo contrario, no sé muy bien cómo habrían reaccionado sus padres. Pero lo que era Kalen, estaba segura de que estaría echando humo por las orejas.

—¿Qué os apetece hacer hoy? —nos preguntó Lewis, intentando cambiar de tema.

—Conmigo no contéis para nada hoy. Tengo que ir a la oficina; hay algunos documentos que debo firmar y, además, esta noche tengo una cena, así que llegaré tarde —dijo Kalen.

No sé por qué, pero me dio rabia que mencionara lo de la cena.

Estaba segura de que había quedado con alguna mujer, y eso me dio coraje.

¿Que no tenía sentido que me diera rabia? No. No lo tenía, porque entre nosotros no había nada. Pero no podía evitarlo.

Que le den por culo, pensé.

—Yo he quedado con Ava —dijo Owen.

Al día siguiente tenía que ir a ver a mi amiga sin falta. Durante ese tiempo nos habíamos unido mucho y tenía muchas ganas de verla y de darle un abrazo. Cada vez que hablábamos, me decía que con Owen todo iba cada día mejor, aunque todavía no se atrevía a dar el paso de tener algo más con él.

—Dile que mañana, en cuanto pueda, voy a verla —le dije con una sonrisa.

Al girar la cabeza, me di cuenta de que Kalen me estaba mirando con los labios apretados. Estaba segura de que esa expresión no le hacía ninguna gracia; seguramente no le gustaba que me llevara bien con su hermano o, en general, con todos los que estaban allí.

Seguro que lo que él quería era hacerme la vida imposible porque no me soportaba… al menos en un ambiente normal. Porque estaba convencida de que, si fuera en una cama, con las piernas abiertas y él entre ellas, no tendría ese gesto en la cara.

—Pues yo sí que quiero que me enseñes algo de Edimburgo. —*Lo que quieres es que te enseñe su casa*, fue lo primero que pensé, pero, vamos, si yo estuviera en su misma situación, seguramente también lo querría.

Por mucho que Maela se negara a que mi prima y yo recogiéramos todo, no iba a permitir que lo hiciera ella después de haber cocinado. Así que hicimos oídos sordos y lo limpiamos nosotras.

Después, cada uno se fue a lo que tenía que hacer. Los padres de Kalen tenían que salir a hacer unas compras, así que me quedé sola en aquella mansión.

Me dediqué a recorrer todos sus rincones sin invadir la intimidad de nadie y, cuando me cansé de dar vueltas, me fui a mi habitación para colocar todas mis cosas, ya que todavía no lo había hecho.

Capítulo 15



Kalen

Estar en la oficina y después en la cena se me había hecho demasiado largo y aburrido y, la verdad, no sabía muy bien por qué. Lo único que tenía claro era que me apetecía estar en la casa y reencontrarme con esa mujer que me ponía de los nervios, pero que, al mismo tiempo, no lograba sacarme de la cabeza.

Estaba claro que eso ya no iba a ser posible, porque la cena se alargó más de la cuenta y se me había hecho demasiado tarde.

Cuando entré por la puerta de casa, todo estaba en silencio. Como era normal, cada uno estaría dormido en su habitación.

Me fui directo a la mía, pero cuando tiré de la manilla para abrirla, esta no se abrió; sino todo lo contrario, estaba cerrada con el pestillo.

—¿Qué cojones pasa aquí? —Fue lo primero que me pregunté.

A no ser que mi madre hubiera cerrado la puerta con llave para que no entrara nadie, pero eso me resultaba muy raro.

Menos mal que tienes las llaves, me dije a mí mismo, porque por nada en el mundo me apetecía dormir en otra habitación y mucho menos despertar a mi madre para pedírselas, aunque tengo que reconocer que no me hubiera importado entrar en la que estaba una española con mal genio durmiendo.

Tampoco era plan de parecer un puto acosador.

Como conocía la habitación como la palma de mi mano, no necesitaba encender la luz. Me quité la ropa, la dejé en un sillón que había en una esquina, pero cuando me fui a meter en la cama noté algo raro.

Así que encendí la luz de la lamparita que había en la mesita de noche.

—Joder. —Me quedé sin palabras al ver a Seren dormida en mi cama.

—¿Qué haces, pervertido? —Se sentó de golpe en la cama y, por lo que pude ver, en la parte de arriba llevaba una camiseta de pijama de tirantes y tan fina que podía ver sus pezones a través de ella—. Kalen, sal ahora mismo de aquí.

Al oírla de nuevo, fue cuando dejé de mirar esa parte de su cuerpo para prestarle atención.

—*Muñequita*, tan desesperada estás que te has tenido que meter en mi cama —le dije con un poco de burla. Ya que sabía que odiaba que la llamara con ese apodo, más se lo decía.

—Mira, gilipollas, tengo que estar muy falta de sexo para querer meterme en la cama contigo. —De la rabia que le dio se puso de pie sobre el colchón para estar a mi altura.

Madre mía, si me había quedado embobado viendo sus pezones a través de esa camiseta, cuando la vi de pie ante mí con ese tanga casi transparente, ya perdí todo rastro de cordura.

—Estás en mi cama y casi sin ropa. Eso dice lo desesperada que estás porque te vuelva a hacer gritar. —No podía apartar la mirada de ese punto exacto donde se unían sus piernas.

Joder, estaba pareciendo un auténtico pervertido, pero no era de piedra y, si me pones algo así delante, no puedo fingir que no lo veo ni mirar hacia otro lado como si nada.

—Mírame a la cara cuando te hablo. —Me dio un toque en el pecho con el dedo—. Esta es mi habitación ahora. Todas tus cosas están en la que iba a ser la mía, así que ya puedes irte por donde has venido.

Cada vez estaba más cerca de mí.

—Seren, no me voy a ir. Si quieres, lo haces tú y, si no, duerme donde quieras, pero yo voy a dormir en mi cama. —Quería provocarla para saber hasta dónde era capaz de llegar.

—Esta cama es mía. Si tienes cojones, pon un solo dedo en ella.

Muy mal, nena. Si me amenazas, peor lo voy a hacer.

—¿Qué me vas a hacer? —Por la manera en la que se humedeció los labios y por la forma en la que recorrió mi cuerpo, yo tampoco le era indiferente.

Di un paso y puse una rodilla sobre el colchón sin apartar la mirada de ella. No me quería perder ni una sola de sus reacciones.

—Kalen, te lo digo en serio, vete ahora mismo, porque soy capaz de estrangularte.

Me mordí el labio inferior para provocarla un poco más.

Llevé una de mis manos a su cintura para acercarla a mí. La dejé en ese lugar esperando que me la apartara de un manotazo, pero no lo hizo.

—¿No has tenido bastante esta noche? —Por la pregunta parecía que se había imaginado que la cena era con una mujer, y también parecía que estaba un poco celosa.

—Ha sido una cena de negocios, a la que, por cierto, deberías haber venido tú, ya que eres también dueña. —Le iba a decir que no había tenido bastante con la otra, pero me lo pensé mejor, porque por esa contestación me podía dejar con las ganas de ella y eso, ahora mismo, era lo que más deseaba.

—No me dijiste que tenía que ir. —No me estaba mirando a los ojos, me estaba mirando los labios—. Vete.

Esta vez lo dijo con menos convicción.

Le di un beso en la barriga, otro un poco más arriba y el último justo en el centro del canalillo.

—¿De verdad quieres que me vaya o prefieres que te haga gritar como nunca lo has hecho en tu vida?

—Eres un creído. —Se estremeció con mi toque.

—Pero este creído te pone muy cachonda. —Paseé la nariz y la boca entre sus pechos por encima de la camiseta. Llegué a uno de sus pezones y me detuve sobre él sin llegar a tocarlo—. Por mucho que me odies, me deseas a partes iguales.

En ese momento sí que atrapé el pezón entre mis dientes.

Seren se estremeció con ese contacto y soltó un jadeo.

—Eso no significa nada. Es una simple reacción biológica. Me pasaría lo mismo si estuviera otro hombre tocándome.

Apreté un poco más el pezón entre mis dientes, provocándole un grito.

Sentí celos de que dijera algo así, porque estaba seguro de que lo que le provocaba yo no lo haría otro hombre. Ella lo había dicho para provocarme.

—Pero como ahora mismo no hay otro, te vas a tener que conformar conmigo. —Llevé la boca al otro pezón e hice lo mismo que con el anterior.

—Joder, Kalen. —Era la primera vez que decía mi nombre entre un gemido y no sabéis cómo me puso eso.

Puse las dos manos en sus caderas y tiré de ellas hacia abajo para que se pusiera de rodillas.

—Esto no está bien —dijo en un susurro.

—Está todo lo bien que quieras que esté. Mañana puedes seguir odiándome —bajé la cabeza hasta poner mis labios a la altura de los suyos—, pero esta noche eres mía o no te hubieras metido en mi cama.

—Ahora es mi cama y te has metido tú en ella —dijo acortando las distancias, besándome.

Un beso intenso que hizo que nos encendiéramos más de lo que ya estábamos, si es que eso era posible.

Me moría de ganas de verla totalmente desnuda. Si la vez que lo hicimos en el baño fue increíble, esta iba a ser mil veces mejor.

Llevé las manos al filo de su camiseta, comenzando a subirla por su cuerpo mientras, a su paso, le iba dejando una suave caricia.

La forma en la que su cuerpo me respondía era increíble. Con cada roce de mis dedos o de mis labios hacía que se le pusieran los vellos de punta.

Madre mía, en cuanto la dejé desnuda de cintura hacia arriba y vi esos pechos, no pude hacer otra cosa que obligarla a recostarse en la cama y abalanzarme sobre ellos.

—Es increíble lo preciosa que eres —susurré sobre su pezón antes de metérmelo en la boca.

—No hace falta que me hagas la pelota, vamos a follar de todos modos. —Joder, qué boquita tenía para ponerme de mala leche.

—No te preocupes, lo he dicho para que te sintieras bien, *muñequita*. —Antes de que pudiera protestar, metí una mano por dentro de ese tanga, haciendo que soltara un jadeo.

—Maldito escocés —me llamó después de ese jadeo.

—Todo lo maldito que quieras, pero es el que te está poniendo cachonda esta noche. —Bajé lamiendo por el centro de su cuerpo. Llegué hasta donde el tanga le cubría.

Aparté la tira a un lado y enterré mi lengua entre sus labios vaginales. Dios, me moría por probarla y lamer hasta el último rincón de su intimidad.

Esa parte de su cuerpo desprendía fuego. Fue como tocar el sol con la punta de los dedos. Sentía que me quemaba, pero, a la misma vez, era incapaz de apartarme de ella.

Al pasar mi lengua por toda su vagina, dio un salto e intentó cerrar las piernas. Se lo impedí poniendo una mano en cada uno de sus muslos y le abrí las piernas todo lo que pude.

No iba a permitirle que me privara de estas vistas y mucho menos de su sabor.

Sentía que el pene me iba a reventar dentro de la ropa interior. A esas alturas no paraba de soltar líquido preseminal. Creo que era la primera vez en mi vida que estaba tan caliente.

Le cogí el clítoris entre los dientes y tiré de él suavemente. No fue para que le doliera, fue para infringirle placer, mucho placer, y demostró todo lo que le gustó al humedecerse mucho más.

La tenía a un paso de correrse y no me iba a detener hasta que lo hiciera sobre mi lengua.

Le introduje dos dedos con la palma hacia arriba. Mientras los movía en su interior, no dejé de chupar y lamer el clítoris.

—Joder, no pares… —Levantó las caderas y se dejó llevar por el torrente de placer que la recorrió por completo—. Madre mía.

Resopló cuando el estado de éxtasis la abandonó.

—Madre tuya no —le dije reptando por su cuerpo—, que ese orgasmo te lo ha provocado este maldito escocés —me llamé a mí mismo—. ¿Has dejado los preservativos aquí o tengo que ir a buscarlos? —le pregunté alargando la mano para abrir el cajón.

—Los he dejado ahí junto con tu ropa interior. No me apetecía tocar nada que pudiera contener fluidos tuyos. —Otra pulla más que soltaba.

—¿No? —pregunté aguantándome la risa—. Pero sí que te ha apetecido que me coma los tuyos.

Se hacía la descarada, pero después se encendía como una farola.

—Es muy distinto. Te los has comido tú, no yo. —Movió las caderas con desesperación para rozarse con mi miembro.

—Pues ahora nos los vamos a comer los dos. —La besé para que sintiera su sabor en mi lengua.

Me puse el preservativo, colocándome de rodillas entre sus piernas, y sin dejar de mirar nuestros sexos, me fui introduciendo en su interior.

Dios, esta vez fue incluso mejor que la otra.

Le levanté las piernas, colocando cada una en mis hombros. La abracé por los muslos y así fui entrando y saliendo de ella.

Eran penetraciones profundas, largas y lentas. Estaba tan excitado que iba a durar poco como no me detuviera un momento.

Un rato después le bajé las piernas y, en la misma posición en la que me encontraba, hice que ella se sentara sobre mí.

—Demuéstrame cuánto te gusta tenerme dentro —le dije, apretando las manos sobre su cintura.

—¿Estás preparado para que te lo demuestre? —me preguntó antes de mover las caderas sobre mí.

—Eso no se pregunta, *muñequita*.

Me mordió el hombro con fuerza. Me lo había buscado al llamarla por ese apodo.

Y vaya si me lo demostró. No se detuvo en ningún momento hasta que los dos llegamos al orgasmo.

Fue increíble. Creo que después de esta mujer ninguna me iba a hacer sentir como ella lo hacía.

Capítulo 16



Seren

Llevaba una semana allí y ya me había familiarizado con todo y con todos. La verdad es que tanto Laura como yo habíamos sido acogidas con los brazos abiertos.

Maela y Gregory eran un matrimonio muy unido, cariñoso y con unos valores increíbles.

Y no solo estaban unidos entre ellos, sino que también lo estaban con sus hijos y ahora con nosotras. Aunque Laura pasaba más tiempo en casa de Lewis que en esa. Desde luego, no se lo iba a tener en cuenta.

Es verdad que la persona que no me había caído demasiado bien de todas las que había conocido era Maggie. No sabía qué tenía esa mujer, pero no me inspiraba mucha confianza.

Sabía que no había hecho nada para provocar ese sentimiento hacia ella, pero aun así no podía evitarlo.

Por otro lado, en la empresa todo iba genial. Me adapté rápido a su forma de trabajar y a entender cómo funcionaba todo. La verdad es que Kalen lo llevaba muy bien y, por lo menos en el aspecto laboral, nos entendíamos de maravilla. De hecho, nos compenetrábamos muy bien.

Ahora bien, fuera del trabajo creo que cada vez nos soportábamos menos, y lo peor de todo era que, por las noches, no conseguíamos mantener las

manos alejadas el uno del otro.

Tengo que decir que tampoco era todas las noches. Habían sido solo tres, que, teniendo en cuenta que llevaba allí una semana, parecían demasiadas. Y siempre caíamos después de provocarnos mutuamente.

Porque los dos éramos impulsivos y teníamos mucho carácter. Si él me pinchaba, yo le respondía, y también sucedía al revés.

Sus padres y los demás ya se reían de nuestros comportamientos. Tengo que admitir que sí, que eran un poco infantiles por nuestra parte, pero era lo que había y punto.

Y no creáis que necesitaba mucho para ponerme de mala leche, porque con una sola palabra lo conseguía al instante. No había nada que odiara más que me llamara *muñequita*. Pero yo sabía que a él le repateaban dos palabras que yo le decía, y no eran otras que maldito escocés. Eso lo encendía como una mecha en menos de un segundo.

Ese fin de semana, los padres de Kalen se iban a ir fuera, cortesía de su hijo mayor. Por lo visto, era su aniversario de boda, así que les había regalado un viaje. Ava y Owen se vendrían a pasarlo allí.

También vendrían Lewis y Laura. Eso sí que lo entendía; al fin y al cabo, unos eran pareja y los otros, si no lo eran todavía, estaban a un solo paso de serlo. Porque por mucho que Ava me dijera que aún necesitaba tiempo, a mí no me lo parecía.

Lo que no entendía era por qué Kalen tenía que quedarse todo el puñetero fin de semana. ¿No tenía nada mejor que hacer? Yo qué sé, por ejemplo, otra tía a la que darle por culo.

Aunque, siendo sincera, creo que me molestaría bastante que se lo diera. No voy a mentir: pensar en él con otra mujer me provocaba unos celos que no me gustaban nada. Pero shh, callaros, que eso es un secreto entre nosotras. Antes muerta que reconocerlo en voz alta.

—Portaros bien —nos dijo Maela antes de salir de casa, como si fuéramos unos críos de quince años.

Y su hijo mayor ya tenía canas hasta donde no se ven. A ver, que era un decir. Vamos, que precisamente un crío no era, igual que el resto de los que estábamos allí.

—No te preocupes, que yo los vigilo a todos —le dije con una sonrisa.

—No te lo tomes a mal, pero creo que no eres precisamente la indicada para vigilarlos —dijo el padre de Kalen, intentando aguantarse la risa—. Tú eres capaz de prenderle fuego a la casa en uno de tus arranques.

—No te puedo culpar por tener esa impresión de mí —le respondí, sobre todo después de que me hubiera visto tirarle un vaso de agua a su hijo hacía dos días.

Una vez lo hice, me avergoncé de mi comportamiento, pero es que el capullo me sacó de quicio. Con todo mi cariño preparé una cena típica española y no hacía más que poner pegas.

Y sé que lo hizo a propósito, porque la cena les encantó a todos.

El caso es que me cabreó tanto que me levanté de golpe de la mesa, le tiré el vaso de agua y salí de la cocina sin mirar atrás.

Me encerré en la habitación el resto de la noche. Al día siguiente ni siquiera lo miré a la cara, mucho menos le dirigí la palabra… hasta esa noche, cuando vino a pedirme perdón. Y como soy una gilipollas incapaz de resistirse a su tacto, volví a caer entre sus brazos.

Después de esa noche no habíamos vuelto a intimar. Fue él quien marcó la distancia y yo la acepté. Pensándolo bien, casi era mejor así, porque estaba empezando a sentir cosas por él y eso no me lo podía permitir.

—Lo dicho, pasadlo bien —nos dijeron antes de irse, dándonos un beso a cada uno.

En cuanto nos quedamos solos, nos pusimos a preparar la barbacoa. Hacía muy buen día y, como eso no era habitual, había que aprovecharlo.

—Hoy pruebo esa piscina aunque me quede congelada —dijo mi prima mientras llevaba una bandeja de carne para la parrilla.

—Me apunto —le contesté—, aunque se me pongan los pezones como piedras.

—Joder, no habléis de pezones tan a la ligera —dijo Lewis apareciendo a nuestra espalda.

—Pues no escuches —le contestó Laura.

—No es culpa mía que habléis en voz alta. Las orejas no me las puedo arrancar. —Pasó junto a mi prima y le dejó un beso en el cuello.

—Yo lo puedo hacer, de un bocado —le respondió ella.

—Gracias, pero me gustan tal como están. Les he cogido cariño después de casi cuarenta años.

—Qué viejo eres, tío —le dije para pincharlo.

—Pues este viejo pone a tu prima como una moto —dijo soltando una carcajada al ver la cara de asco que puse.

—Esas cosas no se dicen, cochino.

—Pero sí se habla de pezones duros. —Pensé: hala, el que faltaba cuando lo oí a mi espalda.

—Claro que sí, porque es una reacción normal del cuerpo, aunque a ti te cueste identificar el de una mujer —le solté.

—A lo mejor es que cuesta identificar el cuerpo de una, de fría que es en la cama.

Eso dolió un poco. Sabía que iba por mí, aunque fuera mentira.

—O a lo mejor es que tú no sabes cómo calentar a esa mujer —lo miré de arriba abajo—, porque yo veo mucho cuerpo, pero poca actitud. Y

conociéndote, dudo que sepas diferenciar entre un clítoris y un pezón.

Ahí sí que lo había cabreado de verdad.

—Si quieres, puedes ir a preguntarle a Maggie ahora mismo si anoche sabía diferenciar una cosa de la otra. Estoy seguro de que te dirá cuántas veces la hice correrse tocándole esas partes del cuerpo.

Hijo de puta. Eso me dolió más que cualquier otra cosa, pero no se lo iba a demostrar.

—Claro que es muy importante qué cuerpo te pone cachondo y cuál no —añadió con los dientes apretados.

—Kalen, ya vale. ¿Desde cuándo hablas así? —le riñó su hermano.

—No, déjalo. En el fondo tiene razón —respondí—. A todo el mundo no le puede gustar lo mismo, y lo mejor es ser sincero. Y a él no se le puede acusar de no serlo.

Me entraron ganas de llorar, pero no lo hice. Primero por mí y segundo porque no merecía la pena.

Lo que sí iba a hacer era conseguir que se tragara todas y cada una de esas palabras. Vaya que sí.

—¿Vienes a por cervezas? —me preguntó mi prima, y supe que lo hacía para sacarme de allí antes de que se me escapara alguna lágrima.

—Yo también voy con vosotras —dijo Ava.

Llegamos a la cocina y yo estaba que echaba humo.

—Tía, no entres en su juego. No ves que lo único que intenta es provocarte —me dijo Laura en cuanto nos quedamos solas.

—También hay que reconocer que ella lo provoca bastante —añadió Ava, intentando ser imparcial. Y lo entendí, de verdad que lo hice.

—Os voy a hacer una pregunta —les dije—, y quiero que me contestéis con sinceridad.

—Dispara —dijo Laura.

Capítulo 17



Kalen

Un toro ahora mismo estaría resoplando menos que yo. Era increíble lo pronto que hacía esa mujer que me cabreara. Sí, lo sé, yo también lo hacía con ella, pero es que era algo superior a mí y no podía evitarlo.

No tenía que haberle dicho las cosas que le había dicho, mucho menos siendo mentira, porque otra cosa no, pero esa mujer era puro fuego en la cama y lo de que pasé la noche con Maggie era otra mentira más.

Que estaba claro que, si la hubiera querido pasar, lo habría hecho, porque esa mujer estaba loca por mí desde que había entrado a trabajar aquí.

Tampoco puedo negar que, al principio, pasé muy buenas noches con ella; sería un hipócrita si no lo reconociera, pero desde la última vez que habíamos compartido cama había pasado mucho tiempo.

No sé por qué tuve que nombrarla en ese momento. El caso es que lo hice y ahora me arrepentía, porque vi en los ojos de Seren que eso le había hecho más daño que cualquier otra cosa.

—Tío, ¿qué coño te pasa para que le hables así? —me preguntó mi hermano.

—No me pasa nada, solo que me pone de mala leche.

—Sois los dos unos gilipollas, os gustáis y, en vez de reconocerlo, no paráis de buscaros la boca el uno al otro —me dijo Lewis.

—A mí no me gusta, por lo menos no más que cualquier otra mujer —le contesté.

—Si te sientes mejor diciéndote eso, hazlo, pero te estás engañando a ti mismo —pronunció Owen—. Te puede pasar lo mismo que a mí con Ava y te aseguro que lo nuestro no tenía ni punto de comparación. Y si a mí me está costando recuperarla, no me puedo ni imaginar lo que te costaría a ti.

—Yo no tengo nada que recuperar, porque no he tenido nada con ella.

—¿Por eso, desde que está en la casa, has salido tres veces de su habitación al amanecer? —me preguntó con ironía.

—Nos llevamos bien en la cama, eso es todo, pero ella no me gusta. Nunca estaría con una mujer que me saca tan rápido de mis casillas —le contesté.

—No te preocupes, que mi prima tampoco estaría con un hombre como tú. —Un escalofrío me recorrió cuando escuché hablar a Laura.

No por lo que había dicho, sino porque Seren lo hubiera oído. Me giré con temor a encontrarla, pero al hacerlo me di cuenta de que no estaba; solo estaban Laura y Ava.

—Lo siento, no pretendía que sonara como una ofensa —me disculpé—. ¿Dónde está ella? —Miré detrás de ellas por si venía.

—Si no te importa, ¿por qué preguntas? De todos modos, no te preocupes, ha ido a hablar con mis abuelos y con sus padres. Ahora bajará. —Nos entregó una cerveza a cada uno.

El día estaba siendo demasiado caluroso para lo que estábamos acostumbrados a tener. Por eso mismo me quité la camiseta y me tiré de cabeza a la piscina. El contraste del agua con la temperatura de fuera era más que notable, pero se agradecía, y por lo que pude comprobar, todos pensaron como yo, porque también se metieron en el agua.

—Está fría de cojones —dijo Laura tiritando.

—¿Qué dices? Si tiene una temperatura buenísima —le dijo mi hermano.

—Buena es la temperatura que tenemos en mi ciudad —protestó ella.

—Anda, ven aquí que te voy a dar un poco de… —Dejó la frase sin terminar—. Joder —dijo mirando hacia la puerta del jardín.

Creo que miramos todos a la vez y las reacciones fueron muy distintas entre unos y otros.

Laura y Ava no paraban de reír, mientras que mi hermano y Lewis se habían quedado con la boca abierta. Y yo… bueno, a mí me empezó a hervir la sangre en las venas, y lo hizo por dos motivos totalmente distintos: el primero, por rabia y celos, sí, señores, celos; y el segundo, porque me había puesto caliente con solo un vistazo.

—¡Seren! —grité—. ¿Qué cojones crees que estás haciendo? —Estaba sentado en uno de los bancos que había dentro de la piscina y me levanté para ir hacia ella.

—¿A ti qué te parece que hago? —me preguntó con chulería—. Ahora mismo, caminar para meterme en la piscina.

—Ve ahora mismo a ponerte la parte de arriba del bikini —le ordené.

Que sí, que sabía que no era nadie para ordenarle nada, y mucho menos para decirle lo que podía hacer con su cuerpo, pero, coño, es que le estaba enseñando las tetas a mi mejor amigo y a mi hermano.

Lo más bonito de todo era que las otras dos estaban como si no pasara nada.

—¿Y por qué iba a hacer algo así? Llevo toda mi vida yendo a la playa así. —No me dio tiempo de llegar a ella cuando se metió en el agua, lo hizo tirándose de cabeza.

Me cago en la puta, fue lo primero que pensé cuando salió a la superficie y, tal como había dicho antes de que discutiéramos, se le pusieron los pezones súper duros por el frío.

—Están las parejas de tu prima y tu amiga, ¿no te importa que ellas se sientan mal por tu culpa? —Di un paso hacia ella.

—Pues mira, no. Porque antes les he preguntado si les importaba que lo hiciese y, segundo, porque son simples tetas. Creo que aquí todos habéis visto más de una en vuestra vida. Y lo tercero, porque hago con mi cuerpo lo que me da la gana y no le debo explicaciones a nadie.

—Sube a ponerte la parte de arriba ahora mismo —dije con los dientes apretados—. Nos estás haciendo pasar vergüenza a todos los que estamos aquí.

—¿Os molesta que esté así? —les preguntó a los demás, mirándolos uno por uno.

—A mí no, ya lo sabes, siempre hemos hecho topless —le contestó su prima sin darle ninguna importancia.

—¿Y por qué no lo haces aquí? —le preguntó mi amigo.

Esto era la leche. Lo miré mal por sugerirle algo así, a lo que él me contestó encogiéndose de hombros con una sonrisa.

—Pues tienes razón, no tengo por qué ocultarme si siempre es algo que he hecho. —También se quitó la parte de arriba.

—Tenías razón con respecto a los pezones —le dijo Lewis comiéndosela con los ojos.

Madre mía, este también había perdido la cabeza.

—Pues yo no voy a ser menos —dijo la que faltaba, y mi hermano se quedó con la baba caída.

—Aprende, cavernícola. A ellos, que son sus parejas, no les importa, y a ti, que no tienes nada aquí, te importa. —Tuvo el descaro de apoyar los codos en el filo de la piscina, pero de frente a todos nosotros.

Por lo que sus pechos quedaron totalmente expuestos. Y yo estaba a punto de sufrir un puto infarto por no poder acercarme a ellos y metérmelos en la boca.

—Mientras que no enseñe las tetas la que tienes dentro de la casa, vas bien, así que no te quejes. —Los demás se rieron a mis espaldas.

—*Muñequita*, no me provoques más. —Di otro paso en su dirección.

—No te estoy provocando. Por no hacerlo, no estoy haciendo nada. —Con todo el descaro que tenía, me guiñó un ojo.

—¿Te gusta llevarme al límite? —le pregunté casi encima de ella.

Apoyé cada mano a su lado, cerca de sus codos, dejándola atrapada entre mis brazos y mi pecho.

—No, no me gusta, porque tú, todo tú, me das igual. Hagas lo que hagas o como te pongas, para mí eres completamente indiferente.

—Esta noche te puedo demostrar que no lo soy —susurré cerca de sus labios.

—Si te atreves a poner un pie dentro de mi habitación esta noche, te corto eso que tienes entre las piernas —me dijo seria—. No estoy tan desesperada como piensas para dejar que, después de anoche haber estado con una tía, te acerques a mí.

Se escapó pasando por debajo de mi brazo. Simplemente dijo que ya se había refrescado bastante y que le había entrado frío.

Sé que se fue porque no quería que me siguiera acercando a ella.

No la perdí de vista hasta que desapareció dentro de casa envuelta en una toalla.

De un salto salí de la piscina. Ignoré los comentarios que estaban haciendo a mis espaldas; tenía la mente fija en la idea de ir tras ella.

Lo habría hecho, si mi hermano no me hubiera retenido cogiéndome del brazo.

—Hoy no —me dijo serio—. Sé maduro, responsable y con buena educación. Demuéstraselo, pero ahora no sería buen momento después de todo lo que os habéis dicho el uno al otro.

—Tienes razón. —Tal vez tenía que darle un poco de respiro y tomármelo yo también.

Habían pasado cosas entre nosotros y, tal vez, ninguno de los dos nos habíamos comportado como se esperaba de dos adultos. Yo, por mi parte, lo había hecho por no permitir que nadie estuviera por encima de mí, o quizá porque no tenía los cojones suficientes para reconocerme a mí mismo todo lo que ella me hacía sentir, todo lo que despertaba en mí.

Si empezaba por ahí, a lo mejor conseguíamos llevarnos un poco mejor, al menos intentarlo de verdad. Eso sí, siempre y cuando ella también estuviera dispuesta a ceder un poco, porque de lo contrario, por mucho que yo pusiera de mi parte, no iba a servir absolutamente de nada.

Capítulo 18



Seren

Había pasado otra semana desde aquel fin de semana que pasamos en la casa solos y, sobre todo, desde nuestra discusión más seria. Creo que fue en la que de verdad nos hicimos daño mutuamente.

A mí me hicieron daño sus palabras y a él, las mías. Desde entonces habíamos hecho como una especie de alto el fuego y, sinceramente, era lo mejor que podíamos haber hecho, porque mi salud mental no creo que hubiera aguantado otra guerra dialéctica como la que tuvimos.

Eso sí, también habíamos estado manteniendo las distancias.

Ese fin de semana había decidido que lo quería pasar en España. Me sentía un poco baja de ánimos y me apetecía mucho estar con mis padres.

Así que ese viernes no fui a trabajar. Total, era la dueña mayoritaria de la empresa, por lo menos hasta que pasara ese tiempo, por lo tanto, me podía tomar un día libre, porque el domingo por la noche estaría de vuelta.

Laura no iba a venir conmigo. Por lo visto, Lewis la iba a llevar a pasar el fin de semana a un hotel que había a las afueras de la ciudad. Por lo que dijeron, era un hotel decorado de forma antigua y con un encanto especial que lo hacía único.

Fue Gregory quien me llevó al aeropuerto. Se negó rotundamente a que llamara a un taxi para que me recogiera.

—Pásalo bien y, por favor, dile a tu familia de parte de Maela y mía que pueden venir cuando quieran. —Era muy noble por su parte pedirme algo así, aunque no creía que mi padre viniera, y mucho menos si era a la mansión en la que se crio.

—No dudes de que se lo diré, aunque no creo que vengan. —Me acerqué para darle un abrazo—. Muchas gracias por traerme.

—Sabes que no me importa. —Nos separamos—. El domingo, antes de salir, te llamaré para saber a qué hora tengo que venir a por ti.

No podía permitir que viniera.

—Gregory, llego muy tarde, no es necesario que vengas.

—No me cuesta nada, venga, ve.

Después de un vuelo que esta vez se me hizo demasiado largo, en el que me dediqué a darle vueltas y más vueltas a la cabeza, por fin llegué a mi ciudad. Al salir del aeropuerto, allí estaban mis padres esperándome.

Me tiré a sus brazos como si llevara años sin verlos, cuando en realidad hacía poco más de dos semanas.

No me había dado cuenta de cuánto los necesitaba hasta que me abrazaron los dos a la vez.

—Mi niña preciosa —me dijo mi padre.

—Cariño, parece que nos has echado de menos —dijo mi madre.

—Más de lo que os podéis imaginar —murmuré casi sin voz.

Creo que en ese momento me llegaron todas las emociones de golpe. Hice acopio de todas mis fuerzas para no ponerme a llorar como una cría; no era el mejor momento ni lugar.

Cuando llegamos a casa, mi madre se fue a la cocina a preparar algo de picar y yo aproveché para ir al baño. Necesitaba quedarme a solas unos

minutos y refrescarme la cara, porque las ganas de llorar no se me iban; al contrario, parecían aumentar a cada instante.

Al salir, mis padres estaban en el salón, sentados juntos y cogidos de la mano. Era raro verlos sentados sin tener las manos entrelazadas.

No es porque fueran mis padres, pero había visto pocas parejas que se quisieran más que ellos o, al menos, que se demostraran el amor de esa manera.

En el centro de la mesa habían puesto tres copas de vino y un pequeño surtido de cosas para picotear.

—Cuando quieras puedes empezar a decirnos qué te pasa —habló mi madre—. Tómate tu tiempo.

—Me he enamorado de Kalen, no lo he podido evitar. —Era la primera vez que reconocía que me había enamorado de él—. Me gustó desde antes de saber quién era. Lo conocí la noche anterior en un *pub* de allí.

—¿Y él no siente lo mismo por ti? —me preguntó mi padre.

—No lo creo. Estoy segura de que no lo siente. Atracción, sí, eso no lo niego.

Les conté cómo había transcurrido todo entre nosotros. No me dejé nada atrás. Con mis padres no tenía secretos; ellos me habían enseñado desde pequeña a no sentir vergüenza al hablar de cualquier tema, y así lo había hecho durante toda mi vida.

—Creo que sí siente algo por ti, por cómo nos has contado que se comporta —dijo mi madre—. Quizá deberíais sentaros a hablar, dejar las cosas claras. Pero me parece que los dos sois muy cabezotas.

—Cariño, el amor no se trata de ver quién tiene la razón —empezó a decir mi padre—. El amor se trata de escuchar, comprender, ponerte en el lugar de la otra persona, de descubriros mutuamente.

Y la verdad era que yo no había hecho nada de lo que me estaba diciendo.

Todo lo contrario. Pensé en cómo me sentía yo, en no darle la razón y en querer atacarlo, y sabía que ese ataque hacia él era porque no lo tenía de la manera en la que me gustaría.

—Es que es difícil tratar con él —dije antes de soltar un resoplido.

—¿Te has planteado que Kalen también piense que eres difícil de tratar tú? —me preguntó mi madre—. Para él tampoco tiene que ser fácil, y mucho menos si no paras de provocarlo. Quizá ese sea el motivo por el cual él también te provoca a ti.

No sabía cómo sentirme o, más bien, cómo admitir lo que Kalen le provocaba a mi corazón. Lo único que tenía claro era que no me gustaba que estuviera con otras mujeres; los celos me comían.

Sé que no me debía nada, que él era libre de estar con quien quisiera, igual que yo, pero aun así me molestaba mucho.

Esa fue una de las razones por las que vine a ver a mis padres: salir de aquella casa en la que sabía que cada noche iba a la habitación de Maggie. Y no era algo que me estuviera imaginando.

Lo sabía con seguridad porque, después de la discusión del fin de semana pasado, él mismo me lo reconoció abiertamente. Y después llegó la confesión por parte de ella.

Todavía recordaba sus palabras cuando salí de la piscina y entré para ir a mi dormitorio a cambiarme.

—Si Kalen ha ido tres veces a buscarte, ha sido porque yo se lo he negado —me dijo mirándome de arriba abajo, recorriéndome el cuerpo con desprecio —. Siempre es a mí a quien va a buscar, así que hazte un favor y deja de arrastrarte.

Si en ese momento no le dije unas cuantas cosas, fue para que viera que no me importaba lo más mínimo, ni ella ni él.

—Tranquila, cielo. No me gusta comerme las babas de nadie. Creo que has entendido mal, porque es él quien ha venido a buscarme siempre. A lo mejor

es que no le das lo que necesita, pero puedes quedarte tranquila: tengo mejores opciones que él.

Fue lo único que le contesté. No me quedé más tiempo para darle opción a decirme nada más.

Por eso, durante esa semana habíamos mantenido un alto el fuego. Dejé de pincharlo y él a mí. El motivo por el que Kalen lo hizo no lo sabía; imaginaba que algo tendría que ver Maggie. A lo mejor le dijo que se alejara de mí, o yo qué sé.

¿Mi motivo? Que quería mantenerme alejada de él todo lo posible. Por eso me vine, por no verlo al menos en unos días. Porque ya tenía bastante con tener que estar junto a él en la empresa y en la casa; necesitaba un respiro.

Vamos, que más gilipollas no podía ser: yo aquí confesándoles a mis padres que estaba enamorada de Kalen y él pasándolo estupendamente con esa tía.

—Estoy seguro de que Kalen siente algo por ti y no sabe cómo comportarse —dijo mi padre.

—No, papá, en eso te equivocas. Como te he dicho antes, siente atracción por mí, eso no lo niego, pero también la siente por otras mujeres, sobre todo por Maggie —les expliqué todo lo que pasaba entre ellos.

—No sé, cariño, me resulta difícil entender cómo un hombre puede estar con dos mujeres viviendo en la misma casa. Algo aquí no me termina de convencer. —Mi madre se levantó para sentarse junto a mí.

—Me da igual todo. Lo único que quiero es que este tiempo termine pronto y volver aquí para seguir con mi vida. —Me dejé abrazar por ella.

—¿Desde cuándo mi hija huye de los problemas? —me preguntó mi padre —. La hija que yo conozco afronta todo lo que se le pone por delante con valentía. Si tienes que levantar un muro en tu corazón, hazlo, pero no dejes que te vean mal, porque tú vales más que eso.

—Tu padre tiene razón. Lo mejor que puedes hacer a partir de ahora es no entrar en guerras verbales y mostrarte indiferente, pero con educación, nada de ser altiva. Deja ver la educación que tienes.

Me sentí mucho mejor después de haber hablado con mis padres. Me hizo bien pasar casi todo el día con ellos.

Cuando llegó la noche, me fui a mi casa.

Al final, el fin de semana sirvió para despejar la mente y volver con otros pensamientos, porque me iba a comportar de manera totalmente distinta. Tal vez así mi corazón se daría cuenta de que ese no era el hombre indicado para mí.

Capítulo 19



Kalen

El fin de semana fue una puta mierda, literalmente.

No poder verla en todo el fin de semana, cuando, aunque durante la última semana nos hubiéramos mantenido distantes fuera de la oficina, al menos allí sí podía verla.

Todo se nos fue de las manos ese día; nos dijimos cosas que nos hicieron mucho daño. Fuimos los dos y, la verdad, no creía que nuestro trato fuese a mejorar, por lo menos no hasta que diéramos el paso de hablar como personas adultas y llegar a un entendimiento.

Pero, sobre todo, le tenía que aclarar y dejar muy claro que, desde que había estado con ella por primera vez, no había vuelto a estar con nadie más, y mucho menos con Maggie.

Bastante me había costado quitármela de encima como para volver a caer con esa mujer, y mira que ella lo seguía intentando cada vez que tenía la más mínima oportunidad.

Si no la había despedido todavía era porque me daba pena. Estaba sola en la vida y no tenía a nadie, ni familia ni nada; al menos eso fue lo que nos contó cuando entró a trabajar para nosotros.

—Hijo, creo que deberías dejar de trabajar ya —me dijo mi madre entrando por la puerta del despacho que tenía en la casa.

—En cuanto termine de revisar varias cosas —le dije sin levantar la mirada de la pantalla del ordenador.

—Sé que estás haciendo tiempo —volvió a hablar.

—¿Tiempo para qué? —No la entendía.

—Para esperar a que llegue Seren. —Levanté la vista para mirarla atentamente.

—¿De dónde sacas eso? —Estaba claro que, si ella lo había dicho, era porque se había dado cuenta de mi interés.

—Kalen, cariño, soy tu madre y, aunque seas un adulto y te creas que me puedes ocultar las cosas, no es así. Sé que Seren te gusta mucho y me atrevería a decir que no solo te gusta, sino que también sientes algo por ella. —Me había dejado sin palabras.

—Mamá, no es así. —Fue lo único que fui capaz de decirle.

—Si te quieres engañar a ti mismo, no soy nadie para hacerte ver que estás equivocado. Solo te puedo decir que hables contigo mismo y abras tu corazón.

Ese era el verdadero problema: no quería abrirlo por miedo a perder la vida que tenía, aunque, si lo pensaba de otra manera, también podía ser que me estuviera perdiendo otra mucho mejor sin ni siquiera saberlo.

Porque, por mucho que me negara a admitirlo, esa mujer había despertado en mí cosas que no había sentido nunca. Puede que ese fuera, en realidad, el miedo de verdad.

—Es complicado, creo que nunca llegaríamos a entendernos, comenzamos con mal pie —le admití, finalmente.

—No es cómo empieza, es cómo acaba —me contestó—. Demuestra cuánto te gusta o lo que sientes por ella, porque lo único que está claro hasta ahora es que, si no luchas y no le demuestras quién eres de verdad, nunca vas a llegar a nada.

Le iba a contestar cuando se escuchó hablar muy bajito; eran susurros acompañados de risas.

Me levanté del sillón para salir. Sabía quiénes eran, pero necesitaba verla, digo, a Seren. A mi padre lo quería mucho, pero ya lo tenía muy visto y, al tener ese pensamiento con respecto a él, no pude evitar sonreír.

Me había enterado el día anterior de que Seren no tenía intención de avisar a mi padre para que fuese a por ella. Por lo que había dicho Laura, no quería molestar porque llegaba muy tarde, pero como a mi padre no se le podía decir que no, pues allí que se presentó él igualmente.

—Buenas noches, cariño —le dijo mi madre acercándose a ella para abrazarla. En ese momento envidié a mi madre—. ¿Qué tal te lo has pasado? ¿Te has divertido? ¿Cómo están tus padres?

—Mujer, si no paras de preguntar y no le das tiempo a contestar, no te vas a enterar de nada —le dijo mi padre.

—Lo siento, es de la emoción por tenerla de nuevo por aquí.

—Buenas noches, Seren —la saludé con cordialidad.

—Buenas noches, Kalen. —Me devolvió el saludo, pero esta vez acompañado de una sonrisa que parecía sincera.

Lo que hizo que mi corazón se saltara un latido. Creo que era la primera vez, desde que nos conocíamos, que me sonreía de esa forma.

—Me lo he pasado muy bien —le contestó a mi madre—. He estado todo el fin de semana con mis padres y con mis abuelos, así que mejor no he podido estar.

—¿Pero habrás salido con tus amigos a divertirte? —insistió mi madre.

—La verdad es que no. Quería disfrutar de mi familia y eso es lo que he hecho, pero te puedo asegurar que me lo paso mejor con ellos que saliendo por ahí, sobre todo con mi abuelo, con él nadie se aburre. —Tenía una sonrisa

preciosa hablando de su familia—. Si no os importa, me voy a la cama, estoy muerta.

—Claro, cariño, descansa —le dijo mi madre.

—Muchas gracias por recogerme —le dijo a mi padre.

—No hay de qué, sabes que no me cuesta nada.

Empezó a subir los escalones y, hasta que no desapareció por el pasillo, no pude apartar la mirada de ella.

Cuando volví a mirar a mis padres, los dos estaban con la mirada fija puesta en mí.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada, yo te he dicho lo que pensaba, el resto es decisión tuya —me contestó mi madre.

—Espabila, hijo, una mujer así no se encuentra todos los días. Habla con ella y, si no podéis llegar a nada, por lo menos haced la convivencia más fácil —pronunció mi padre.

—Si me disculpáis, voy a terminar lo que estaba haciendo. —Me dirigí hacia el despacho.

No tenía sueño y sí muchas cosas pendientes, que las podría hacer mañana, pero si las adelantaba, mucho mejor.

El tiempo se me pasó rápido. Cuando miré el reloj, me di cuenta de que eran las tres de la mañana. Me estiré antes de levantarme y la espalda me crujió; eran muchas las horas que me había pasado casi sin moverme, en la misma posición.

Salí del despacho y, antes de ir a mi habitación, fui a la cocina. Iba a servirme un vaso de agua.

Al cruzar la puerta me detuve por completo. Sentada en uno de los taburetes de la isla estaba Seren, con un litro de helado entre las manos.

Parecía que tenía la mente puesta en otro lugar, porque ni cuenta se dio de que había entrado.

—¿No puedes dormir? —No fue mi intención asustarla, pero lo hice al hablarle.

—Hola, no te había escuchado entrar. —*Qué bonita está*, pensé cuando la miré de frente—. La verdad es que no puedo pegar ojo. ¿Tú tampoco? —me preguntó.

Era la primera vez que hablábamos como personas normales y eso me gustó mucho.

—Estaba en el despacho terminando de revisar algunas cosas. —Me llené el vaso de agua—. ¿Puedo sentarme aquí contigo? —le pregunté, porque no quería hacerlo y que se sintiera incómoda.

—Claro, y si te apetece, también puedes comer helado. Este sabor está buenísimo —sonreí; ese helado lo compraba mi madre porque era uno de los sabores que más me gustaban—. Pero no le termino de sacar el sabor. Sé que lleva miel, pero tiene algo más y no consigo distinguirlo.

—Veamos qué puede ser —dije, cogiendo una cuchara y sentándome a su lado. Estaba claro que sabía cuál era el otro sabor—. Mmm, desde luego el otro ingrediente es *whisky* —añadí tras saborearlo.

—Pues ya debo de tener el paladar hecho una mierda para no haber identificado que era *whisky* —dijo, y no pude evitar sonreír al oírla.

—Es suave, por eso no lo has notado. La miel es la que predomina. —Cogí otra cucharada—. Este es uno de mis sabores favoritos —admití.

—Pues creo que me voy a apropiar de este sabor también. —Se encogió de hombros—. Siempre he comido los típicos, nunca había probado algo así.

—Le diré a mi madre que siempre haya en el congelador una tarrina. —Se hizo un silencio, pero era de la clase de silencios que eran cómodos.

—Si llego a saber que estabas trabajando, te hubiera ayudado —dijo después de un rato.

—Seren —me miró—, me gustaría pedirte disculpas por mi comportamiento. —Tomé una bocanada de aire—. No sé qué me pasó contigo desde el primer momento; lo único que sé es que yo no soy así. Puede que sea verdad que soy cabezota y que me gusta tener la última palabra, pero eso no justifica mi manera de hablarte. Espero que me perdones y que podamos tener un trato cordial.

Soltó la cuchara, respiró profundamente y después se giró para quedar de frente a mí.

—La verdad es que yo tampoco me he comportado de la mejor manera, lo siento mucho. —Dejé de comer para prestarle atención—. Hace muchos años perdí a una persona muy importante para mí. Su pareja, el que se supone que la tenía que querer por encima de todo, se llevó su vida por delante. —Se le escapó una lágrima—. Le dije muchas veces que eso no era querer, que era poseer. No lo quiso ver.

—Lo siento mucho. —Me hubiera gustado abrazarla y dejarla contra mi pecho un rato.

—Cuando me di cuenta de que ella no hacía caso, de que se dejaba manipular, tratar como si no valiera nada y de que hacía ver todo aquello como algo normal —levantó la mirada para mirarme fijamente—, me juré a mí misma que nunca permitiría que ningún hombre me hiciera lo mismo.

»Mucho menos darle poder sobre mí ni dejar que me hiciera pequeña en manos de otra persona. —Ahora las lágrimas le caían con más fuerza por el rostro—. Quizá por eso he tenido ese comportamiento contigo; no podía permitir que estuvieras por encima de mí.

La tomé de las manos y tiré suavemente de ella para que se levantara. Si hubiera puesto resistencia, me habría detenido, pero no lo hizo, así que seguí hasta pegarla contra mi cuerpo.

No iba buscando nada sexual, solo quería hacerle ver que estaba ahí esa noche con ella, que no estaba sola.

La envolví entre mis brazos, dejando que apoyara la cabeza sobre mi pecho. No sé el tiempo que la tuve pegada a mi cuerpo; lo único que supe fue que, cuando se separó, sentí como si me faltara algo.

Nos despedimos un rato más tarde. Cada uno se fue a su habitación. No sé qué es lo que había pensado ella de nuestro encuentro esa noche; yo, desde luego, me propuse que iba a hacer todo lo posible para que me viera con unos ojos totalmente distintos a como me había visto hasta entonces.

Capítulo 20



Seren

Me hizo sentir bien el momento que compartimos en la cocina, por fin le dije por qué era tan reacia a dejar que un hombre pudiera más que yo; era por mi desconfianza.

Sabía que no todos son así; por suerte la mayoría no lo son, pero cuando ves a alguien a quien quieres apagarse poco a poco sin que ella se dé cuenta, aceptando cosas que son inaceptables, viendo cómo se apartaba de los que de verdad la queríamos…

Eso te hace replantearte muchas cosas y, aunque no quieras, cala de tal manera que tu forma de actuar con el sexo contrario cambia por completo.

Sabía que algún día llegaría una persona que me hiciera replantearme ese comportamiento, lo que no sabía era que iba a llegar de la manera en la que lo hizo, removiendo todos mis sentimientos.

Porque eso era exactamente lo que había hecho Kalen conmigo. Mira que intenté ser fría con él, mantener las distancias y no implicarme más de la cuenta. Pero no pude evitar que entrara en mi corazón, y no quería que ocurriera, porque no confiaba en él ni quería hacerlo. Aun así, también estaba cansada de vivir siempre con el hacha levantada, en constante pie de guerra, defendiendo algo que ya empezaba a pesarme demasiado.

Porque tampoco es sano psicológicamente vivir en continuos dimes y diretes, en una lucha constante que no lleva a ningún sitio. Ese desgaste acaba

pasando factura, cansa, agota y te deja sin fuerzas incluso para lo que de verdad importa.

Por eso había aceptado que, quizá, lo mejor era mantener un trato cordial, tranquilo y sin aristas. Intentar olvidar lo que le hacía sentir a mi cuerpo cada vez que me tocaba, silenciar esas reacciones que no podía controlar y seguir con mi vida como si nada hubiera pasado, como si entre nosotros no existiera nada más que una convivencia obligada y una relación profesional.

—Buenos días, Isabella —le dije a la secretaria de Kalen cuando pasé por su lado.

—Buenos días, señorita Scott. —Daba igual que le hubiera dicho que me llamara por mi nombre, no lo iba a hacer nunca.

—¿Está Kalen en su despacho? —Quería proponerle algo y solo esperaba que no me dijera que no.

—Sí, ha llegado hace poco. Justo iba a llevarle ahora su café, ¿quiere usted uno?

—Si no te importa, la verdad es que me vendría muy bien —le contesté.

—No me importa en absoluto, puede pasar. Ahora se lo llevo.

Toqué en la puerta antes de entrar y, en cuanto me dio permiso, pasé. Estaba sentado detrás de su mesa, con la cabeza sumergida entre balances, gráficas y propuestas.

—Hola, ¿se puede? —pregunté.

—Hola, claro, pasa. —Soltó los papeles que tenía en las manos para prestarme atención—. Creí que no ibas a venir hoy; anoche llegaste tarde y después no podías dormir.

—Tú tampoco podías dormir y aquí estás —dije con una sonrisa.

—Dime, ¿qué es lo que necesitas?

—Verás, no sé muy bien qué te va a parecer, pero como ya sabes, todo esto va a ser tuyo y yo estoy aquí casi por obligación. —Movió la cabeza negando —. Había pensado que, a lo mejor, no te importaría que viniera a trabajar solo por las mañanas.

—Seren, sabes que no quiero tu parte. Al principio, antes de conocerte y de ver lo bien que lo llevas todo, es verdad que no me hacía ninguna gracia que la dirección de la empresa cayera en manos de alguien que, en teoría, no sabía desenvolverse en este mundo.

»Pero me has demostrado que sabes hacerlo, y muy bien, incluso mejor que muchas personas con años de experiencia —dijo de seguido, sin titubear.

—Sé que la empresa estará en buenas manos contigo y yo no la puedo dirigir desde España. —Vi un poco de tristeza en su mirada—. El caso es que desde que he llegado a esta ciudad no he visto nada y me gustaría tener las tardes libres para ir recorriendo poco a poco cada uno de sus rincones.

—¿Quieres hacer turismo? —me preguntó.

—No, quiero conocer las raíces de mi padre, quiero conocer la tierra donde nació y se crio, quiero saber de dónde vengo, conocer las costumbres, conocer a sus habitantes. —Esperaba que no le importara y que no me pusiera impedimento.

—No me importa, puedes tomarte todas las tardes libres, eras la dueña mayoritaria. —En ese momento llamaron a la puerta, fue Isabella con los cafés.

Le dimos las gracias y se marchó para continuar con su trabajo.

—Gracias, Kalen, de verdad que te lo agradezco.

—No tienes nada que agradecer. —Se me quedó mirando unos segundos, como si se estuviera planteando decirme algo y no se atreviera.

—Suéltalo antes de que te crees una úlcera —dije bromeando.

—¿Cómo sabes que te quiero decir algo? —me preguntó con una sonrisa.

—Te conozco, no mucho, pero sí lo suficiente para saber que algo te ronda por la cabeza. —Cogí la taza de café para darle un sorbo.

—Me gustaría hacerte de guía. —Tenía que estar bromeando—. ¿Quién mejor que alguien que ha vivido toda su vida aquí?

—¿Y tu trabajo? ¿De verdad te gustaría pasar tiempo haciendo turismo conmigo?

—Soy el otro dueño, creo que me puedo tomar las tardes libres y, en cuanto a pasar tiempo contigo, nada me gustaría más. —*Claro, el día conmigo y las noches con otra*, fue lo primero que pensé, pero dejé ese pensamiento a un lado y me dije que él no era nada mío y que podía hacer con su vida lo que quisiera.

—Por mí no hay ningún problema, si de verdad es lo que quieres hacer. Pero sí te voy a pedir una sola cosa, y quiero que tengas claro que no es un reproche.

—Adelante, dime lo que quieras decir —respondió, cruzando los dedos de ambas manos sobre la mesa, atento.

—De verdad, no te lo tomes como un reproche, porque no lo es —insistí —. Solo es que no quiero que haya problemas, ¿vale? —asintió despacio con la cabeza—. Si vas a pasar las tardes conmigo, déjale claro a Maggie que entre nosotros no hay nada. No quiero problemas con ella ni que vuelva a pillarme desprevenida otra vez. —Vi cómo su expresión se endurecía ligeramente.

—¿Qué quieres decir con que te coja desprevenida? Yo no tengo nada con esa mujer, y es algo que he querido aclararte desde el mismo momento en que lo dije —afirmó con seriedad—. Te lo dije en un intento absurdo de darte celos y cabrearte, pero te prometo que no tengo nada con ella. Desde que estuve contigo en aquel *pub* no he estado con ninguna otra mujer.

—No es lo que ella me dijo ese mismo día, cuando entré a cambiarme —le reconocí con sinceridad—. Pero, como te he dicho antes, no era un reproche. Simplemente no quiero tener problemas con esa mujer ni verme envuelta en situaciones incómodas innecesarias.

—De verdad, como ya te he dicho, no tengo nada con ella. Fue una mentira absurda que solté en aquel momento. —Respiró profundamente—. Es cierto que cuando entró a trabajar me acosté con ella un par de veces, pero después de eso no hubo nada más. Todo lo que te haya podido decir es mentira. —Se levantó y caminó hasta sentarse a mi lado.

»Tal vez me escuchó cuando lo dije y lo utilizó a su favor, pero no es verdad. Necesito que me creas. Ella lo ha intentado muchas veces, todas sin éxito, y si no la he despedido es porque, en el fondo, me da pena: está sola, no tiene familia ni amigos aquí.

Ya sabía por Maela que ella era de Alemania y que lo había dejado todo atrás porque quería vivir en Escocia, así que entendía, aunque no compartiera, parte de su compasión.

—Perfecto, pero si es así dile que se mantenga todo lo alejada que pueda de mí. —Me levanté para irme—. ¿Empezamos con el turismo hoy o mañana? —pregunté y por primera vez desde que lo conocí, me sentí contenta y feliz de poder hablar como dos amigos, porque así es como me había propuesto verlo a partir de ahora.

—Pues me parece que, ya que no tengo ninguna reunión programada para esta tarde, vamos a empezar hoy. —Me gustó mucho la forma en la que me sonrió, me hizo sentir que valía la pena darnos una oportunidad como amigos.

Después de todo, solo nos habíamos conocido como amantes y enemigos, iba siendo hora de dar un paso en otra dirección.

La vida ya es bastante complicada y dura de por sí, como para que nosotros mismos nos la compliquemos más de la cuenta.

—Perfecto, espero que hoy me lleves a ver algo bonito —le dije yendo hacia la puerta.

—Te voy a llevar a una de las zonas residenciales más bonitas. —Me detuve con el pomo en la mano.

—¿Una zona residencial? —pregunté con asombro.

—Ya verás, tú hazme caso, te va a gustar mucho —dijo con una sonrisa pícara.

—Si tú lo dices, no me queda otra. ¿Nos vemos después de comer en casa o prefieres que quedemos en algún lugar? —le pregunté antes de irme, si es que en algún momento llegaba a irme de verdad.

—De eso nada. Te voy a llevar a comer a un restaurante que hay muy cerca de donde vamos a ir.

—Vale, pues cuando sea la hora me paso por aquí. Que tengas una muy buena mañana.

—Igualmente. —Me guiñó un ojo sin borrar la sonrisa de su cara.

Madre mía… qué difícil se me iba a hacer ser solo su amiga si, cada vez que me miraba de esa forma, yo me derretía un poquito más por dentro.

En realidad, no habíamos hablado en ningún momento de ser solo amigos, pero creo que los dos lo entendimos sin necesidad de decirlo en voz alta… o, al menos, eso era lo que yo quería creer.

Capítulo 21



Kalen

Se presentaba una nueva oportunidad con Seren y no iba a desaprovechar ni un solo segundo más.

¿Que tenía la tarde libre? Mentira. Tenía una reunión, pero en cuanto Seren abandonó mi despacho, llamé a Isabella para que entrara. Cuando lo hizo, le pedí que aplazara la reunión para la mañana siguiente y que todas las que tuviéramos en las próximas semanas por las tardes las fuera reubicando, siempre que fuera posible, a primera hora de la mañana.

Cuando terminé de darle todas las indicaciones y levantó la vista para mirarme, me observó como si no conociera a la persona que tenía delante. No era para menos: era la primera vez que me veía tomarse tiempo libre de esa manera y reorganizar toda mi agenda por puro interés personal.

Me apetecía mucho tener esas tardes libres y pasarlas con ella. Sabía que, con este paso, a lo mejor podríamos acercarnos más el uno al otro, sin prisas, poco a poco.

Ese día pensaba llevarla a The Grange, ya que era una de las zonas residenciales más bonitas que había al sur de la ciudad. Estaba llena de casas de estilo victoriano y no sabía por qué, pero estaba completamente seguro de que le iba a gustar y de que aquel lugar despertaría algo especial en ella.

Pero antes la iba a llevar a comer a un restaurante que había de camino. Allí se comía muy bien, sobre todo la ternera, así que mejor todavía, porque a

Seren le encantaba ese tipo de carne y, en cuanto probara la que servían allí, se le iba a hacer la boca agua.

Pensaba mostrarle esa parte de mí que todavía no había visto ni conocido, simplemente porque yo nunca había llegado a enseñársela.

Necesitaba que viera que también podía ser un hombre atento y cariñoso, alguien que cuidaba y protegía a los suyos por encima de todo, sin condiciones y sin medias tintas.

Desde la noche anterior, cuando habíamos compartido ese helado en la cocina, en la que ella dejó que viera una parte de sus miedos, en la que por primera vez la vi llorar y en la que la abracé sin que hubiera sexo de por medio, algo había cambiado entre nosotros, y también dentro de mí.

Me dije que necesitaba sentirla entre mis brazos, tenerla cerca y que pudiera percibir que conmigo estaría a salvo, tranquila, sin defensas innecesarias. Pero, por encima de todo, necesitaba demostrarle que yo no era ese tipo de hombre del que ella sentía que tenía que protegerse.

Que era justo lo contrario: que conmigo podía contar para lo que hiciera falta, que estaría a su lado sin imponer, sin dominar, y que jamás, bajo ningún concepto, le cortaría las alas ni le impediría ser quien realmente era.

—Adelante —dije cuando tocaron a la puerta.

—¿Listo? —me preguntó Seren asomando la cabeza por la puerta.

—No me había dado cuenta de la hora —respondí mientras me levantaba y cogía la chaqueta del traje.

—Eso es porque estarías muy concentrado —comentó.

Pensando en ti, aunque eso me lo guardé para mí.

—Un poco. ¿Vamos? —Me acerqué a su lado y le apoyé una mano en la parte baja de la espalda para que comenzara a caminar hacia fuera.

—Vamos —confirmó—, estoy muerta de hambre.

—Entonces te va a encantar donde te voy a llevar —sonreí.

Bajamos al parquin y de ahí nos fuimos directos al restaurante. En cuanto llegamos y aparqué el coche, se quedó embobada mirando la fachada del lugar, y es que era digno de ver.

—Kalen, es precioso. —Salió del coche sin dejar de mirarlo—. Parece un castillo, pero más pequeño.

—Sí, los dueños creyeron que sería atractivo para los turistas y no se equivocaron.

—Desde luego que no. ¿Me puedes hacer una foto con él de fondo? Es para mandársela a mis padres —dijo entregándome el teléfono.

—Venga, saca la mejor versión de ti —le dije de broma, porque la mejor versión ya era toda ella.

Le saqué unas cuantas fotos. En una de ellas se puso de espaldas, levantó los dos brazos y, con los dedos índice y corazón de cada mano, hizo una V.

—¿Por qué esa postura? —le pregunté, ya que no era muy común.

—Oh, es porque sigo a un grupo de escritoras que, en cada uno de sus viajes, posan así —dijo sonriendo—. Entre ellas dicen que hacen un Jenny.

—¿Pero por qué? —seguía sin entender nada.

—Pues al principio lo empezaron a hacer para seguir siendo anónimas y que nadie viera sus rostros, y después se quedó como el típico saludo —me explicó de camino al interior.

—Te gusta leer, por lo que veo —le dije con una sonrisa.

—De esas autoras leo todo lo que escriben. Cada una escribe de una manera distinta, es su identidad, pero todas escriben superbonito. Con ellas conoces amores que parecen imposibles o recorres el mundo. Lo mejor de todo es que parece que estás viviendo dentro de sus historias.

—Vaya, es bonito que hables así de ellas.

—Bueno, yo es que las sigo desde hace muchos años y, la verdad, son tan cercanas que es imposible no conectar con ellas. Eso por no hablar de los escritores que también forman parte del grupo; con ellos es imposible no reírse a carcajadas.

—Es bonito que tengas un *hobby* tan sano como la lectura —le dije.

—Sí, es una buena forma de pasar las tardes en las que no me apetece hacer nada o los fines de semana en los que no veo a mi familia o no salgo —dijo llena de ilusión.

Me estuvo hablando durante un buen rato sobre esas escritoras. Las fue describiendo tan bien que fue como si realmente las conociera de verdad. Era increíble escuchar todas esas palabras bonitas que decía sobre ellas.

En ese momento se me acababa de ocurrir una idea y, si todo salía como yo quería que saliera, tenía que conseguir que aquello ocurriera de verdad. Pero, por ahora, iba a centrarme con todo mi empeño en lograr la primera parte de lo que tenía en mente. Eso sí, con mucha paciencia, porque esto no iba a ser cosa de un solo día ni de ir con prisas.

Cuando el camarero llegó, me dio la opción de pedir por ella, y eso fue exactamente lo que hice sin dudarlo.

—El mejor solomillo de ternera que he probado en mi vida —dijo casi con un gemido—. O eso… o es que realmente estaba muerta de hambre. —Se pasó la lengua por el labio superior, como si estuviera saboreando todavía el gusto que se le había quedado impregnado en los labios.

No pude apartar la mirada. Lo intenté, de verdad que lo hice, pero no fui capaz. En ese momento me sentí tan atraído hacia ella como una polilla hacia un foco de luz, inevitable y sin remedio.

—No sé el hambre que tendrás, pero desde luego, para mí, sí que es la mejor carne que se puede comer por aquí. —Corté un trozo de solomillo y me lo llevé a la boca. Era como mantequilla fundida, tan tierna y jugosa que casi se deshacía al tocarla.

Durante la comida hablamos de nuestra infancia. Ella me fue haciendo preguntas y yo le fui respondiendo a cada una de ellas sin prisa. Cuando le conté cómo conocimos a su abuelo y todo lo que hizo por nosotros, un velo de tristeza cruzó su hermoso rostro, apagando por un instante la luz que llevaba en la mirada.

No podía culparla por no querer saber nada de él. Estoy seguro de que yo habría actuado de la misma manera si algo así se lo hubieran hecho a mi padre.

Stuart fue cabezota y orgulloso, demasiado. Sé que no hubo ni un solo día en el que no echara de menos a su hijo y a su nieta, pero su propio orgullo le impidió pedir perdón y, con ello, se perdió la oportunidad de formar parte de la vida de una nieta maravillosa.

Estaba completamente seguro de que, si la hubiera conocido de verdad, habría sido la niña de sus ojos. De eso no tenía ninguna duda.

—Quiero que me pidas un postre típico escocés —me dijo cuando nos retiraron los platos.

—Te voy a pedir el cranachan. Es un postre muy típico y suele gustar mucho. —Me agradó cómo ese día iba prestando atención a todo lo que le iba contando.

—¿Qué es lo que lleva?

—Sus ingredientes principales son *whisky*, copos de avena, frutos rojos, miel y un queso, aunque en lugar del queso también se puede utilizar nata —le fui explicando por encima; tampoco es que fuera un experto en cocina—. Estoy seguro de que te gustará mucho.

Yo no me pedí postre. Lo que sí hice fue pedir un café, porque a esa hora del día y después de comer me apetecía tomarme uno.

—No sé cómo lo estás haciendo, pero estás acertando de lleno —dijo después de probarlo.

—Me alegro. —Fue lo único que le contesté.

Estaba siendo uno de esos días que no quieres que terminen nunca. Era la primera vez que pasábamos tantas horas juntos, hablando con normalidad, sin tensiones ni reproches.

Y durante todas esas horas no pude apartar la mirada de ella. Seren era una mujer espectacular. Daba igual el ángulo desde el que se la mirara: tenía una belleza que atrapaba sin remedio, un cuerpo imposible de no desear y una personalidad arrolladora que llenaba cualquier espacio. Pero ya no era solo su energía; era el corazón que estaba empezando a mostrar, esa parte suya que iba mucho más allá de lo evidente.

Me gustaba todo de ella y, ahora que por fin me lo había admitido a mí mismo, no pensaba pasar de largo. La iba a conquistar, iba a hacer que se enamorara de mí, que me aceptara tal y como era y que comenzáramos algo juntos, sin medias tintas.

No sabía hasta dónde podía llegar lo que sentía por ella, pero tenía claro que era algo que no había sentido nunca. He de reconocer que había momentos en los que me daba vértigo entregarme por completo a otra persona, pero pesaban mucho más las ganas que tenía de seguir conociéndola y de tenerla lo más cerca posible de mí.

Capítulo 22



Seren

¿Sabéis las bombitas esas que se tiran al suelo y explotan? No hacen nada, solo un poco de ruido.

Pues esas mismas compró Laura, y no fueron pocas. Y lo peor de todo es que las quería utilizar contra Kalen, ahora que habíamos empezado a llevarnos bien.

—Lau, de verdad que no lo veo. Se va a volver a cabrear conmigo. ¿Por qué no se lo haces a Lewis? —me estaba negando, aunque en el fondo me causaba risa.

—Porque Lewis siempre me ha tratado bien. Además, tampoco es algo malo —dijo aguantándose la risa—. Solo tenemos que buscar cinta adhesiva de esa que es fuerte y listo.

—¿Pero dónde quieres ponerla? —Me entró la risa sin poder evitarlo.

—Atiende —dijo bajando la voz, muy concentrada—: la gran mayoría las vamos a pegar con mucho cuidado a la cinta y luego a las ruedas traseras de su coche. Si las ponemos en las delanteras, se puede dar cuenta. —Rompí a reír a carcajadas; mira que era hija de su madre mi prima—. Y otras las vamos a colocar debajo de la alfombrilla de su baño, así, cuando salga de la ducha, las pisa y explotan.

Mientras iba explicándolo, no se podía aguantar la risa, pero vamos, que yo mucho menos.

—Pero las del baño es posible que las pise cuando vaya a entrar en la ducha.

—Prima, pareces tonta. El orden de los factores no altera el producto. —La madre que la parió.

—Pues o me dejáis participar o me chivo. —Laura y yo gritamos al mismo tiempo del susto que nos llevamos.

—¡Owen! —le reñí por el susto que nos había dado—. Joder, casi haces que se me salga el corazón por la boca.

Esa noche mi prima se había quedado a dormir y, la verdad, eso era bastante raro, porque desde que habíamos llegado pasaba más tiempo con Lewis que conmigo. Pero vamos, que era totalmente normal y no me molestaba en absoluto, ni me molestaría nunca, porque lo único que yo quería era verla feliz, tranquila y disfrutando de ese momento de su vida.

Bueno, a lo que iba. Como se había quedado a dormir, nos fuimos al salón pequeño con la intención de ver una película. Total, que al final empezamos a hablar de una cosa y de otra, enlazando temas sin darnos cuenta, y la película se quedó puesta de fondo sin que ninguna de las dos le hiciera el más mínimo caso.

—Como digas algo te mato —lo amenazó mi prima—. ¿Y tú qué haces aquí?

—Pues lo mismo que tú. —Se encogió de hombros con total naturalidad —, dormir aquí. Ava esta noche no podía quedar y me aburría en mi casa yo solo. Por lo menos aquí mañana comeré un buen desayuno. —Anda, y que no le venía nada mal el plan.

—No digas nada, por favor —le pedí poniéndome de rodillas sobre el sofá y juntando las manos, como si estuviera rezando y pidiendo clemencia.

—Mira que sois malas. Y tú —me señaló directamente—, justo ahora que os estáis llevando bien.

—Joder, que tampoco le vamos a hacer nada malo, es solo una broma —dijo mi prima—. Además, ha sido idea mía. ¿Se lo vas a decir o no?

—No, porque no me pienso perder esto por nada del mundo —contestó riendo, encantado con la idea.

—Después somos nosotras las malas —dije resoplando—. Pues busca cinta de esa fuerte, que vamos a prepararlo todo esta noche.

—¿Y cómo pretendes que se lo pongamos en el baño? Te recuerdo que ya está en su habitación —me dijo con lógica aplastante.

No me quedaba más remedio que decirles la verdad: que todas las madrugadas nos encontrábamos en la cocina para comer helado y hablar. Se había convertido en una especie de ritual silencioso entre nosotros y, siendo sincera, era el mejor momento del día.

—Veréis —empecé a explicar—, es que por las madrugadas solemos coincidir en la cocina. Nos sentamos a comer helado y a hablar tranquilamente —les dije, intentando restarle importancia, aunque en el fondo sabía perfectamente que no la tenía.

—¿Y dónde comes el helado? ¿En su cuerpo y él en el tuyo? —me preguntó mi prima entre risas, con esa sonrisa suya llena de malicia.

—No seas cochina. —Le di una colleja—. No hacemos nada, solo hablamos, nada más.

—Ya, pero no me niegues que no te gustaría comerte ese helado donde tú ya sabes —dijo, subiendo y bajando las cejas de forma exagerada y provocadora.

—Anda que lo que daría mi hermano por comérselo encima de ti —añadió Owen sin cortarse un pelo.

Hala, lo que me faltaba por oír.

—Callaros ya los dos —les dije con los mofletes ardiendo.

—Mira lo roja que se ha puesto la tonta —dijo mi prima empezando a hacerme cosquillas.

—Lau… ja, ja, ja, para, que me voy a mear —os juro que era verdad. Es que yo era muy cosquillosa y la bruja esta sabía muy bien dónde más cosquillas tenía—. Laura, en serio, si no paras, le cuento a Lewis la borrachera que más vergüenza te da. —Eso era mano de santo, me dejó en el momento.

Y es que no había cosa que le diera más vergüenza que le recordaran esa borrachera.

¿Os lo cuento a vosotras? Venga, vale, pero me tenéis que guardar el secreto.

Tampoco creáis que es una cosa del otro mundo, aunque, visto con perspectiva, fue bastante épico. El caso es que hace unos cinco años, más o menos, salimos a cenar un grupo de amigos. Ella lo había dejado una semana antes con un novio que tuvo y, para celebrarlo como solo ella sabía hacerlo, bebió hasta por las orejas sin ningún tipo de control.

Se pilló una tan monumental que, en cuanto pusimos un pie en la calle, le dio el bajón de golpe y se puso a vomitar sin contemplaciones. Lo mejor —o lo peor, según se mire— fue que, mientras vomitaba sin parar, no dejaba de tirarse pedos. Pero no unos pedos cualquiera, no, qué va. Aquello parecía la tormenta del siglo, con efectos especiales incluidos.

Todos los que estábamos a su lado la miramos sin poder creer lo que estábamos presenciando, completamente en shock y sin saber muy bien si reír o salir corriendo. Vamos, que cuando se desinfla un globo aerostático se queda corto para describir cómo se le desinfló la barriga a ella en aquel momento, de una forma tan exagerada como inolvidable.

—Como cuentes eso reniego de ti —dijo, completamente seria—. Que de verdad, mira que a ella no le daba vergüenza hacer absolutamente nada, pero eso sí que fue el límite incluso para ella.

—Sabes que nunca contaría eso —le dije para tranquilizarla, intentando que bajara un poco la guardia y se relajara.

—Pues a mí me habéis dejado intrigado —dijo Owen, sentándose a nuestro lado de un salto—. Bueno, entonces, ¿qué?, ¿preparamos todo? Lo de ponerlas debajo de la alfombrilla, puedo entrar yo y colocarlas mientras él está en la cocina contigo, así no sospecha nada.

—Pues manos a la obra. Tú a por las bombitas —señalé a mi prima— y tú a buscar la cinta.

—¿Y tú qué piensas hacer? —me preguntó Laura.

—Yo, preparar unos chupitos para calentar motores —dije frotándome las manos.

Menos mal que al día siguiente era sábado y no había que madrugar, porque no pensaba levantarme de la cama hasta el mediodía como mínimo.

Joder, es que eso de dormir todos los días tres o cuatro horas ya me estaba pasando factura de verdad. Y si a eso le sumamos que llevaba toda la semana siendo arrastrada de un sitio a otro por Kalen para enseñarme cosas, pues para y deja de contar, porque no podía ni con mi alma ni con mis pensamientos.

Fijaros hasta qué punto me había llevado a recorrer lugares y, sobre todo, castillos, que os juro que, como viera un solo castillo más, iba a empezar a tener pesadillas por las noches.

—Esa es mi futura cuñada —me dijo el loco ese, con una seguridad que me dejó descolocada.

—¿Qué dices? No sé a quién te refieres, pero te aseguro que yo no voy a ser tu cuñada. —¿Que me moría de ganas por serlo? Evidentemente que sí. Pero justo ahora, que era cuando mejor me estaba llevando con Kalen, me daba auténtico miedo perder lo poco y bonito que habíamos empezado a construir.

—Ya me lo dirás dentro de dos años, y eso contando el tiempo en el que seguro me harás tío —añadió tan tranquilo.

Lo miré con los ojos superabiertos. Este hombre había perdido la cabeza por completo, pensé, o quizá veía cosas que yo todavía no me atrevía ni a admitir.

—Me da pena Ava —dije.

—¿Por qué? —me preguntó él.

—Por estar con un loco que dentro de poco lo más seguro es que termine en un psiquiátrico —dije muy seria, aunque por dentro me estaba riendo.

—Todo lo loco que quieras, pero ¿a que no tienes cojones a hacer una apuesta? —Se cruzó de brazos para provocarme.

—Acepto. ¿Qué es lo que quieres si ganas?

—Si gano, quiero el Mercedes GLC Coupé, en blanco, por favor. Ah, y con todos los extras. —Tenía que estar bromeando.

—¿De dónde coño pretendes que saque el dinero para comprar ese coche?

—No me jodas, Seren, que estos seis meses te vas a llevar un dinero tan grande que no vas a tener vida para gastarlo.

—Por si no te has enterado, no quiero nada de la herencia de ese hombre —le contesté.

—No te estoy hablando de la herencia. Pero estos seis meses vas a estar trabajando y a ese dinero no puedes decirle que no, son las ganancias de este tiempo. —En eso tenía razón. Coño, que era tonta, pero no tanto.

—Vale, pero si gano yo, quiero que me compres ese mismo coche. —Miré a mi prima y esta negó con la cabeza.

—Qué suerte vas a tener, capullo —dijo ella.

—Gracias por la confianza que has depositado en mí —le dije con ironía.

—Seren, no se trata de confianza, se trata de ser realista. —Se fue a buscar las bombitas.

—¿Ves? Tu prima parece que está loca, pero en realidad tiene más conciencia que tú. —También salió por la puerta para buscar la cinta.

Y yo me quedé allí con cara de tonta, porque os juro por mi vida que me había concienciado mucho en no volver a tener nada con Kalen, pero se veía que ellos pensaban totalmente distinto a mí.

¿Sus padres pensarían también lo mismo? No lo sabía, pero intuía que sí. Por lo menos Maggie creo que pensaba que no iba a tener nada con Kalen, porque no me había vuelto a decir nada más. O eso, o que él había hablado con ella.

Si lo había hecho, a mí desde luego que no me había dicho nada.

Capítulo 23



Kalen

A la mierda mi momento de estar con ella a solas. Eso fue exactamente lo que pensé en cuanto entré en la cocina de madrugada y me encontré con que mi hermano y Laura también estaban allí, como si nada.

Lo mejor de todo era que los tres estaban bebiendo chupitos. Eso sí, muchos no llevarían encima, porque aún se les notaba demasiado frescos.

—¿Qué es todo esto? —pregunté al entrar, cruzándome de brazos.

—Una distracción para los más jóvenes mientras los abuelos como tú se dedican a dormir —contestó Laura con toda la cara dura del mundo.

—Déjame decirte que, si yo te parezco un abuelo, el que has dejado hoy solo es directamente un bisabuelo. —Le pinché, aunque no fuera verdad, porque Lewis solo era un año mayor que yo.

—Lo que tú digas, pero no puedes negar que se conserva mejor que tú. —La madre que la parió. Esta era incluso peor que su prima.

—No le hagas caso, solo te está pinchando —me dijo Seren, colocando una mano suave sobre mi brazo.

—Pues como le pinche el sueldo al novio no le va a hacer ninguna gracia. —Me reí al ver la cara agria que puso Laura—. ¿Se te han quitado ya las ganas de reír?

—Qué aguafiestas eres, tío —me respondió.

—La gracia está en que nos podamos divertir todos y no solo unos pocos —le contesté—. Parece que hoy has cambiado el helado por los chupitos —le dije a Seren, sin reproche alguno.

Me habría encantado quedarme con ella a solas, pero, aun así, me alegraba verla pasándolo bien con mi hermano y con su prima.

—Ni loca. El helado es sagrado y tu compañía mucho más. —Joder… esas palabras hicieron que me recorriera un escalofrío de arriba abajo—. Estos dos solo estaban haciendo tiempo hasta que llegaras, para no dejarme sola.

—Ya habéis oído, a la cama. —Los mandé, aunque era evidente que se lo tomaron a broma, porque se echaron otro chupito más—. No sé para qué digo nada, con el caso que me hacéis.

—Ignóralos —me susurró Seren—. Tú saca el helado para nosotros.

Ignorarlos, sí… pero llevándome a Seren conmigo.

Fui al congelador, saqué el helado, cogí dos cucharas y, cuando tuve todo, volví hacia ella. Dejé las cosas un momento sobre la isla y, sin que ella ni nadie se lo esperara, la levanté del taburete, me la eché al hombro y volví a coger el helado.

—¡Kalen! —gritó, muerta de la risa—. ¡Estás loco! —Me dio una palmada en las nalgas.

Creo que no fue consciente de lo que acababa de hacer, porque en cuanto se dio cuenta se quedó completamente paralizada. A mí, en cambio, me dio por reírme aún más.

Como si no nos hubiéramos visto y tocado desnudos mil veces ya.

—No te cortes, puedes tocar todo lo que quieras —dije riendo a carcajadas.

—Ha sido inconsciente —murmuró, sin saber muy bien dónde agarrarse.

—Seren… parece mentira —le dije cuando la dejé sentada en uno de los sofás del salón grande.

A ella siempre le había gustado más el otro salón, pero yo me sentía mucho más cómodo allí. Era el lugar donde había pasado muchas tardes de niño con Stuart, aunque eso era algo que, por ahora, prefería no contarle. No quería crear tensiones innecesarias; cada vez que ese tema salía, Seren se cerraba por completo.

Así que mejor dejarlo a un lado si quería que la noche siguiera siendo tranquila.

—¿Quieres que nos vayamos este fin de semana fuera? —le pregunté cuando ya estábamos acomodados, compartiendo el helado.

—¿Fuera? ¿Dónde? —me preguntó, recostándose y subiendo las piernas para estar más cómoda.

—No sé… quizá a Fort William. Está a unas tres horas y algo de aquí. —Sin darnos cuenta, terminó estirando las piernas y dejándolas sobre mis muslos—. No es que haya muchísimo que ver, pero es ideal para desconectar y disfrutar de la naturaleza. —Cuando me di cuenta, estaba acariciándole las piernas.

No había segundas intenciones. Era un gesto tranquilo, cariñoso, sin más.

—¿Y crees que, si nos vamos mañana sin hotel reservado, encontraremos algo?

—Estoy seguro de que no tendremos problema. De todos modos, mañana lo miramos antes de salir. —Poco a poco fue tumbándose sobre el brazo del sofá.

—Y yo que pensaba quedarme mañana en la cama hasta el mediodía… —Su voz se fue apagando, igual que sus párpados.

—Seren, te estás quedando dormida.

—Mmm… no, estoy despierta —murmuró. Hasta dormida seguía siendo cabezota.

Sonreí.

Me levanté despacio para no despertarla, llevé el helado a la cocina y regresé. La cogí en brazos y la llevé hasta su habitación. Con gusto la habría llevado a la mía, no había nada que me apeteciera más que dormir abrazado a ella, pero tampoco quería parecer un pervertido.

Le di un beso suave en la frente. Después, con el dedo índice, delineé despacio sus cejas, su nariz y sus labios. Me marché antes de que me faltara fuerza de voluntad.

Si me quedaba un minuto más, no iba a ser capaz de irme.

Me metí en la cama y no recuerdo en qué momento me dormí. Cuando desperté, sentía como si apenas hubiera dormido unas pocas horas.

Aún adormilado, fui directo a la ducha. Necesitaba despejarme, o de lo contrario volvería a meterme en la cama y no saldría en una semana.

—¡Joder! —exclamé dando un salto.

No fue un grito como tal, más bien una sarta de maldiciones.

Con solo apoyar el pie sobre la alfombrilla del baño empezaron a sonar pequeños estallidos. No era nada grave, pero el susto fue monumental.

Levanté la alfombrilla y descubrí un montón de diminutas bolsitas de papel llenas de piedrecillas.

«Bombitas».

Me até una toalla a la cintura y salí del dormitorio. Al hacerlo, vi tres puertas abiertas y tres cabezas asomadas, todas riéndose a carcajadas.

—¿Os parece gracioso? —pregunté, arqueando una ceja.

Los miré uno a uno… hasta detenerme en ella.

Dios. Qué bonita estaba recién levantada. Sus ojos brillaban con diversión, esa sonrisa suya la hacía aún más irresistible. Se mordía la uña del pulgar para no reírse en voz alta.

Y, de fondo, las carcajadas de los otros dos.

—Habría sido más gracioso si te hubiéramos visto —dijo Laura.

—Esta me la vais a pagar. —Los señalé—. Y tú… —Me detuve en Seren —. Ya me encargaré de ti después.

—¡Yo no he sido! —Levantó las manos—. Recuerda que estuve contigo hasta quedarme dormida.

—No lo hiciste, pero fue idea tuya —la acusó su prima.

—¡Mentira! —replicó Seren.

—Ve preparándote —le dije—. Salimos en cuanto vuelva de comprar unas cosas.

—¿Has conseguido hotel?

Asentí.

—Os dejo que sigáis echándoos la culpa —añadí—. Yo voy a ducharme. Y tú —señalé a mi hermano—, ojo… cuando menos te lo esperes, te tocará.

Me duché rápido. Tenía que comprar provisiones para el viaje; sabía que a Seren le encantaban las chucherías y las patatas de bolsa.

Al bajar, estaban los tres con mis padres. Algo se traían entre manos, se les notaba demasiado.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días, cariño —me respondió mi madre, ofreciéndome café y una tostada.

—No tardaré mucho —le dije a Seren—. Quiero salir temprano.

—En cuanto termine de desayunar, preparo mis cosas —me sonrió.

Todos nos miraban con esa sonrisa peligrosa, la que anuncia problemas.

No llegué ni a sacar el coche cuando escuché una serie de pequeños estallidos. Bajé y vi cinta adhesiva llena de bombitas pegada a las ruedas traseras.

Miré hacia la entrada. Estaban todos descojonados… incluidos mis padres.

—Muy maduros —dije—. Solo os diré una cosa: quien ríe último, ríe mejor.

—Hermano, cambia de coche, ese hace ruidos raros —dijo Owen entre risas.

—Ruidos raros vas a hacer tú cuando te asfixie en mitad de la noche. —Le devolví la sonrisa.

En el fondo me hizo gracia. Mucha, de hecho. No todos los días te despiertas con bombitas en el baño y en las ruedas del coche cortesía de tu propia familia. Eso sí, lo de madurar lo llevaban regular todos, incluyéndome a mí.

Mientras me subía al coche, pensé que, hacía solo unas semanas, aquella casa era un campo de minas emocional y ahora parecía un maldito parque de atracciones. Risas, bromas absurdas, chupitos de madrugada… y Seren. Siempre Seren, aunque no estuviera delante. Era como si se hubiera colado en todos los rincones sin pedir permiso.

Lo peor —o lo mejor— era que ya no me tensa verla reír con los demás, ni me entraban ganas de discutir por cualquier tontería. Me estaba relajando. Y eso, para alguien como yo, era peligroso. Porque cuando me relajaba, bajaba

la guardia. Y cuando bajaba la guardia, me pasaban cosas que luego no sabía muy bien cómo gestionar.

No sabía qué éramos exactamente ni hacia dónde íbamos, pero sí tenía claro que ya no quería volver a esa versión nuestra de pullas, ataques y silencios incómodos. Aquello agotaba. Y con Seren, curiosamente, lo último que me apetecía era cansarme.

Además, verla cómoda, tranquila, integrada en la casa, me removía por dentro. Y no en plan dramático, sino en ese modo silencioso que te pilla desprevenido. El de «joder, igual esto va en serio» sin darte cuenta.

Arranqué el coche con una sonrisa ladeada.

Una escapada improvisada, un viaje sin demasiadas expectativas… y yo, que nunca había sido de improvisar nada importante, estaba deseando salir de allí con ella al lado.

Y vale, puede que no lo fuera a admitir en voz alta, pero tenía ganas. Ganas de reírme, de desconectar y de comprobar hasta dónde podíamos llegar sin estropearnos por el camino.

Aunque, conociéndonos, alguna que otra bomba seguro que caía.

Capítulo 24



Seren

El camino se me hizo corto, más corto de lo que hubiera deseado, y mira que los coches cansan, pero me lo fui pasando tan bien que no quería llegar a Fort William, por muy bonito que fuese.

Estuvimos las tres horas hablando de todo: de su vida, de la mía, sobre todo de cuando éramos pequeños. Vamos, lo típico que cuentas de tu niñez.

En otros momentos le conté algunos chistes. No creáis que por ser escocés no entendió el humor español, porque lo hizo, y riendo a carcajadas.

Hasta lo obligué a comer todo tipo de guarrerías, de esas que sabes que no son nada sanas, pero que están buenísimas. Al principio le costó un poco, se notaba que no estaba acostumbrado. Kalen era un hombre al que le gustaba cuidarse, muy disciplinado con lo que comía, a excepción del helado que compartíamos por la noche; ese era prácticamente el único capricho que se permitía y estaba convencida de que lo hacía, más que por el antojo, por pasar tiempo conmigo y alargar esos ratos a solas.

Vamos, que estaba completamente segura de que todo aquello me lo acabaría haciendo pagar. Me veía venir que, en cuanto pudiera, me llevaría a caminar por los senderos y montañas que rodeaban el pueblo, con la excusa de disfrutar de la naturaleza… y de paso compensar todas aquellas guarrerías que le había hecho comer.

—Ya estamos llegando —me dijo cuando se empezó a ver la entrada de Fort William.

—¿Y qué planes tenemos para estos días? —le pregunté.

Me miró con una ceja levantada y negó con la cabeza sonriendo, pero una de esas sonrisas que eran demasiado tentadoras.

—No hay nada planificado, vamos a dejarnos llevar. Lo que nos apetezca hacer en esos momentos. —Volvió a poner por un segundo la mano encima de mi rodilla.

Lo había estado haciendo en varias ocasiones durante el camino. Yo no se la quité ni le dije que no lo hiciera.

Me gustaba demasiado su contacto como para pedirle que no me tocara.

Si me ponía a pensar en todo lo que había cambiado nuestra relación desde que llegué de visitar a mis padres, podría decirse que era como si nos hubiésemos conocido de nuevo y que nuestras versiones de ahora eran mucho mejores que las anteriores.

Sé que había dicho en innumerables ocasiones que no quería volver a tener nada con él, no porque no quisiera, sino por el miedo a que volviéramos atrás.

Aunque ese no era mi único miedo. Por eso, ahora que lo pienso, no sé qué fue lo que me llevó a poner mi mano encima de la suya mientras la tenía en mi rodilla.

No lo pude evitar y lo hice. Kalen me miró un segundo y, acto seguido, giró su mano, poniendo la palma hacia arriba y entrelazando sus dedos con los míos.

Al ver nuestras manos unidas, el estómago me dio un vuelco, pero de esos que te dejan una buena sensación en el cuerpo.

Quería tener más de él, mucho más. Por eso decidí que iba a dejar mis miedos atrás e iba a luchar por lo que mi corazón ansiaba, y no era otra cosa

que vivir todo lo que fuese posible, porque no merecía la pena dejar pasar la oportunidad por miedo.

No iba a forzar nada ni me iba a lanzar, solo iba a dejar fluir lo que sabía que había entre nosotros.

Llegamos a la puerta del hotel, aunque más que un hotel parecía un pequeño hostal, pero de esos que te hacían sentir como en casa, por lo menos a simple vista.

—Kalen, tengo manos para llevar mi bolsa —le dije cuando se negó a que yo cargara con la mía.

—Lo sé, pero prefiero que uses esas manos para otras cosas. —Me guiñó un ojo.

—¿Para darte un tirón de orejas? —le pregunté sonriendo.

—Creo que tienes muchas más opciones —me dijo con segundas.

—Lo sé, de hecho, las utilizo constantemente. —Le abrí la puerta para que entrara.

—Sé que si quisieras podrías aprovecharlas mucho mejor. —Pasó por mi lado dándome un beso rápido en la mejilla.

Fue algo inofensivo, un simple roce muy sutil, pero que sentí en todo mi cuerpo.

Al entrar en ese pequeño hotel fue como si me hubiesen transportado de golpe a la antigua Escocia, a esa Escocia que siempre había imaginado en los libros, dividida entre clanes, marcada por luchas constantes y por gente que tenía que pelear cada día por sobrevivir en sus propias tierras.

Vamos, que no es que yo supiera demasiado sobre esas historias ni que fuera una experta en el tema, pero fue exactamente esa sensación la que me recorrió el cuerpo en cuanto crucé las puertas y di los primeros pasos en su interior.

Por dentro todo era madera y piedra, materiales nobles que lo envolvían todo, con tapices colgados en las paredes. Cada uno de ellos llevaba bordado el emblema de un antiguo clan, y me llamó la atención pensar que, incluso hoy en día, muchos de esos apellidos seguían manteniendo los mismos símbolos como parte de su identidad.

—Dios, parece que hemos retrocedido ochocientos años —dije en voz alta, sin poder apartar la mirada de todo lo que me rodeaba, completamente embobada.

—Con una gran diferencia —añadió; lo miré, esperando a que terminara de explicarse—: las comodidades y los lujos que tenemos hoy en día no los tenían, por no hablar de la manera en la que se comportaban y de cómo trataban a las mujeres.

Y en eso tenía mucha razón. Porque a las que éramos lectoras empedernidas de novelas románticas nos encantaba leer sobre los famosos *Highlanders*, idealizarlos y suspirar con sus historias, pero si nos parábamos a pensarlo con un poco de perspectiva, en aquellos tiempos las mujeres no valían prácticamente nada para ellos.

Así que sí, se había evolucionado mucho… y menos mal, porque de lo contrario, no sé muy bien qué habría sido de nosotras.

—¿Te imaginas yo existiendo en aquellos años? —le pregunté riendo, solo de pensarlo.

—Pues hubieras tenido que aguantar como ellas lo hicieron; eso sí, no habrías llegado a cumplir la edad que tienes. —Supongo que tenía razón.

Llegamos a la recepción y nos atendió un hombre mayor. Era enorme, con una presencia que imponía, y llevaba una barba espesa que le llegaba hasta mitad del pecho. Aun así, era de esos hombres que te miran directamente a los ojos y, sin necesidad de decir nada, sabes que es buena persona; de los que transmiten calma y cercanía solo con la mirada.

Kalen le dijo que tenía una reserva a su nombre. Y no sé muy bien por qué, pero yo ya iba mentalizada a que solo hubiera hecho una. Tenía ese

presentimiento clavado en el cuerpo, así que no me pilló por sorpresa cuando comprobé que no teníamos dos habitaciones.

—Estaba reservado por completo y hemos tenido suerte de pillar solo una, ¿verdad? —le dije con ironía al llegar a la puerta de nuestra habitación, mirándolo de reojo.

—No, te equivocas. Sí que había más libres, pero lo vi una tontería —respondió con total naturalidad.

Hala, así, sin anestesia y sin ningún tipo de remordimiento. Vamos, que le dio exactamente igual. Desde luego, de no ser sincero no se le podía acusar, porque no se molestó ni en disimularlo.

—Pues no es por nada, pero te veo durmiendo con una manta y una almohada en el suelo —dije mientras entraba en la habitación.

Y entonces me quedé parada.

—Madre mía… —Se me escapó al ver el interior—. Kalen, me encanta.

Lo sentí entrar detrás de mí y soltar las dos bolsas de viaje a un lado. No esperaba que me abrazara desde atrás, pero lo hizo. Me rodeó la cintura con ambos brazos y me atrajo hacia él, haciendo que apoyara la espalda en su pecho de forma natural, como si ese gesto ya nos perteneciera.

Por lo que estaba viendo, ese viaje iba a ser un punto y aparte… o un punto y seguido, según por dónde se mire. El caso es que todo apuntaba a que algo estaba cambiando entre nosotros, y que nuestra relación estaba a punto de dar un giro importante, quizá definitivo.

A Kalen se le veía decidido y yo no pensaba quedarme atrás.

Como me había dicho mi abuelo muchas veces, yo no era ninguna cobarde y no iba a empezar a serlo ahora.

Me giré entre sus brazos llevando mis manos a su pecho, levanté la mirada encontrándome con la suya. Nos quedamos atrapados mirándonos a los ojos.

No recuerdo quién de los dos dio el primer paso, si él, yo o los dos a la vez. El caso es que cuando me quise dar cuenta, nuestros labios estaban unidos.

Fue un beso suave, tierno, apenas un roce, pero lo suficientemente intenso como para removerme el cuerpo por completo. Lo anhelaba y lo deseaba por encima de cualquier cosa.

Me había enamorado de él por completo y me daba mucho miedo que terminara con el corazón hecho trizas, pero aun con ese miedo lo iba a intentar.

—Cómo he echado de menos tus labios —me susurró sobre ellos.

—Kalen, ¿dónde nos va a llevar todo esto? —Me cogió de las mejillas para que lo mirara atentamente.

—No sé dónde nos llevará, solo sé que no puedo estar sin ti. —Con los dedos pulgares me iba acariciando.

—No tenemos muy buen precedente que digamos. —Apoyé la frente en su pecho y rodeé su cintura con los brazos.

—Es verdad que no empezamos bien, pero en estas semanas nos hemos ido conociendo. —Me dio un beso en la cabeza—. Sé que los dos tenemos mucho carácter, pero creo que nos puede ir bien. —Levanté la mirada—. Eso sí, tendremos que controlar nuestros impulsos, por lo menos los de tipo verbal, porque los sexuales nos han ido de maravilla desde el primer encuentro. —Terminó de decir riendo.

—¿Y qué va a pasar cuando dentro de cinco meses todo se haya terminado y me vaya? —Le volví a preguntar con miedo.

—Es que no tienes que irte, Seren. No tienes por qué renunciar a nada, todo es tuyo, puedes quedarte a vivir aquí. —Yo no quería vivir en ese lugar.

—No puedo, Kalen. Por lo menos no puedo quedarme a vivir en esa casa; sé que si lo hiciera, mi padre no vendría a visitarme. —Se me saltaron las lágrimas al pensar en toda mi familia.

—Eso es lo de menos, la podemos vender y comprar algo los dos juntos o te puedes venir a mi casa. —Me gustó mucho que quisiera hacer planes pensando en un futuro común.

—Supongo que tendremos que ir descubriéndolo día a día. —Me puse de puntillas para darle un beso—. Tenemos que prometernos que vamos a pensar las cosas antes de decirlas, porque a los dos se nos puede ir de las manos y podemos hacernos daño con las palabras, y yo no quiero vivir una relación de ese tipo. —Quise dejárselo claro.

—Me parece perfecto. —Mordió mi labio inferior—. Es mejor que nos vayamos o no vamos a salir de la habitación, y hay varias cosas que quiero que veas. —Me dio un último beso antes de cogerme de la mano y salir.

Lo primero que hicimos ese día fue buscar un restaurante para comer. No tuvimos problema, ya que en la avenida principal había varios y todos tenían buen aspecto.

Cuando terminamos de comer, me llevó a ver las esclusas del Caledonian Canal. Era como una especie de escaleras de ocho esclusas para que los barcos pudieran salvar un desnivel de veinte metros. Era una vía fluvial que une Fort William con Inverness.

De ahí fuimos a ver las ruinas o restos de Inverlochy Castle, ya que estaba muy cerca de las esclusas. La verdad es que quedaba muy poco de lo que en su tiempo fue un castillo muy importante, pero todo hay que decirlo: aunque quedaba poco de él, era impresionante de ver.

Pero si tengo que decir algo que de verdad me gustó, fue pasar el día con Kalen. Durante todo ese día fue atento, cariñoso, siempre buscando cualquier mínima ocasión para abrazarme, besarme o simplemente llevarme cogida de la mano.

Por ese día no visitamos nada más. Decidimos que lo mejor que podíamos hacer era ir a una cafetería donde entrar en calor con un buen café, porque aunque fuese verano, aquí tan al norte por las tardes refrescaba mucho; bueno, por las tardes y por el día, por lo menos para mí, que estaba muy acostumbrada a otro tipo de veranos.

Nos pedimos, además de los cafés, unos scones, que no eran otra cosa que una especie de panecillos hechos a base de harina de trigo, mantequilla y levadura en polvo. Se podían rellenar de diversos ingredientes; los que nosotros pedimos iban rellenos de pasas, cerezas y queso.

Ese dulce era muy típico y lo comían tanto para desayunar como para merendar. Hasta ese día no lo había probado nunca, pero estaba segura de que no me iba a volver a faltar en la vida.

De ahí decidimos irnos para el hotel, darnos una ducha caliente, y no penséis mal, que lo de caliente lo digo por el agua, porque tenía tanto frío en el cuerpo que, aunque el agua estuviera al rojo vivo, a mí me parecía que estaba fría.

Por la noche no nos apeteció salir a cenar, por lo que Kalen pidió que nos subieran la cena a la habitación.

—Me lo he pasado muy bien hoy —le dije cuando estábamos tendidos en la cama.

—Ven aquí. —Estiró el brazo para que me echara sobre su pecho—. Lo mejor de todo ha sido pasar el día contigo. —Me dio un beso en la frente.

Del beso en la frente fue bajando con pequeños besos por todo el rostro hasta llegar a los labios.

Capítulo 25



Kalen

Empecé a besarla lentamente. No tenía prisa y quería hacerla disfrutar todo lo que pudiese. Sentía la necesidad de hacerle ver lo diferente que podíamos hacer las cosas; hasta la manera de unir nuestros cuerpos le iba a demostrar lo distinto que podía hacerlo.

Sobre todo ahora, cuando me había dado cuenta y había admitido, por fin, los sentimientos que sentía por Seren.

Me coloqué encima de ella, haciéndome hueco entre sus piernas. Y, con besos iguales a los que le había estado dando por todo su rostro, fui bajando por su cuello hasta llegar al inicio del escote de su pijama.

Metí las manos por dentro de la parte de arriba y fui dando un sutil roce con las puntas de mis dedos a lo largo de sus costados, llegando a sus pechos, esos que me volvían loco.

Tocarlos, sentirlos, acariciar esa piel tan suave.

—Tienes la piel tan perfecta y suave que no quiero dejar de tocarla —dije sobre su abdomen antes de darle un beso.

Seguí subiendo su camiseta hasta sacarla por completo. Tenerla medio desnuda, con los pechos alzados debajo de mi cuerpo, era una puta locura, una tan buena que, si por mí fuese, estaría siempre así, con ella entre mis brazos y

repartiendo besos por todo su cuerpo, tal y como estaba haciendo en esos momentos.

—Kalen, te deseo demasiado como para dejar que vayas tan lento —dijo en mitad de un gemido después de que le atrapara un pezón entre los dientes —. Madre mía… —Me ponía demasiado escuchar sus gemidos y jadeos.

—Quiero disfrutar de ti y de tu cuerpo como no lo he hecho hasta ahora — le contesté cuando dejé de hacer círculos con la lengua sobre su pezón antes de ir a por el otro—. No tenemos prisa, preciosa.

—Yo sí, soy impaciente desde que nací, ya deberías saberlo. —Me cogió del pelo para que levantara la mirada y mirarme a los ojos.

No pude evitar sonreír al ver esa mirada cargada de deseo y desesperación.

Sin dejar de mirarla, le cogí los pantalones junto con la ropa interior, comenzando a bajarlos a lo largo de sus piernas. Me incorporé un poco para quitarme los míos y quedarme completamente desnudo.

Pero antes de darle lo que ella quería, iba a disfrutar hasta quedarme totalmente saciado de su cuerpo y, para que eso pasara, iba a morder, lamer, chupar y besar mucho.

Comencé a darle besos desde el empeine de una de sus piernas, lentos y pausados, recorriendo su piel con la boca hasta que llegué al interior del muslo. Me detuve allí unos segundos, saboreando su respiración entrecortada, antes de pasarme a la otra pierna y repetir exactamente lo mismo, provocándola de forma consciente. Pude notar su desesperación creciente por que la tocara de una manera más íntima, más directa, pero todavía no quería concedérselo.

Necesitaba que me deseara tanto que le resultara imposible imaginar una vida sin mí, que su cuerpo y su mente me reclamaran incluso antes de que yo la tocara. Porque ese mismo día me había preguntado qué pasaría cuando terminara el plazo en el que teníamos que convivir, y yo tenía claro, con una certeza absoluta, que no iba a permitir que volviera a su país como si nada entre nosotros hubiera ocurrido.

Ahora que había reconocido lo que sentía por ella, no podía imaginarme la vida sin su presencia, sin su voz, sin su piel. Pero, como le había dicho, todo lo iríamos descubriendo con el paso de los días; no servía de nada darle más vueltas a lo mismo ni precipitar decisiones que aún estaban madurando.

Al llegar al pubis, me dediqué a tentarla con plena intención, a hacer que quisiera mucho más de lo que ya estaba sintiendo. Le fui dando pequeños besos húmedos por las ingles, recorriendo lentamente la zona, pasando por encima de los pliegues sin llegar a profundizar, disfrutando de cada estremecimiento de su cuerpo.

—Kalen, por tu madre, tócame ya —dijo sin dejar de mover las caderas, intentando rozarse con mi boca, buscando desesperadamente más contacto.

—Te estoy tocando —le contesté directamente sobre su vagina. Cuando terminé de hablar, le soplé suavemente sobre sus pliegues, provocando que todo su cuerpo reaccionara y que el vello se le erizara al instante—. ¿O lo que quieres es que te toque más profundamente?

Tenía muy claro qué era lo que Seren quería, lo que necesitaba con urgencia, y se lo iba a dar. Pero antes quería quedarme con su sabor impregnado en la boca, grabarlo en mi memoria, hacerle sentir que no tenía escapatoria posible.

—Sabes muy bien lo que quiero y, lo que es más importante, lo que necesito —volvió a gemir, rendida, con la voz cargada de deseo.

No quise tentarla más; tengo que decir que tampoco lo hice porque me moría de ganas de saborearla.

Con dos dedos le abrí los labios vaginales y pasé la lengua por toda su abertura, recogiendo cada gota de su esencia y saboreándola por completo.

Le cogí el clítoris entre los dientes, tirando de él muy suavemente. Cuando lo tuve entre ellos, pasé la lengua haciendo pequeños círculos sobre él.

Mientras tanto, Seren no paraba de mover las caderas y gritar. La había tentado tanto que sabía que, con un mínimo roce, iba a hacerla explotar en un orgasmo tan abrasador que le traspasaría el cuerpo entero.

Le metí dos dedos, curvándolos un poco hacia arriba. Haciéndolo de esa manera, le tocaba ese punto en el que Seren era capaz de perder la cabeza en menos de un segundo.

—Joder, no pares, Kalen —dijo sin dejar de mover las caderas.

Sin dejar de chupar el clítoris ni de mover los dedos en su interior, la llevé a un éxtasis tan profundo que llegó a poner los ojos en blanco, o eso fue lo que me pareció a mí.

Arqueando la espalda y con el cuerpo temblándole por completo, así fueron pasando los efectos del orgasmo hasta dejarla en un estado en el que no sabía si se había desmayado o muerto.

—Seren —la llamé—, preciosa, ¿sigues aquí?

No me contestó; solo curvó los labios un poco hacia arriba para mostrar una leve sonrisa.

—Creía que te habías desmayado. —Fui subiendo por su cuerpo, llenándolo de besos. Me detuve para darle un poco de atención a sus pechos y, en cuanto sus pezones estuvieron erectos, seguí subiendo. Pasé a su cuello y, por último, llegué a sus labios—. Por fin estás de vuelta —le dije, aguantándome la sonrisa.

—Madre mía, no había tenido un orgasmo así en mi vida —me dijo, abriendo todo lo que pudo las piernas para dejarme espacio y que me situara entre ellas—, aunque estoy segura de que no será el único.

—Ni tampoco ha sido el primero —le contesté—. Lo que pasa es que no te acuerdas porque hace tiempo que no te toco.

—Pues sigue tocándome para que no se me olvide nunca lo que me haces sentir. —Metió una mano entre nuestros cuerpos y me cogió el pene.

Pasó el dedo pulgar sobre el glande, arrastrando con ese toque la gota de líquido preseminal que se me había escapado.

—Joder, Seren, con el tiempo que llevo sin estar contigo, como me toques así me voy a correr antes de estar dentro de ti. —Cerré los ojos por el placer que me recorrió toda la columna.

—¿A qué estás esperando para que te pueda sentir dentro? —Con la mano que me tenía cogido el miembro tiró hasta situarlo en la entrada de su vagina —. Haz tu trabajo —me dijo con una sonrisa, antes de levantar la cabeza y atrapar mis labios con un mordisco suave.

Me puso a cien, si es que eso era posible, porque tal y como me encontraba en ese momento, era imposible que hubiera alguien más caliente que yo en esta vida.

Empecé a empujar, introduciéndome poco a poco, dejando que cada centímetro de mi miembro erecto fuese abriéndose paso en su canal. No me detuve hasta estar totalmente en su interior.

Fue un placer tan grande el que me invadió que tuve que quedarme quieto unos segundos, tomar una gran bocanada de aire y, en cuanto me tranquilicé un poco, comencé a moverme dentro de ella.

Entraba y salía con penetraciones lentas, llegando hasta el final. Quería que sintiera todo lo que podía tener conmigo, todo lo que le podía hacer sentir y dar.

Lo mismo que ella me hacía sentir a mí, porque esto que tenía con ella no lo había tenido con nadie más y estaba seguro de que no lo tendría con otra persona que no fuese Seren.

—Más rápido, por favor —me dijo en medio de un gemido.

—Y sin «por favor» también —le contesté antes de volver a besarla.

Las penetraciones las convertí en embestidas fuertes y rápidas, llegando a tocarle ese punto que tanto le gustaba.

Los jadeos y gemidos de los dos se iban mezclando entre besos y mordiscos.

Dios, estaba siendo tan bueno que no quería que terminara nunca y, por el camino que iba, o me detenía y cambiaba de posición o lo bueno se iba a terminar antes de tiempo.

Me salí de su interior.

—Ponte a cuatro —le dije en cuanto me separé de ella un poco, sin dejar de observar su sexo, brillante por la excitación que la recorría—. Levanta el culo y apoya la cabeza en la almohada —le fui susurrando mientras le iba dejando un camino de besos por el centro de su espalda hasta llegar a su nuca.

Coloqué las manos a ambos lados de sus caderas, se las cogí fuerte y, sin esperar ni un segundo más, la penetré con una fuerte embestida, llegando tan profundo en su interior como me fue posible.

—¿Estás bien? —le pregunté, con miedo de haberle hecho daño después de escuchar el grito que dio.

—Dios, sí, estoy mejor que nunca. Tú no te detengas ni bajes el ritmo —pronunció, moviendo ella misma sus caderas hacia delante y atrás.

Me quedé tranquilo cuando escuché su respuesta, así que seguí con el ritmo que ella necesitaba y que yo quería.

No paré, no me detuve ni para coger una bocanada de aire. Los dos lo necesitábamos fuerte, duro e intenso, y así es como lo hice.

Casi terminando, le puse una mano en el hombro para tener un mayor agarre y poder empujar más fuerte y profundo.

Supe el momento exacto en el que Seren llegó al orgasmo; sentí cómo sus paredes vaginales se contrajeron, apretándome el pene con fuerza, y esa fue mi perdición, porque me dejé ir con fuerza.

El placer me recorrió desde la columna, llegando a los testículos, y ya no hubo fuerza en la tierra capaz de detenerme hasta que me dejé ir en su interior.

—Qué bueno, preciosa —murmuré, estando todavía en su interior.

—No puedo hablar —dijo entre respiraciones entrecortadas.

Le di un último beso en el centro de su espalda antes de salir de ella. Tal como estuve fuera, me dejé caer sobre la cama y la cogí para que apoyara la cabeza sobre mi pecho.

Lo lógico habría sido que nos hubiéramos levantado para darnos una ducha, pero estábamos tan a gusto que no me importó quedarnos así.

Capítulo 26



Seren

Ese fin de semana fue un sueño para mí y no precisamente por el lugar al que fuimos, y con esto no digo que no fuese bonito, pero lo que verdaderamente me gustó e hizo que fuera especial fue el paso que dimos los dos.

Supe que, a partir de ese momento, la vida me iba a cambiar en muchos aspectos, y todos ellos iban a ser buenos. No lo sentí como una duda ni como una esperanza lejana, sino como una certeza tranquila que se me asentó en el pecho.

Cuando entramos en casa y sus padres —porque eran los únicos que estaban en ese momento— nos vieron hacerlo cogidos de la mano, se les dibujaron sonrisas sinceras en los rostros, de esas que nacen sin pensarlo y lo dicen todo sin necesidad de palabras.

Sobre todo en el de su madre. Y es que Maela era una mujer tan expresiva que bastaba con mirarla para saber exactamente qué estaba pensando; sus ojos y su gesto hablaban por ella incluso antes de que pudiera abrir la boca.

—Sabía que por fin os ibais a dar cuenta de que estáis hechos el uno para el otro —dijo sin ocultar la sonrisa y abrazándonos a los dos a la vez—. Lo vi desde el primer momento, en el despacho del notario. Aunque no os soportabais, yo lo vi. —Su voz era tan dulce y, desde que me conoció, me trató con tanto cariño y amor, haciendo que me sintiera como si estuviese en casa.

El tratarme de esa forma hacía que no se me hiciera tan difícil estar alejada de casa y sin mi familia.

—Pues ya te diste cuenta pronto, porque nosotros no nos podíamos ni ver —le contesté riendo.

—Eso es lo que querías pensar, pero no era así y lo sabes, solo tienes que reconocértelo a ti misma. —Me miró con tanto amor, como si fuese mi madre, que hizo que se me encogiera un poquito el corazón.

—Gracias, Maela. —Se las di de todo corazón.

No todo el mundo da tanto amor y cariño desde primera hora.

—Jamás me agradezcas por darte el cariño que te mereces —me dijo cuando me soltó—. Y tú —señaló al hijo—, como no me la cuides y le hagas daño, te hago pagarlo bien caro. —Me reí al ver la cara que puso Kalen cuando su madre le dijo eso.

—Mamá, que no soy un niño al que puedas estar riñendo —le contestó.

—Eso es lo que te crees tú. Yo te puedo echar una bronca cuando quiera y me da igual la edad que tengas —le siguió diciendo ella.

—Vente conmigo y déjalos. Cuando empiezan así no tienen fin —me dijo Gregory pasando un brazo por encima de mis hombros y llevándome hacia la cocina—. Vamos a ir preparando unos cafés.

—Padre, que esa es mi chica. Que sé muy bien que la tuya ya está mayor y por eso me quieres quitar a la mía, pero no te voy a dejar. —La colleja que recibió por parte de su madre no la vio venir ni de lejos—. Mamá, no me pegues, que todavía te pueden quitar la custodia los servicios sociales.

Me encantó ver esa cara de Kalen. Así y con esas bromas se veía un hombre mucho más cercano. No se parecía ni de lejos al hombre que conocí en aquel *pub*.

Claro está que era consciente de mi cambio; yo tampoco me comporté con él como era realmente. Fue un error que cometimos los dos, eso no se podía

dudar, pero también tengo que decir que de todo se aprende y de esa habíamos aprendido ambos.

—Hijo, no provoques a tu madre, que no vas a poder con ella —le dijo el padre llegando a la cafetera.

En ese momento entró Maggie por la puerta de la cocina. Venía con ropa para llevar al lavadero y, aunque para ir a él no tenía por qué pasar por allí, lo hizo de igual modo.

La sensación que me dio fue que quiso que la viéramos y por eso lo hizo.

—Buenas tardes —nos saludó a todos cuando entró.

Le correspondimos el saludo. Maela me miró de una manera que me hizo ponerme alerta; me dio la sensación de que sabía que entre su hijo y ella hubo algo o, por lo menos, que la empleada seguía sintiendo algo por Kalen.

—Mira, Maggie, por fin Kalen ha decidido sentar cabeza y no podría haber elegido mejor. —La mirada que me dedicó esa mujer no tenía nombre, y es que, si hubiera podido fulminarme, lo habría hecho sin remordimiento alguno.

—Felicidades, se os ve una pareja muy bonita. —Se notó desde lejos que lo dijo por compromiso y con la boca pequeña.

Me dio muy mala sensación, y no solo por la forma en la que me miró. No sé cómo explicarlo, pero en ese instante tuve la certeza de que estaba ocultando algo, y desde luego no era nada bueno.

Creo que Kalen también lo percibió, porque se acercó a mí y me rodeó la cintura con el brazo, pegándome por completo a su cuerpo en un gesto protector que no pasó desapercibido.

Lo miré por encima del hombro y, sin necesidad de palabras, le transmití muchas cosas. Solo esperaba que supiera interpretarlas.

Una cosa la tenía clara, y mira que no me gustaba jugar con la vida de las personas ni con su modo de ganársela, pero no iba a permitir que nadie pusiera en peligro mi relación con Kalen.

Porque no podemos mentirnos: cuando una mujer o un hombre se obsesiona con otra persona, es capaz de hacer cualquier cosa con tal de conseguirla, incluso cruzar límites que jamás habría imaginado traspasar.

Claro está que ese tipo de comportamientos solo pertenecen a mentes enfermas o profundamente dañadas. Una persona sana, por muy enamorada que esté, sabe cuándo dar un paso atrás, cuándo apartarse en silencio y aceptar la pérdida, aunque hacerlo le rompa por dentro y le cause un dolor difícil de asumir.

—Gracias, Maggie —le contestó Kalen.

Yo no lo hice. No me apetecía ser hipócrita y, como no vi que ella nos lo deseara de corazón, no me salió del mío agradecérselo.

Los padres de Kalen y nosotros nos sentamos en la mesa de la cocina para tomarnos el café que Gregory había ido preparando.

Maela sacó un bizcocho que había hecho de naranja con nueces. Tenía una pinta increíble, de esas que se te meten por los ojos y se te hace la boca agua.

—Está riquísimo —le dije en cuanto di el primer bocado.

—Cuando quieras te enseño a hacerlo. —Se ofreció.

—Estoy segura de que, aunque siga tus pasos al pie de la letra, no me saldría ni la mitad de bueno —le contesté con amabilidad.

—Pues es muy fácil, tanto que una niña pequeña podría hacerlo. De hecho, yo se lo he hecho millones de veces a Kalen —dijo Maggie cuando llegó del lavadero.

Me dio la sensación de que estaba pendiente de lo que estábamos hablando para entrar al trapo y, con esa contestación, lo dejó bien claro.

—Yo no recuerdo que lo hayas hecho. Como mucho, una vez, y fue para Stuart, sobre todo teniendo en cuenta que de la cocina siempre me he encargado yo —le contestó Maela.

—Pues estarás perdiendo memoria. —Me dio mucho coraje que contestara así. Aunque ella lo intentó pasar por broma, a mí no me sonó de esa forma.

—Creo que tus dos contestaciones están fuera de lugar. No sé a lo que estabas acostumbrada cuando Stuart vivía aquí, pero yo no te voy a permitir que hables así a nadie —dije mirándola seria—. Kalen no es el único que decide cosas sobre esta casa, así que ya sabes. Te he dejado pasar algunas, pero no pienses que eres intocable. Asume cuál es tu lugar y no te metas donde nadie te llama. ¿Te ha quedado claro o no?

Tanto Maela como Gregory me miraron sin creerse que hubiera hablado así, no porque lo hubiese hecho mal, sino porque no me habían escuchado nunca en plan jefa.

Lo siento, yo era así. A mis empleados siempre los trataba bien; era rara la vez que tenía que utilizar mi autoridad y ese tono de voz con ellos, pero cuando tenía que hablarles así no me temblaba el pulso.

Y ella no iba a ser menos, ni mucho menos más, sobre todo después de cómo se había estado comportando conmigo.

—Lo siento, no volverá a pasar. —Aunque hubiera pedido disculpas, a mí no me las daba.

Nos dejó a los cuatro en la cocina y, en cuanto supe que no nos estaba escuchando, o por lo menos eso parecía, hablé.

—Os pido disculpas por la forma en la que he tenido que hablarle, pero ya he aguantado demasiados comentarios por su parte y no pienso tolerar ni uno más. —Los fui mirando uno a uno, buscando en sus rostros la reacción de cada cual.

—Cariño, no tienes que disculparte, estás en tu derecho. Además, no ha estado bonito de su parte —me dijo Maela.

—Sé que ha estado mal por su parte, pero también debes tener en cuenta que todo esto es nuevo para ella. —Me dolió mucho que Kalen contestara de esa manera; fue como si la defendiera a ella en vez de ponerse en mi lugar.

Me mordí la lengua y no contesté. No lo hice por darle el beneficio de la duda y porque esa defensa, a lo mejor, se debía al cariño y la pena que le tenía, por eso de no tener familia allí. Pero a la mínima que notara algo raro, se lo haría saber.

—Nuevo o no, ella es una empleada y le debe respeto a su jefe. En este caso sois vosotros, así que poco importa que Seren le caiga bien o no. —Por lo menos su padre me defendió como lo tenía que haber hecho él.

—No quería que mis palabras sonaran como lo han hecho, no era mi intención. —Me cogió de la mano y, aunque intenté retirarla, no me dejó—. No pienses ni por un segundo que Maggie me importa más que tú, porque no es así —me dijo en voz baja.

Sí que es verdad que me había dolido, pero, como he dicho antes, iba a darle el beneficio de la duda, porque tal vez Kalen había hablado así sin maldad alguna.

—No te preocupes, no me lo he tomado a mal. —Le quité importancia.

Si queríamos que lo nuestro funcionara de verdad, teníamos que hacer por entendernos, porque sabía que los dos, en algún momento, podríamos soltar una de las nuestras. En este caso me tocó a mí poner de mi parte; supuse que otras veces le tocaría a él. En eso consistía tener pareja, ¿verdad?

Capítulo 27



Kalen

—Mañana he quedado con mi prima y Ava para salir a cenar y después tomarnos unas copas —me dijo cuando estábamos en la cama, después de habernos vuelto locos entre las sábanas.

—¿Y no podemos salir los seis? —le pregunté mientras le pasaba las puntas de los dedos por el costado con suaves caricias.

—No, definitivamente no. —Levantó la cabeza de mi pecho para mirarme.

—¿No pensaréis hacer una de las vuestras y por eso no queréis que vayamos nosotros? —le pregunté bromeando.

—¿Lo dudas? —me respondió con otra pregunta, sin dejar de mirarme y de sonreír—. Tengo la intención de buscar otro escocés y poder compararlo contigo. No me puedo quedar con el primero que se me cruzó en el camino. ¿Y si el otro es mejor que tú? —No había que ser muy listo para saber que estaba intentando hacerme rabiar.

—¿Y crees que vas a poder con los dos? —La hice ponerse bocarriba y coloqué la parte superior de mi cuerpo sobre ella. Le cogí las manos y se las puse por encima de su cabeza—. Yo creo que te van a faltar fuerzas para los dos. —Empecé a recorrer su cuello con la nariz, aspirando su olor—. De todos modos, me encargaré de tenerte totalmente saciada para que no tengas que buscar nada fuera de casa.

Subí hasta su oreja, deteniéndome allí unos segundos para que sintiera mi respiración y comenzar a tentarla.

Conocía su cuerpo y sus reacciones a ciertas partes cuando las tocaba, aunque solo fuese con un simple roce, y el cuello era una de ellas.

—Está bien —suspiró—. Solo queremos salir las tres y pasarlo bien, sin buscar nada más. —Inclinó la cabeza hacia un lado para darme mayor acceso a esa zona—. Me cuesta trabajo seguirte el ritmo como para buscar a otro. —Terminó riendo.

Habían pasado cerca de dos meses desde que decidimos darnos la oportunidad de estar juntos y poner de nuestra parte.

Y desde entonces todo nos había ido muy bien. Es verdad que teníamos nuestros pequeños desacuerdos, pero nada que no pudiéramos arreglar hablándolo con tranquilidad.

—De todos modos, no me voy a arriesgar —susurré, llegando a sus labios.

—Tú también puedes salir con tu hermano y Lewis —me dijo, rozando sus labios con los míos.

—Hace escasos diez minutos has hecho que por poco me desmaye con el último orgasmo —le dije, encogiéndome con su toque.

—Se ve que no has tenido suficiente. —Le pasé la lengua por el labio inferior antes de cogerlo entre los míos y chupárselo.

Seren llevó sus manos a mis hombros. Creí que me iba a abrazar cuando me empujó con fuerza para hacer que me pusiera de espaldas contra el colchón.

Me pilló tan de sorpresa que no le costó nada moverme, cosa que, de otro modo, no hubiera podido hacer con tanta facilidad por la diferencia de tamaño entre ella y yo.

Pasó una pierna por encima de mis caderas, subiéndose encima de mí. Movió las suyas, haciendo que nuestros sexos se rozaran, y con esa fricción se

nos escapó un gemido.

—Nunca voy a tener suficiente de ti —dijo antes de pasar la lengua por encima de mi pezón.

El cuerpo entero me tembló con ese lametón. Esta mujer me volvía completamente loco con un solo roce y, la mayoría de las veces, no le hacía falta tocarme: con una simple mirada me ponía a cien.

Por no decir lo que le había hecho a mi corazón. Bueno, mi corazón, por decir algo, porque ya no era mío; le pertenecía a ella por completo.

En mi vida había querido a nadie como quería a Seren. Tanto era así que no me hacía a la idea de vivir sin ella.

Tenía que intentar, fuera como fuera, que dentro de poco más de cuatro meses no quisiera irse de mi lado, que no lo viera como una cuenta atrás, sino como un futuro abierto. Porque, si algo tenía claro, era que, si ella no se quedaba a vivir aquí, sería yo quien se marchara con ella a donde hiciera falta, sin pensarlo dos veces, como si esa decisión hubiera estado tomada desde mucho antes de decirla en voz alta. Me daba igual la empresa, la casa o cualquier otra cosa; me daba igual todo menos Seren, absolutamente todo. Y por primera vez en mi vida, esa renuncia no me pesaba.

No era miedo a perderla, era la certeza de que sin ella nada tendría el mismo sentido.

—¿Sigues aquí o ya no te pongo y estás pensando en otra? —me preguntó, y entonces me di cuenta de que me había perdido en mis pensamientos, imaginando una vida entera a su lado.

—No hay una mujer que me guste ni me haga sentir lo que tú —le respondí—, ni en esta vida ni en la siguiente —y no lo decía como una frase bonita, sino como una verdad que me atravesaba por dentro.

Le cogí las mejillas con suavidad, obligándola a mirarme a los ojos, necesitaba que viera la verdad que había en los míos, que entendiera que no era una frase bonita ni una respuesta improvisada. Era exactamente lo que sentía.

—Es que parecía que tenías la mente en otro lugar —rozó su nariz con la mía—, y eso, teniéndome encima de ti desnuda, no dice nada bueno.

—Estaba pensando en que no puedo vivir sin ti. No quiero que te separes nunca de mi lado. —Le di un beso suave antes de seguir hablando—. Te quiero como nunca he querido a nadie. Eso era lo que estaba pensando.

—Kalen —pronunció mi nombre emocionada—, es la primera vez que me has dicho que me quieres.

—Es la primera vez, pero no será ni la única ni la última. —Bajó su cabeza para volver a unir nuestros labios.

—Te quiero, Kalen —me dijo en cuanto dejamos de besarnos, y esas palabras os puedo asegurar que fueron las mejores que había escuchado en mi vida—. No quiero vivir sin ti. En cuanto pase el tiempo que tenga que pasar para que todos tengan sus partes de la herencia, quiero que nos vayamos a vivir los dos solos —me iba diciendo mientras hacía dibujos sobre mi pecho.

»No es porque me molesten tus padres ni nadie, es porque no quiero vivir en esta casa; me sobra más de la mitad. Quiero una en la que me pueda sentir a gusto y en la que mi familia pueda venir a visitarme.

—Si quieres, mañana mismo nos vamos a mi piso —le propuse.

—No, no me importa estar aquí el tiempo que sea necesario, y no es que no me guste esta pedazo de mansión en sí, es que no soporto la idea de que mi padre no venga o, si lo hace, lo pase mal.

—No te preocupes. Cuando llegue el momento, estaremos fuera de esta casa, pero antes quiero que seas totalmente sincera conmigo. —Me miró, esperando a que siguiera hablando—. Si a tu padre no le importara venir a esta casa, ¿te gustaría hacer tu vida aquí?

Se quedó pensando durante unos segundos.

—Me gusta, no lo puedo negar. Me gusta más de la cuenta, sobre todo pensar que mi padre pasó aquí su infancia. —Se inclinó hacia delante, quedando con su pecho sobre el mío—. Si no fuese por todo lo que te he dicho, no me importaría quedarme.

—Bueno, por ahora no vamos a darle más vueltas. Ya lo iremos viendo con el paso de los días. —Le pasé las manos por la espalda, abrazándola fuerte contra mi pecho—. Lo que tenga que ser será.

Entre caricias y después de haber expuesto todas nuestras dudas, miedos y sentimientos, nos dejamos llevar por la pasión.

Esa vez fue ella quien marcó el ritmo. Al estar encima de mí no le fue difícil, y a mí me encantaba tenerla en esa posición.

Verla encima de mí, con sus pechos al aire, subiendo y bajando sobre mi pene erecto, viéndome perderme en su interior, era una de las mejores vistas que tendría en mi vida.

Capítulo 28



Seren

Para esa noche me puse unos pantalones de vestir blancos, de esos de cintura alta y bien ceñidos, tipo pitillo. Quedaban justo por encima del tobillo y me encantaba el trasero que me hacían.

Para la parte de arriba me decanté por un jersey finito de hilo, porque, aunque estábamos en pleno verano, en Escocia hacía un frío de cojones por la noche y, ya puestos, por el día tampoco es que sobrara la chaqueta. Aquí el verano era más una intención que una realidad.

Me estaba costando la misma vida acostumbrarme a ese clima, pero es que no tenía nada que ver con el del sur de España. Allí el verano te abraza; aquí parece que te observa desde lejos con desconfianza.

Vamos, que todos ellos, cuando fuesen la semana siguiente, iban a sudar como pollos y a acordarse de mí más de una vez.

El jersey era de un celeste muy clarito, suave y agradable al tacto. Era un poco suelto y, para que no quedara tan holgado ni me hiciera parecer un saco, me metí la parte delantera por dentro de la cintura del pantalón, dándole un aire más arreglado sin perder comodidad.

Lo acompañé con un cinturón en camel claro y unas cuñas del mismo color, lo justo para estilizar sin sacrificar mis pies, que esa noche tenían intención de aguantar muchas horas.

Para el pelo me lo alisé y lo dejé suelto, sencillo, sin demasiadas florituras. Un poco de maquillaje, lo justo para verme favorecida sin parecer disfrazada, y lista para pasar una noche estupenda con las chicas, de esas que se disfrutan desde que sales por la puerta.

Me apetecía mucho salir sola con ellas; que sí, que me lo pasaba genial cuando salíamos los seis juntos, pero de vez en cuando también venía muy bien tener un rato solo para nosotras, sin parejas, sin planes compartidos y sin pensar en nadie más que en disfrutar.

Justo en ese momento se abrió la puerta de la habitación y apareció Kalen.

Le había dicho la noche anterior que saliera con su hermano y con Lewis, que aprovecharan para hacer algo juntos, pero me había contestado que no le apetecía demasiado. Prefería quedarse en casa, tranquilo, y así adelantar algo de trabajo para cuando viajáramos a España. Según él, era la mejor forma de no ir luego con prisas… aunque yo sabía que también tenía bastante de excusa para no salir.

—Estás preciosa, nena —me dijo colocándose detrás de mí—. Lástima que no me dejes salir contigo —pronunció en tono burlón.

—No, esta noche están los hombres vetados. —Lo miré a través del espejo —. No se va a terminar el mundo porque salga con las chicas. —Giré la cabeza para mirarlo por encima de mi hombro con una sonrisa.

—Como dejes que se te acerque otro hombre con alguna intención fuera de lo normal, es cuando se acabará el mundo —me dijo mientras me pellizcaba el trasero—. Sabes que no me importa que salgas, pero no puedo evitar ser un poco celoso.

No era un celoso patológico, pero sí era verdad que la idea de que otro hombre se me acercara con intenciones de ligar no le hacía ninguna gracia. Y, siendo sincera, a mí tampoco me gustaría que una mujer se le acercara a él con ese mismo plan.

Vamos, no me hacía gracia a mí ni a nadie que estuviera de verdad enamorada de su pareja.

—No tienes que preocuparte, tengo más que de sobra contigo. —Me giré entre sus brazos llevando las manos a su cuello para obligarlo a bajar la cabeza y besarlo—. Te quiero solo a ti, ahora y siempre. —Siempre, sí, porque estaba segura de que, aunque lo nuestro no funcionara en un futuro, para mí no habría otro hombre como Kalen; mi corazón se lo había entregado a él y con él se quedaría.

—Yo también te quiero —me dijo posando su frente en la mía.

—¿Nos vamos o no? —dijo Laura entrando de pronto en la habitación—. Uy, perdón, que estáis en plan melosos. —El «perdón» lo dijo con la boca pequeña; esta no se arrepentía ni loca. La conocía como la palma de mi mano —. Qué empalagosos sois, leche. —Kalen se rio al escucharla.

—Vamos, que tú no eres así con Lewis —le dije, separándome de él.

—Claro que sí. Es lo bueno que tiene vivir los dos solos, que estamos todo el día metiéndonos mano y no tenemos a nadie que nos interrumpa. —Subió y bajó varias veces las cejas para que entendiéramos lo que quería decir, como si fuésemos tontos y no lo hubiéramos pillado—. No sabéis lo que os perdéis al no vivir solos.

—No creo que haya mucha diferencia —le contesté cogiendo el bolso que había dejado encima de la cama.

—No, qué va. Lo mismo es vivir en una casa llena de personas, no pudiendo mantener sexo con tu pareja donde te dé la gana y en el momento que os apetezca, por no decir que puedes estar todo el día en pelotas, a tener que estar controlándote. —Anda, y que no se había quedado a gusto soltando todo eso por la boca.

—Preciosa, nos tenemos que ir a vivir los dos solos —dijo Kalen siguiéndole la broma a mi prima.

—Claro, mañana mismo hacemos la mudanza —le dije—. Anda, dame un beso, que me voy ya. —Me cogió de la cintura y me pegó a su cuerpo todo lo que pudo—. Me encanta cuando me besas así —le dije después del beso que me dio.

—Te beso siempre así —me dijo con una ceja levantada.

—Por eso mismo me encantas. —Le guiñé un ojo.

Le volví a dar otro beso antes de salir por la puerta con mi prima para ir a buscar a Ava.

Habíamos decidido ir en taxi, puesto que no queríamos conducir, ya que alguna copa seguro que caería. Así era mucho más fácil y, además, como esa noche me iba a quedar a dormir en casa de mi prima y Lewis, al día siguiente Kalen se acercaría a recogerme, me traería algo de ropa y pasaríamos el día fuera, recorriendo el centro de la ciudad.

—Madre mía —dijo mi prima cuando llegamos al portal de Ava y la vio salir—, y parecía tonta cuando la compramos. —Me reí lo más grande con su comentario.

—No le digas eso, por favor —le dije cuando vi cómo se había vestido—. Viene guapísima y para una vez que se viste más atrevida. —Ava era muy prudente; desde que la había conocido era rara la vez que la había visto vestida así.

Y tampoco es que se pudiera decir que iba en pelotas, ni mucho menos. Mira que Laura y yo nos habíamos vestido un millón de veces con escotes mucho más pronunciados y faldas bastante más cortas; por eso nos sorprendió verla con aquel vestido a mitad de muslo, totalmente ceñido a su cuerpo, marcando la figura que tenía.

Llevaba, como ya he dicho, un vestido ajustado y por encima de la rodilla. Era de manga larga y tenía un escote que le caía un poco más abajo del canalillo, aunque se notaba que llevaba una de esas cintas de doble cara para evitar que el escote se moviera del sitio.

No se le veía nada que no se pudiera ver. Simplemente estaba preciosa.

—Guau, estás increíble —le dijo Laura acompañando esas palabras con un silbido.

—¿No creéis que voy demasiado? —nos preguntó un poco avergonzada.

—No, vas perfecta —le dije de corazón.

—Demasiado perfecta para ir con nosotras; mejor te dejamos en casa, de lo contrario no nos va a mirar nadie. —Le di una colleja.

—No le hagas caso, ya sabes cómo es. —Me arrastré por el asiento para que se sentara a mi lado, ya que Laura iba en el asiento delantero—. Además, te recuerdo que no tienes que buscar que te miren. —Le di un toque en el hombro.

—Coño, pero a nadie le amarga un dulce y que te miren te sube la autoestima; no nos engañemos, a todas nos gusta sentirnos guapas, ¿a que tengo razón? —le preguntó al pobre taxista, que para más señas estaba a punto de jubilarse y no sabía muy bien dónde meterse de la vergüenza.

—Os van a ver a las tres muy bonitas —dijo el taxista mirando primero a mi prima, que estaba sentada a su lado; después nos miró por el espejo retrovisor a Ava y a mí—. Estoy seguro de que más de un hombre se volverá loco cuando os vea. —Terminó con una sonrisa.

—Qué pena que estemos las tres pilladas —dije.

Nos dejó justo en la puerta del restaurante en el que habíamos reservado. Eso sí, a elección mía, y es que esa noche me apetecía cenar comida italiana; así que le pregunté a Kalen y me dijo que este era uno de los mejores que había por la zona por donde íbamos a salir.

—¿Vais a venir o no? —le pregunté a Ava refiriéndome al viaje a España —. Te aseguro que te lo vas a pasar muy bien, por no decir que vas a conocer lo que es el buen tiempo de verdad.

—Sí, he pedido unos días de vacaciones en el restaurante. —Mira que era cabezota.

—No sabes cuánto me alegro de que puedas venir y, en cuanto al trabajo, te he dicho un montón de veces que, cuando quieras, tienes un puesto en la empresa. —Me daba igual que tuviera estudios o no; yo podía enseñarle lo que fuese. Eso por no decir que podía trabajar en la recepción y allí no hacía falta ser ingeniero para desempeñar ese puesto.

—Me lo estoy pensando, pero no quiero dar el paso a lo loco —hablaba despacio, como meditando cada palabra que iba a decir—. No me quiero arriesgar a dejar un puesto de trabajo fijo por algo que puede quedar en el aire. ¿Qué pasaría si tú decides irte? ¿Crees que Kalen me dejaría seguir trabajando en la empresa? Soy tu amiga.

—Y también eres su cuñada, no lo olvides —le dijo Laura—. Mi prima no se va a ir a ningún sitio y, si lo hiciera, tu trabajo no peligraría —asentí a sus palabras.

—Cuando volvamos de España te prometo que te doy una respuesta —dijo, cogiendo su copa de vino—. Ahora vamos a hacer un brindis —levantamos las tres copas—, porque esta amistad que empezó por casualidad no termine nunca y que, vivamos donde vivamos, siempre mantengamos el contacto.

—Por la amistad —dijimos Laura y yo al unísono.

Madre mía, no sabía cuánto echaba de menos la pasta y las *pizzas* hasta que las saboreé esa noche acompañadas de un buen prosecco; y que conste que no era porque en casa no comiéramos estas cosas, simplemente que no sabía qué tenían los restaurantes, que como ellos hacían la comida no salía en casa.

Hicimos mil planes para cuando viajáramos a nuestro país. Les queríamos enseñar muchas cosas y sabíamos que no nos daría tiempo a todo, pero al menos íbamos a intentar que vieran y vivieran las cosas más importantes y bonitas.

Con todos esos planes hechos y después de la cena, nos fuimos a tomarnos unas copas a un *pub* que Ava conocía muy bien y nos dijo que ponían buena música y había mucho espacio para bailar, sobre todo canciones modernas con las que te podías mover mejor.

Dos copas fue lo que nos bebimos cada una; eso sí, bailar, bailamos lo más grande. Creo que hacía años que no bailaba tanto y, sobre todo, que no me lo pasaba así de bien.

¿Se nos pegaron hombres? Sí, pero a ninguno le hicimos caso. No habíamos salido buscando nada de eso; nosotras solo queríamos pasarlo bien

sin saber nada de nadie a nuestro alrededor.

—Aquel tío de allí no me gusta cómo nos está mirando —les dije a las chicas cuando fuimos a la barra a comprarnos agua—, y su novia o su pareja, me da igual lo que sean, me gusta mucho menos.

—Pasa, ese tío tiene pinta de ser un salido y ella una celosa —dijo mi prima.

—Bueno, ella tiene motivos para estar celosa —comentó Ava.

—No, porque yo, si fuera ella, ya le habría dado una patada en el culo desde hacía mucho —dije totalmente convencida.

Si estás con tu pareja y esa persona, delante de ti, se dedica a mirar a otras de la manera en la que ese hombre nos estaba mirando —y no solo a nosotras, sino también a todas las mujeres que se cruzaban en su camino—, algo va mal.

—Pues esa mujer tiene un gran problema, porque o deja a ese hombre o se va a tener que pelear con todas las mujeres que se crucen en su camino, y no porque las demás se lo busquen —comentó Laura.

—Pues te lo digo de corazón, espero que espabile o, de lo contrario, lo va a pasar muy mal —pronunció Ava.

—Mejor seguimos a lo nuestro, que para eso hemos venido. —Laura nos cogió a cada una de una mano y tiró de nuevo hacia la pista.

El taxi nos recogió cerca de las cinco de la mañana y, al montarnos en él, nos dejamos caer totalmente desplomadas por el dolor de pies que llevábamos encima.

Dejamos a Ava en su casa y nosotras nos dirigimos a casa de la pareja de mi prima.

Capítulo 29



Kalen

Sabía que tenía que decirle a Seren lo que había pasado la noche en la que salió sola con las chicas, pero no sabía cómo hacerlo.

Yo no tuve culpa de nada, os juro que no hice nada, pero no me veía capaz de decírselo, porque en el momento en el que lo hiciera, no estaba seguro de que me creyera.

Sé que durante toda esa semana mi comportamiento no había sido el de siempre, pero era por el miedo y la angustia y, lo peor de todo, es que no podía hacer lo que tendría que haber hecho desde hacía mucho tiempo si no quería que ella se enterara.

Por lo menos hasta que tuviera valor para contárselo.

Seren no era tonta y sabía que algo no andaba bien en mí. Por suerte, me iba escabullendo de sus preguntas con las absurdas excusas del trabajo, pero no sabía hasta cuándo se iba a creer eso, porque ella trabajaba conmigo y sabía perfectamente cómo iba la empresa. Aunque la mayor parte recayera sobre mis hombros, no dejaba de estar al tanto de todo, y yo lo sabía.

Me había prometido a mí mismo contarle todo cuando volviéramos de la visita a su familia.

Y en eso estábamos precisamente en ese momento.

Acabábamos de aterrizar en la ciudad de Seren y, como éramos muchos los que viajábamos, decidimos que no viniera nadie a por nosotros. Mejor cogimos dos taxis y nos fuimos directos a casa de sus padres.

Aunque cada uno se iba a quedar en distintas casas, queríamos ir primero a la de ellos, ya que estaba toda su familia esperándonos allí.

Yo me iba a quedar en la casa de Seren. Queríamos pasar un poco de tiempo a solas, aunque solo fuera por las noches, sin tanto jaleo alrededor.

Owen y Ava se iban a quedar en la casa de Laura, junto a ella y Lewis.

Y mis padres, en casa de los padres de Seren. Estos no querían que se quedaran en otro lugar, así que se negaron en redondo y a mis padres no les quedó más remedio que aceptar.

Todo hay que decirlo: lo hicieron encantados.

En el taxi en el que íbamos nosotros venían mis padres; en el otro iban los otros cuatro.

Al llegar, estaban todos esperándonos en la entrada de la casa y, cuando digo todos, eran todos, como si aquello fuera una bienvenida oficial.

A simple vista se veía una familia unida, pero eso ya lo sabía por las veces que había hablado con ellos por teléfono o por videollamada cuando Seren hablaba con ellos, tanto con sus padres como con sus abuelos o sus tíos.

—Espero que os sintáis bien aquí. Sé que mis padres os van a tratar muy bien, pero si por cualquier motivo no queréis quedaros aquí, os podéis venir a mi casa —les dijo a mis padres antes de que el taxi se parara.

—Cariño, estamos seguros de que vamos a estar muy bien —le dijo mi madre, hablando por ella y por mi padre.

En cuanto el coche se detuvo, dejamos que la primera que se bajara fuera Seren. Era normal que se muriera por abrazarlos.

Los miré uno por uno mientras ella los iba abrazando. La que más me llamó la atención por la mirada que me dirigió fue su abuela. Esa mujer parecía que veía a través de mí; me puso nervioso.

No en el mal sentido, sino que sentí como si mis pensamientos o sentimientos no fuesen solo míos, como si ella también los viera y eso, qué queréis que os diga, pone nervioso hasta al más pintado, y yo no iba a ser menos.

Todo lo contrario a cómo me miró su marido. Ese hombre lo hizo con un brillo de diversión en los ojos, como si intuyera que me iba a caer una buena con su mujer.

—Familia —se dirigió a ellos—, estos son Kalen —me cogió de la mano y entrelazó sus dedos con los míos—, su madre, Maela, y su padre, Gregory. —Miró con cariño a mis padres antes de hablar de nuevo—. Ellos son mis padres, Logan y Olga —les fuimos dando la mano—, mis abuelos, Pedro y Soledad, y mis tíos, Víctor y Nieves.

—Mucho gusto en conoceros —les dije a todos, al igual que mis padres.

En ese momento llegó el otro taxi con los que faltaban, así que, antes de que entráramos dentro de la casa, también se presentaron. En esta ocasión lo hizo Laura.

Aunque mi amigo ya conocía a los padres de su novia, no conocía al resto de la familia.

—Pasad, por favor —nos dijo la madre de Seren—. Hemos preparado unos aperitivos para comerlos mientras se va preparando la barbacoa.

Nos hizo pasar a todos antes de que lo hicieran ellos. Me quedé en el último lugar y justo detrás de mí iba su abuela.

—Me has quitado a mi niña. —Me quedé sin saber qué contestar—. Sabía que en el momento en el que fuera a tu país la iba a perder, pero que sepas que no te voy a quitar los ojos de encima, ni a ti ni a ese amigo tuyo que se ha quedado con mi otra niña.

Su nieta empezó a reír a mi lado.

—No le hagas caso, está molesta porque no quería que fuésemos a Escocia. —Giró la cabeza hacia su abuela—. Abuela, no empieces, que ellos no te conocen como nosotros.

—Pues así me conoce desde el primer día, tal y como soy. —Esta mujer no iba a ser fácil de tratar. Mira que me lo advirtió Seren; cuando me lo dijo, pensé que estaba exagerando, ahora me daba cuenta de que no era así.

—Mujer, deja al hombre, que no te ha hecho nada —le dijo su marido—. No le hagas caso, es gruñona desde que su madre la parió. —Me dio una palmada en la espalda.

—¿Te parece poco que me haya quitado a mi niña? —Esa mujer seguía en sus trece.

—Y gracias a eso puede que dentro de poco te traigan a los bisnietos que tantas ganas tienes de tener —le volvió a contestar su marido, sonriente, como si estuviera hablando del tiempo y no de algo tan serio.

Y yo, al escuchar la palabra bisnietos, sentí que el corazón me daba un vuelco tan fuerte que por poco se me paraba. Fue una reacción inmediata, casi instintiva, de esas que no puedes controlar aunque quieras disimularlo.

No es que no hubiese pensado nunca en tener hijos, porque sí que lo había hecho en más de una ocasión. No me cerraba a la idea, ni mucho menos. Pero tampoco me veía siendo padre todavía. Sentía que aún me quedaban muchas cosas por vivir, por disfrutar, por construir, y todas ellas tenían un nombre muy claro: Seren.

Eso sí, había algo de lo que estaba completamente seguro. Si algún día daba ese paso, si en algún momento de mi vida decidía formar una familia, sería con ella o no sería con nadie. No concebía esa idea sin verla a mi lado.

Pero dentro de unos años. Cuando pudiéramos haber disfrutado un poco más el uno del otro, cuando nuestra historia estuviera más asentada y no tuviéramos tantas cosas pendientes que resolver. Porque quería hacerlo bien,

sin prisas y sin miedos, como merecía ella… y como, en el fondo, también me lo merecía yo.

—Para eso falta mucho —le contestó Seren al abuelo—, y tú deja de intimidarlo con la mirada —le dijo a la abuela.

—Lo miro como miro a todo el mundo —le contestó—. No te preocupes, que por ahora no me como a nadie —me dijo.

Madre mía, con todo el cuerpo que tenía y esta mujer me hacía sentir pequeño a su lado. No me quería ni imaginar la vida que había vivido su marido junto a ella.

Menos mal que llegamos al jardín, donde ya estaban todos sentados alrededor de una mesa bastante grande.

—La manera en la que me mira tu abuela me los ha puesto por corbata —le dije en un susurro. Ella no tuvo otra cosa que hacer que empezar a reír a carcajadas.

—¿A qué se deben esas risas? —le preguntó su padre, llegando a nuestro lado.

Le entregó a su hija una cerveza y a mí otra.

—La abuela ha hecho de las suyas con Kalen, me lo ha asustado por completo. —Logan empezó a reír de igual manera.

—No te preocupes, conmigo también lo hizo, y con mi cuñada Nieves igual. Es su manera de dejar claro que protege a los suyos —a sus hijos y a sus nietas— por encima de todo.

—Desde luego que los protege bien; otro habría huido nada más ver su mirada —le contesté.

—Mi suegra es de las que ladran mucho, pero después no es capaz ni de enseñar los dientes. —Me hizo sonreír.

—Pues a mí me ha enseñado los dientes demasiado bien. —Vamos, porque si eso no era enseñarlos, no sé qué sería.

Al mirar a mis padres, me sentí feliz. Hacía mucho tiempo que no los veía disfrutar con otras personas como lo estaban haciendo ahora mismo.

Estaban hablando con los tíos de Seren y su madre, y se les veía tan a gusto e integrados que sentí un poco de alivio al verlos de ese modo.

Al mirar al resto, vi a mi familia también en su salsa.

Mi hermano estaba riendo a carcajadas por algo que le había dicho Pedro. Y no solo se estaba riendo él; también lo hacían Ava, que estaba junto a Owen, y Laura con mi amigo.

A la abuela no la veía por ningún sitio en esos momentos; imaginé que habría entrado dentro de la casa por algo.

Aproveché el momento en el que Seren se sentó con mis padres y su madre para quedarme junto a Logan. Quería hablar con él y aquel me parecía tan buen momento como cualquier otro.

—Te escucho. —Joder, aquí parece que todo el mundo lee mis pensamientos—. No me mires así, no hay que ser muy listo para darse cuenta de que quieres decirme algo.

—Bueno, supongo que no vale de nada dar rodeos —negó con la cabeza —. Sabes que estoy enamorado de tu hija y que quiero que se quede allí conmigo.

—No lo sabía porque nadie me lo había dicho, pero lo intuía —me contestó.

—Quiero a tu hija como nunca he querido a nadie —le confesé, y no me dio vergüenza admitirlo—, y sé que ella me quiere a mí con la misma intensidad. —Lo miré directamente a los ojos, quería que se diera cuenta de que estaba hablando con la verdad—. Pero hay algo que puede hacer que Seren no se quede allí, y es el miedo a que sus padres no la vayan a visitar por

no querer pisar nuestro país. —Sabía que me había entendido en ese instante —. Para ella lo sois todo y por nada en el mundo querría haceros daño.

—Nunca nos haría daño —me dijo serio—. Creo que es algo que tendré que hablar con ella detenidamente, hacerle entender que no me hace daño que se quede allí, ni mucho menos ir a visitarla. No tengo ningún problema en viajar allí.

—Entonces, ¿por qué no has ido nunca? —le pregunté.

—Antes no tenía nada allí. ¿Un padre que me rechazó por enamorarme? En el momento en el que me echó de su casa y de su vida, para mí dejó de ser alguien. —Lo entendía, yo habría hecho lo mismo—. Pero ahora tengo a mi hija, que es lo que más quiero en la vida, junto a mi mujer, y si hace falta ir al fin del mundo con tal de verla, allí iré encantado.

—¿Serías capaz de ir a la que fue tu casa? —Se quedó callado unos segundos, pensando la respuesta—. A tu hija le encanta esa casa, le gusta donde está, es feliz allí y, aunque le guste, sé que estaría dispuesta a venderla si eso te hiciera más feliz. —Ya que estábamos hablando, lo mínimo era que supiera cómo se sentía su hija con respecto a todo esto.

—Nada me gustaría más que volver a pisar esa casa. Sé que puede sonar raro, porque era allí donde vivía mi padre, pero también es donde me crie junto a mi madre y donde tengo los recuerdos más bonitos de mi infancia junto a ella. —Tanto Seren como yo nunca lo habíamos pensado por ese lado; siempre pensamos que le traería malos recuerdos y nunca nos detuvimos en esos buenos años que vivió junto a su madre.

»No me gustaría que esa casa se vendiera, me gustaría que mis nietos se criaran allí y que tuvieran la niñez que yo tuve. —Con esa confesión sentí cómo se me quitaba un gran peso de encima.

Porque ahora sí que no había nada que le impidiera a Seren quedarse allí junto a mí.

—Muchas gracias, Logan —le dije de corazón.

—Solo te voy a pedir que no le hagas daño. —Sentí cómo el pecho se me oprimía por el miedo que me entró—. Sé que ella puede tener mucho genio,

eso es algo que ya sabes, pero también tiene un corazón muy grande que nunca se lo ha querido entregar a nadie, y si lo ha hecho contigo es porque te quiere de verdad. No se lo dañes, por favor.

Antes muerto que hacerle daño intencionadamente, aunque sabía que, quisiera o no, se lo iba a hacer cuando le contara todo lo que tenía que decirle.

Solo esperaba que me dejara hablar hasta explicárselo todo.

—Antes de hacerle daño, me corto un brazo —le dije. Sin embargo, por dentro sabía que no era del todo cierto, porque, aunque no había sido mi culpa, ya le había hecho daño sin que ella lo supiera.

Capítulo 30



Seren

¿Se puede ser más feliz de lo que lo era en ese momento? Lo dudaba; dudaba que hubiera alguien más feliz que yo.

Me sentía pletórica, rodeada de todos mis seres queridos.

De vez en cuando dirigía mi mirada a cada uno de los miembros que componían mi familia: la de toda la vida y ahora también la nueva que había conseguido gracias a la herencia de ese hombre.

Sinceramente, para mí era lo único bueno que había hecho por mí el padre de mi padre: darme la oportunidad de ir allí por algo que no quería, pero haciendo que, por el camino, me encontrara con el amor de mi vida.

Porque estaba segura de que Kalen era el amor de mi vida. Sin él a mi lado, sabía que nada volvería a ser igual, que nada tendría sentido, porque se había convertido en mi todo.

También estaba muy agradecida por haber encontrado a mi nueva familia, porque la de Kalen se había convertido también en la mía, y sabía que todos ellos me veían de igual manera. Me lo demostraban continuamente con sus palabras llenas de cariño, con sus actos y con sus miradas.

Para mí se habían convertido en personas totalmente necesarias en mi vida.

Ese día iba a ser nuestro último día allí antes de regresar a Edimburgo y, para despedirnos de todos, esta vez decidimos irnos a comer a un chiringuito.

En mi familia teníamos la costumbre de ir mínimo una vez cada dos fines de semana y, aunque el verano estaba llegando a su fin, aquí, en mi tierra, se alargaba un poco más gracias al buen tiempo que teníamos.

Durante esos días les habíamos mostrado gran parte de la ciudad que me vio nacer y crecer. Quería que conocieran todo lo posible el lugar donde viví toda mi vida, que se empaparan bien de ese rincón del mundo.

Laura y yo llevamos a los más jóvenes por las noches a salas de fiesta, mientras que mis suegros se quedaban con mis padres y mis tíos. A mis abuelos no les gustaba ir por la noche a ningún sitio, por lo que preferían quedarse en casa.

Ava se quedó enamorada de todo aquello; tanto fue así que dijo que, si en algún momento, por algún motivo, tenía que mudarse, el primer lugar al que lo haría sería este.

Mi cuñado opinaba como ella, y mira que él ya había estado antes en España y en otros países, pero dijo que como se había sentido aquí no lo había hecho en ningún otro lugar.

En cuanto a esos días con Kalen, habían sido inolvidables, solo que había un «pero», y uno bien grande, porque sabía que le pasaba algo. Por mucho que quisiera disimularlo, no lo hacía; no conmigo, que lo conocía más de lo que él pensaba.

Sabía que algo lo tenía atormentado, bueno, eso por decir algo, pero sí que había algo que le importaba, y mucho.

Muchas veces lo miraba sin que se diera cuenta y lo veía perdido en sus pensamientos, con la mirada fija en algún punto, pero sin llegar a ver nada.

En otras ocasiones era su manera de mirarme, como si lo hiciera por última vez, y eso sí que me daba miedo, porque algo me decía que iba a pasar algo malo entre nosotros, y perderlo sería devastador para mí.

Sé que por amor no muere nadie, pero sí que te destruye como persona. Sé que te puede dejar tan vacío por dentro que te sientes como un cascarón que solo muestra la capa exterior a ojos de otras personas, pero que por dentro no tiene vida.

Y yo no quería pasar por todo aquello, por eso me daba miedo ver cómo se comportaba últimamente.

Sabía que tenía que coger el toro por los cuernos y enfrentarme a él para que me contara qué era lo que lo tenía así, y también sabía que, si no lo hacía, era por el miedo que me lo impedía.

Me hacía preguntas constantemente, porque a lo mejor pensaba que pasaba algo malo conmigo, pero ¿y si le pasaba otra cosa y no quería decírmelo por no preocuparme?

Eran tantas las dudas que me rondaban por la cabeza que me estaban empujando a un estado de nerviosismo constante, de esos que se te instalan en la boca del estómago y no te sueltan. Una presión sorda, insistente, que hacía que, la mayoría de las veces terminara devolviendo lo poco que había conseguido comer, como si mi propio cuerpo no supiera qué hacer con todo aquello que mi mente no era capaz de ordenar.

Aun así, me aguantaba todo lo que podía para que nadie me viera en ese estado. Tragué saliva más de una vez, respiré hondo otras tantas e intenté disimularlo todo lo mejor posible. Y lo estaba consiguiendo, al menos a ojos de todos… de todos menos de una persona que, en ese momento, tenía los ojos clavados en mí.

Era como si, con su mirada, me estuviera escaneando por dentro y por fuera, atravesándome la piel y llegando hasta donde yo misma no quería mirar. Y mira que nunca me había sentido incómoda bajo su mirada, al contrario, pero esa vez consiguió que hasta me removiera en la silla, inquieta, incapaz de quedarme quieta.

La miré y moví ligeramente la cabeza hacia un lado, lo justo para que entendiera lo que le quería decir: que dejara de mirarme así.

Pero mi abuela lo hizo mucho peor. Me devolvió la mirada con los ojos entrecerrados y una media sonrisa que conocía demasiado bien. Esa mirada decía, sin necesidad de palabras, que no me preocupara, que cuando menos me lo esperara me iba a coger por banda y tendríamos una conversación larga… y probablemente incómoda.

—Qué pena me da que os tengáis que ir tan pronto —dijo mi abuelo después de que el camarero tomara nota—. Nunca me he montado en un avión, pero por visitaros lo voy a hacer.

—Abuelo, que ya no estás para tantos trotes —le dijo Laura, negando con la cabeza.

—Niña, no digas tonterías, ¿o acaso quieres que me muera con ganas de pisar un *pub* escocés? Además, tengo más aguante que todos vosotros juntos.

—Qué aguante ni qué aguante, viejo, si cuando llega la noche caes muerto en el sillón —le contestó mi abuela.

—Pero, mujer, no cuentes nuestra intimidad aquí —le dijo acompañando esas palabras con un guiño de ojo. Lo hizo para hacerla rabiar.

—¿Desde cuándo decir que te duermes es contar la intimidad? —le rebatió ella, y yo ya sabía lo que le iba a contestar él.

—Mujer, también tienes que decir que me quedo dormido después de hacerte gritar lo más grande.

Ay, madre, que mi abuelo no se cortaba ni aunque no estuviéramos solos.

En cuanto esas palabras salieron de su boca, a Owen, que estaba dándole un trago a la cerveza, le salió disparada hasta por la nariz.

—Papá —lo riñó mi madre, mientras toda la mesa se reía a carcajadas.

—¿Qué? Solo he dicho la verdad. La hago gritar todas las noches y, si tengo que decir la verdad, hasta de día también. —Se encogió de hombros sin dejar de reír.

—Abuelo, creo que tu vida peligra —le dije, viendo la mirada de mi abuela.

—Qué va, si en el fondo me quiere, aunque lo niegue —me contestó—. Ella sabe que no miento, porque se tira el día entero gritándome por una cosa o por otra; si hasta lo hace cuando por las noches ronco en el sofá. —Yo sabía que lo decía en ese sentido, pero los demás se lo llevaron al terreno sexual—. ¿O es mentira, amor mío? —le preguntó a mi abuela, pero me guiñó el ojo a mí.

—Pedro, te tienes que venir a visitarnos tanto como puedas —le dijo mi cuñado—. En mi vida me había reído tanto.

—Pues has tenido una vida muy aburrida, porque esto es lo normal en la nuestra —le contestó mi abuela, hasta que por fin centró su mirada en otras personas y no en mí.

Kalen estaba sentado a mi lado, pero apenas interactuaba con nadie. Como dije antes, llevaba tiempo en el que parecía que estaba, pero en realidad no lo estaba.

—¿Hasta cuándo vas a estar así? —le pregunté en voz baja—. No sé lo que te pasa, pero últimamente no eres tú. —Me cogió la mano que tenía apoyada encima de la mesa.

—No me pasa nada, preciosa. —Seguía negando lo que para mí era evidente—. Solo estoy dándole vueltas a posibles negocios.

No lo creí; me daba igual la respuesta, sabía que no era verdad.

—Kalen, si te pasa algo conmigo, quiero que me lo digas. No soporto verte así; estas últimas semanas no pareces el mismo. —No quería que nadie me escuchara, por eso le hablaba apenas en susurros.

—No me pasa nada contigo, estoy bien. —Me acarició la mejilla con los nudillos—. Te quiero más que a nada en esta vida, soy feliz contigo. Tienes que creerme.

Y lo creía, no dudaba de que me quisiera de verdad, pero había algo más, y esa idea no se me quitaba de la cabeza.

—Te creo —le confirmé—. Solo quiero que sepas que estoy a tu lado y que, si te pasa algo, sabes que puedes contar conmigo, porque yo también te quiero más que a mi vida. —Me acerqué a él para darle un suave beso en los labios.

—Todo está bien, no le des vueltas y disfruta del último día que tienes junto a tu familia. —No pude evitar llevar una de mis manos a su rostro y acariciarlo.

—Tienes razón. —Le di otro beso e hice lo que me había pedido.

Disfrutar del último día que me quedaba junto a mi familia antes de regresar.

Esta vez el viaje lo iba a hacer un poco más feliz, por lo menos en la parte que concernía a mi padre.

Desde que, dos días atrás, hablamos de todo lo que me preocupaba con respecto a vivir en la casa en la que se crio y después de dejarme bien claro que era muy feliz de que viviera allí, se me quitó un gran peso de encima.

Sobre todo cuando me dijo que muy pronto irían a verme y pasar unos días allí.

Ahora solo esperaba que lo otro que me angustiaba desapareciera lo antes posible, al ver que Kalen volvía a ser el de siempre.

Capítulo 31



Kalen

Habían pasado dos semanas desde que fuimos a visitar a su familia y mi situación con ella había empeorado, y no era porque Seren no estuviera poniendo de su parte. Ella no era el problema; el problema era mío y de la persona en la que me había metido por mi propia culpa.

¿Cómo había llegado a esto? ¿Cómo había permitido que una persona me manipulara de esa manera? Y lo peor no era eso; lo peor era que le había dado el poder de hacerlo, porque en su momento actué como un auténtico gilipollas al decir unas palabras movido por la ira y la rabia.

Sabía que Seren estaba a punto de llegar al límite y, antes de que eso pasara, prefería decirle lo que me ocurría.

No iba a esperar un día más. Se lo iba a contar esa misma noche, cuando estuviéramos a solas, ya que les había pedido a mis padres que se quedaran en mi otra casa.

Necesitaba estar a solas con ella, sin que hubiera nadie de por medio.

Era media tarde y mis padres todavía no se habían ido. Aproveché para darme una ducha, a ver si con eso lograba despejar un poco la mente.

Seren había quedado con su prima y mi cuñada para tomar un café antes de venir para casa y, como he dicho, mis padres no se habían ido todavía, por lo que me quedaba más tranquilo al no quedarme solo en casa con Maggie.

Estaba terminando de vestirme cuando la puerta de mi habitación se abrió. No miré en un primer momento porque pensé que sería Seren, que había llegado antes de tiempo.

No pensé que otra persona entrara sin llamar antes a la puerta.

—Al final has llegado pronto —dije sin girarme.

—¿Me esperabas? Qué sorpresa. —Al oír esa voz me giré en el acto.

Me encontré a Maggie mirándome fijamente.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, cabreado—. No te quiero cerca de mí ni de Seren.

—Es que me he cansado de verte con ella, cuando siempre deberías haber estado conmigo. —Esa mujer estaba loca, no tenía ninguna duda de ello—. No le has dicho nada de nuestro encuentro y eso no es de ser buen novio —dijo sonriendo con malicia—. Tiene derecho a saber que no la quieres y que solo estás con ella por la herencia.

»Todavía recuerdo cuando me contaste que habías hecho que Calum convenciera al notario para que pusiera esa cláusula para que ella pasara aquí seis meses. —Me tensé, porque eso no era del todo así; lo estaba manipulando a su manera.

—Creo que te estás tomando libertades que no te pertenecen —le dije, furioso—, y sabes que eso no es del todo así.

—¿Me vas a decir que es mentira que amañaste todo para que ella pasara aquí seis meses? —Eso no lo podía negar, porque al principio sí fue así, pero después todo cambió—. Y lo hiciste para que no os pusieran de aprovechados, porque si ella renunciaba desde el principio, todos pensarían que habías manipulado al viejo y no podías permitir que tus trabajadores tuvieran ese concepto de ti.

»Escuché cómo se lo contabas todo a tus padres y a tu hermano. Puede que a mí me taches de ser una aprovechada porque estoy cansada de limpiar mierda, pero no lo soy menos que vosotros.

—Cállate de una vez. Lo hice para tenerla cerca, pero no por el motivo que piensas —dije, apretando las manos en dos puños.

—¿Y por eso me dejaste meterme en tu cama la noche que salió con su amiga y su prima? —De verdad que no entendía la locura que tenía; hasta ella misma se creía sus propias mentiras.

—¿Cómo puedes ser tan hija de puta? No te eché de aquí por miedo a que Seren no me creyera cuando me amenazaste con decirle esa mentira, pero me da igual lo que hagas, porque me da igual que lo digas. —Di un paso en su dirección—. Te quiero fuera de esta casa ahora mismo.

—Cómo voy a disfrutar cuando le cuente a esa estúpida que me metí en vuestra cama.

—De la que te eché antes de que llegaras a tocarme. —Sentía cómo la sangre me hervía.

—Sí, pero eso ella no lo sabe y, aunque no confíe en mí, crearé tantas dudas sobre tu palabra que no te creerá. Si no estás conmigo, no estarás con nadie, y menos con esa zorra que no te merece.

Miré hacia la puerta al escuchar un ruido.

Al verla con lágrimas en los ojos, cerré los míos con fuerza, porque en ese instante me di cuenta de que la había perdido. Por su expresión supe que lo había estado escuchando todo.

Daba igual que se hubiera enterado de que no la había engañado con Maggie, porque eso también lo había oído, igual que había oído el motivo por el que vino a vivir aquí. Aunque no fuera real el motivo por el que lo hizo, estaba seguro de que no me lo iba a creer.

Y la culpa no era de nadie más que mía. Porque era cierto que ese fue el motivo que les di a mis padres, al menos el primer día que hablé con ellos. Pero también lo era que, al día siguiente, cuando volví a sacar el tema, les reconocí la verdad: lo hice porque ella me había gustado tanto que no podía permitir que se marchara sin más, sin volver a verla.

Porque lo único que quería era conocerla mejor y que ella me conociera a mí. Porque lo que sentí por Seren aquella primera noche en el *pub*, lo que consiguió despertar en mí, no lo había logrado nadie en toda mi vida.

Y cuando al día siguiente la vi de nuevo, supe que no podía dejar que se fuera así como así. Por eso, cuando salí a buscarla fuera del despacho del notario, llamé a Calum y le pedí que hiciera lo que fuera necesario para que ella no pudiera marcharse.

¿Tenía que haberle dicho la verdad cuando empezamos la relación, después de habernos estado matando durante esas semanas? Sí, sin duda. Tenía que habérselo contado todo desde el principio.

No lo hice por cobardía, por miedo a que no entendiera mis razones, por miedo a perder lo que habíamos empezado a construir y que me hacía sentir vivo de verdad después de muchos años. Quizá nunca me había sentido como me sentía a su lado, al menos no en esta etapa de mi vida.

—Vaya, al final no va a hacer falta que le diga nada, ella misma lo ha escuchado todo —dijo Maggie, riendo—. ¿Te has dado cuenta de que solo ha estado jugando contigo?

Fui hacia ella, la cogí del brazo y tiré de ella para echarla de la habitación.

—Te quiero fuera de esta casa en menos de una hora —le dije, conteniendo toda la rabia que llevaba dentro. No quería cometer una locura.

—Me voy encantada, ahora que sé que nunca vais a ser felices. Si yo no he podido tenerte como quería, me queda la alegría de que tú tampoco la tendrás a ella.

Seren no había abierto la boca, y eso era raro en ella, sobre todo sabiendo el temperamento y el genio que tenía. Eso solo podía significar lo dolida que estaba.

No era para menos, porque si me ponía en su lugar, yo estaría igual o peor.

—¿Quién te ha dicho que has ganado? —le preguntó con chulería. Y ahí estaba la Seren que conocí el primer día—. ¿Quién te ha dicho que no voy a

seguir con él?

Con esa pregunta, la esperanza que había perdido renació en mi pecho.

—He oído cómo te metiste en nuestra cama, pero nada de eso te funcionó porque te echó de ella.

—Pero él te engañó con la herencia. —Ahora no se la veía tan valiente ni tan sonriente.

—¿Y? A fin de cuentas, si me quedo con él, me sigo quedando con la herencia; salgo ganando, se mire por donde se mire.

Con esas palabras me di cuenta de que no pensaba volver conmigo. A ella nunca le había importado la herencia y, si lo decía ahora, era solo para hacerle ver a Maggie que no había ganado, al menos a sus ojos, aunque después se marchara.

—Sabía que eras una zorra sin escrúpulos, pero no hasta este punto —le dijo Maggie, intentando hacerle más daño.

—Puede que tengas razón. Lo único que me diferencia de ti es que yo soy una zorra con dinero que limpia su mierda y tú eres la zorra que la tiene que limpiar. —Con esas palabras la destruyó por completo.

Pude ver la rabia en los ojos de Maggie. Si por ella hubiera sido, se habría lanzado sobre Seren para hacerle daño. No lo iba a permitir.

—Vete o llamo a la policía. No te lo digo más —le advertí por última vez.

Se fue sin decir nada más. Se dio cuenta de que no tenía nada que hacer. No había conseguido lo que creía, al menos no de la manera que esperaba, aunque yo sí sabía que, de algún modo, lo había logrado.

Cuando me quedé a solas con Seren, no sabía ni por dónde empezar a hablar. Me sentía fatal con todo aquello, sobre todo porque, ahora que estábamos solos, la veía desmoronarse poco a poco delante de mí.

Capítulo 32



Seren

Aguanté como una campeona hasta que Maggie se fue. Me costó la misma vida, pero lo conseguí, porque no iba a permitir que esa bruja me viera rota.

—Seren, deja que me explique antes de que saques tus propias conclusiones —me dijo, dando un paso para acercarse a mí.

—¿Cuáles son esas conclusiones? ¿Es mentira lo de la herencia? —No decía nada, lo vi apretar los dientes, no sé si era por rabia o por contenerse—. ¿Por qué? Te la di, era para ti. ¿Por qué hacer que viniera aquí y hacer que me enamorara de ti para después destruirme? —Cada segundo me costaba más controlar las ganas de llorar que tenía; sabía que en cualquier momento me iba a romper por completo.

»No entiendo qué hice tan malo para que me quisieras hacer este daño. —Sentí cómo las primeras lágrimas empezaban a derramarse.

—Te juro que no fue así. Es verdad que fue eso lo que les dije a mis padres y a Owen cuando hablé con ellos, pero no era por la herencia, solo quería que pasaras tiempo a mi lado, quería y necesitaba conocerte mejor.

—Podías haberlo hecho sin necesidad de mentir, por eso no te creo —le dije mirándolo a los ojos—. Si querías conocerme mejor, ¿por qué desde el primer momento me trataste con indiferencia y tanta arrogancia? —No lo creía.

—No sabía cómo comportarme ante la sensación que sentí cuando te tuve la primera vez, solo quería tener más de ti. En ese momento todavía no sabía que me había enamorado de ti. —Estaba nervioso, lo notaba en su forma de hablar y de moverse.

—Tú no sabes lo que es el amor. Dices que me quieres y con todo esto has demostrado que no me has querido nunca —dije casi gritando por el dolor que sentía en el pecho—. Solo te has reído de mí y lo peor de todo es que lo has hecho para sentirte más poderoso al jugar con mis sentimientos. —Intentó tocarme, pero no se lo permití.

»Ojalá no te hubiera dado nunca la oportunidad de confiar en ti, de pensar que eras otro tipo de hombre, de creer que de verdad me podrías querer, y ojalá no te hubiera conocido en mi puta vida.

—No digas eso, por favor. Eres lo que más quiero en la vida. —Sentí cómo el corazón se me estrujaba al escuchar esas palabras, porque quería que fueran ciertas, pero sabía que eran mentira—. Tienes que creerme, te juro que es verdad todo lo que te estoy diciendo. Nena, te quiero.

—No creo nada de lo que me digas. Lo único que quiero es desaparecer de tu vida y no verte nunca más. —Fui hacia el vestidor; iba a coger lo primero que pillara de ropa. No pensaba quedarme allí ni un minuto más.

—Seren, tienes que entenderme. Lo hice por estar cerca de ti. Sé que no fue lo más acertado y que te lo tenía que haber contado antes, pero no supe cómo hacerlo, precisamente por esto, por miedo a que no me creyeras. —Se paseaba por toda la habitación con las manos en el pelo.

»No puedes hacernos esto. Nos iba bien, estábamos pensando en un futuro juntos, queríamos formar una familia, construir algo los dos. Por favor, no lo tires todo a la basura —me estaba rogando; parecía que lo estaba pasando mal.

A esas alturas no sabía qué creer. Necesitaba espacio, pensar con claridad, intentar poner todo en orden, porque tenerlo delante de mí me estaba matando.

Me estaba muriendo de pena y de dolor, dolor por lo que podía haber sido y no sería. Todo por una mentira.

—A la basura lo tiraste tú cuando decidiste reírte de mí y jugar conmigo. —No podía dejar de llorar y eso me daba aún más rabia.

No quería que él ni nadie me viera en ese estado, no quería que me viera destruida y rota.

—Joder, no te puedes ir. Desde que estamos juntos hemos sido felices, solo te he omitido una cosa. —No iba a reconocer en la vida que lo que había dicho Maggie era cierto, que todo lo había hecho para que las personas no pensaran que era un manipulador que había conseguido que mi abuelo se lo diera todo a él en vez de a su propio hijo.

—No hace falta que sigas con esta mentira. Sé que lo has hecho todo para quedar bien ante los ojos de todos. —Cogí unas cuantas prendas—. Lo que más me duele es que tus padres entraran en tu juego. No pensaba que ellos fueran como tú.

—Te estoy diciendo que lo que ha dicho esa mujer es verdad, que se lo dije a mis padres, pero no creyeron que ese fuera el motivo para hacer que te quedaras. No quise admitir por qué lo estaba haciendo porque ni yo mismo me lo quería reconocer. —Vino hacia mí quitándome las cosas de las manos—. Tienes que creerme, al día siguiente volví y les confesé el verdadero motivo por el que lo hacía.

—Eso dices ahora para no quedar como el malo. Eres un manipulador. —Sentía una angustia tan grande que me costaba respirar—. No me puedo creer lo tonta que he sido. Está claro que lo que empieza mal acaba mal.

Dios mío, ¿qué iba a hacer con todo este dolor? ¿Cómo iba a poder salir adelante? Si no fuera por el dolor que me estaba traspasando el pecho, sentiría que estaba completamente vacía por dentro.

—¿De verdad piensas que soy un manipulador, cuando todo lo que he hecho ha sido porque quería tenerte junto a mí? —Me miró con una intensidad que me hizo temblar—. Si piensas eso es porque, después de todo, no te has molestado en conocerme.

»Puede que al principio no lo hiciera bien porque no sabía cómo afrontar lo que sentía por ti, pero tú tampoco lo hiciste bien. Tú tampoco me trataste

bien y aun así te he demostrado día a día que te quiero por encima de todo —negué con la cabeza.

»Pero, por lo que veo, nada de lo que te diga tiene sentido. Te has encerrado en tu mundo y no ves más allá. Tal vez sea lo mejor. Después de todo, cuando lo das todo por tu pareja y ella no es capaz de escuchar, es porque no te quiere de verdad.

—No quieras dejarme ahora como la mala a mí.

—No se trata de malos ni de buenos, se trata de entender, se trata de perdonar un error que cometí, pero lo hice porque ya te quería incluso antes de saberlo. Si no eres capaz de comprender eso, es porque no sientes por mí lo mismo que yo por ti. —Empezó a caminar hacia la puerta.

»No tienes que irte de aquí, esta es tu casa, la casa que siempre te ha pertenecido. No te preocupes, Calum se pondrá en contacto contigo para que firmes la herencia y hagas con ella lo que quieras. —Se iba; después de todo, el que se marchaba era él.

»Que te vaya todo bien. No voy a suplicar. Te quiero, pero no voy a rogarle a alguien que no siente lo mismo por mí.

Sin más, salió de la habitación, dejándome un vacío tan grande que sabía que iba a ser imposible de llenar si no estaba con él.

¿Qué iba a hacer con mi vida ahora? ¿Cómo iba a salir adelante sin él? Lo quería más que a nada, pero no podía permitir que se riera de mí y que siempre hiciera lo que le diera la gana.

Me había mentido, se había reído de mí, había hecho que me enamorara de él.

En el fondo lo había intuido esas semanas atrás: su cambio, sus ausencias, aunque estuviera presente, su mente no lo estaba.

Tuvo la oportunidad de contarme todo lo que pasaba, pudo decirme lo que había hecho. No lo hizo y, si no llego a oírle hablar con esa hija de puta, todavía seguiría sin saber nada.

Me sentía traicionada. Puede que no me hubiera engañado con ella, pero sí lo había hecho de otra forma y lo peor de todo era que las personas que

pensaba que me tenían cariño estaban al corriente de todo y no me dijeron nada.

Le siguieron el juego, pero ¿de qué me podía extrañar? Al fin y al cabo, eran su familia y no la mía.

No era tonta y sabía que, si tenían que apoyar a alguien, sería a él, pero eso no hacía que doliera menos.

Los quería a todos, a pesar de saber que me lo habían ocultado. Todos ellos también se rieron de mí.

Kalen había dicho que esta casa era mía, pero yo no la sentía así si él no estaba aquí conmigo y, como ya no lo estaría más, lo mejor que podía hacer era irme y no volver nunca.

Con una bolsa de viaje colgada del hombro, eché un último vistazo a la habitación que había sido testigo de todo lo que había vivido junto a Kalen, donde pensaba que nos confesábamos palabras bonitas cargadas de amor, en la que me entregué a él por completo, en la que le abrí el corazón dejando que entrara y se quedara grabado a fuego para siempre.

Por mucho que me fuera y no volviera nunca más, sabía que siempre lo iba a tener presente.

Porque estaba segura de que, de la manera en la que lo amaba, solo se podía amar una vez y mi corazón y mi alma se los había entregado a él para toda la vida.

Bajé las escaleras sin saber los pasos que iba dando; las lágrimas no me dejaban ver nada más allá de simples borrones. Ante mí solo había manchas sin movimiento.

Recuerdos de las risas y conversaciones que viví allí durante el tiempo que pensé que era feliz. Sí, feliz dentro de una mentira, pero feliz al fin y al cabo.

Y ahora no iba a tener nada de eso.

No sabía dónde iba a ir. Lo que tenía claro era que no iba a ser ni a casa de mi prima ni a la de Ava, porque allí estaban los otros dos que me habían traicionado. Porque estaba segura de que Lewis estaba al corriente de todo y Owen… bueno, en su caso no es que estuviera segura, es que lo sabía.

—No te vas a quedar con él. —Giré la cabeza hacia la izquierda, de donde salió la voz de Maggie.

—Tanto Kalen como yo te dijimos que te fueras de esta casa inmediatamente. ¿Qué haces aquí todavía? —Me limpié las lágrimas con las manos.

—No me iba a ir y dejar que ganaras, porque, como dije antes, si yo no lo tengo, tú tampoco lo vas a tener.

No me esperaba para nada lo que hizo después. No la vi venir hasta que fue demasiado tarde y la tuve encima de mí.

Intenté apartarme antes de que llegara, pero ella fue más rápida.

Me empujó tan fuerte que caí contra los escalones de las escaleras que acababa de bajar.

Sentí un fuerte golpe en la parte de atrás de la cabeza y en la espalda. Ese golpe me dejó sin aire, pero lo que me cortó la respiración por completo fue el dolor punzante que sentí en el centro del vientre.

Me llevé las manos a esa zona y sentí que tenía algo sobresaliendo del cuerpo. No era capaz ni de gritar, me quedé en *shock*.

Con el paso de los segundos, ese dolor se fue haciendo cada vez más grande, tanto que no podía respirar.

De fondo solo podía oír cómo Maggie reía al verme tirada en el suelo.

—Ahora sí me voy feliz.

No sé si se fue en ese momento o tardó en hacerlo.

Solo era consciente del dolor que me atravesaba, de ver mis manos cubiertas de sangre y de saber que jamás volvería a ver a ninguno de los míos.

Sentí cómo se me derramaban unas lágrimas al pensar que nunca tendría nada de lo que había soñado. Nunca sabría lo que era crear mi propia familia.

El último pensamiento, antes de perder la conciencia, fue que me iba de allí y en lo mal que habíamos terminado Kalen y yo.

Deseé con todo mi corazón verlo por última vez y después dejé de pensar.

Todo se volvió negro.

Capítulo 33



Kalen

Salí de casa sin saber adónde ir; lo único que tenía claro era que no podía estar allí y ver cómo se iba, porque hacerlo sería enfrentarme a la realidad de que la había perdido para siempre. Y aunque le di a entender que se fuera, que no iba a luchar, que le deseaba todo lo mejor del mundo…

Eso no era lo que iba a hacer. No podía vivir sin ella, lo era todo para mí; si no la tenía conmigo, la vida dejaba de tener sentido.

Iba a luchar por ella, aunque me costara la misma vida conseguir que me perdonara, pero iba a lograr tenerla de vuelta. Aunque tuviera que irme a vivir a España con ella, me daba igual todo menos Seren.

Conduje sin rumbo fijo; solo quería darle tiempo para que se fuera. Sé que mis palabras pueden sonar contradictorias, pero no lo eran.

Ella necesitaba pensar alejada de mí. De nada valía que insistiera en hablar con ella en ese momento, porque no me iba a escuchar.

Seren en aquel momento no iba a entrar en razón, y mucho menos a entenderme. Así que era lo mejor que podía hacer.

Eso pensé antes de que mi madre me llamara por teléfono, histérica.

—Dime —contesté a desgana.

—Es Seren. —Se escuchaba cómo lloraba, desgarrada—. Tiene… —Un sollozo le cortó lo que iba a decir.

—Mamá, no te entiendo bien. ¿Qué es lo que pasa? —Puse rumbo a casa; no estaba muy lejos, así que no iba a tardar en llegar.

—Hijo… —Más sollozos; escuché cómo mi padre gritaba pidiendo una ambulancia—. Hay mucha sangre…

Seguía sin entender qué había pasado, pero me entró un miedo terrible al oír lo de la sangre y la ambulancia.

—Estoy llegando, por favor dime qué ha pasado —le supliqué, lleno de angustia.

—Maggie ha apuñalado a Seren, no reacciona…

—No, no, eso no puede ser cierto, dime que es mentira. —Aceleré el coche todo lo que pude—. Contéstame, joder. —Le di un manotazo al volante.

—No te miento. La encontramos justo cuando Maggie empezaba a huir; ha sido tu padre quien la ha retenido y Seren está tirada a los pies de las escaleras, con un cuchillo clavado en la barriga —me lo dijo todo entre hipidos de llanto.

Estaba llegando a la verja de la entrada. No esperé a que terminara de abrirse; pasé con el coche llevándome parte de ella. Me daba igual.

No recuerdo si paré el coche o si salió mi padre a hacerlo. Solo recuerdo correr hacia la entrada de casa llamando a Seren con gritos que me desgarraban el alma.

Al entrar y verla allí tirada, con toda esa sangre rodeando su cuerpo, caí de rodillas delante de ella.

Por mucho que la llamara, no abría los ojos. No me atrevía a cogerla en brazos y acunarla contra mi pecho por miedo a hacerle más daño.

—Nena, por favor, no me puedes hacer esto. Te necesito en mi vida —mis sollozos eran los de un hombre que estaba viendo al amor de su vida apagarse

poco a poco—. Nena, por favor, perdóname por dejarte sola. No tenía que haberme ido. Por favor, vuelve. Necesito que te quedes, aunque no te pueda tener. —Miré a mi padre.

»¿Dónde está la puta ambulancia y la policía? —le pregunté al ver que Seren no paraba de perder sangre y que su pecho cada vez se movía más lento y con mayor dificultad.

—Vienen ya —dijo llorando.

Mi madre estaba a mi lado, en el suelo, y no paraba de pasarle las manos por la cara y la cabeza a Seren, como si con ese gesto pudiera quitarle todo el sufrimiento.

Por lo que me dijeron, tenían a Maggie encerrada en el baño del pasillo que conducía al despacho. Ese baño no tenía ventana, así que no tenía por dónde escapar.

Si no me hubiera ido, habría podido evitar que la apuñalara. Era lo que repetía una y otra vez en mi mente.

Se empezaron a oír las sirenas cerca y era lo único que me importaba en ese momento: que llegaran los médicos y que salvaran la vida de Seren.

En cuanto entraron los sanitarios, se hicieron cargo de ella. Las horas siguientes las recuerdo como una pesadilla. Sabía que estaba pasando, era consciente de todo, pero al mismo tiempo casi no me daba cuenta de nada.

En los momentos en los que tenía la mente un poco más despejada, me daba cuenta de dónde me encontraba y de las personas que tenía alrededor.

No sé ni cómo llegué al hospital, ni quién avisó a Laura de lo ocurrido, ni cuánto tiempo llevaba allí junto a Lewis, que no paraba de consolarla.

En otros asientos estaban Ava y mi madre, sentadas y sin dejar de llorar. Mi hermano estaba un poco más alejado, hablando con mi padre, y yo tenía la mirada fija en la puerta por la que tenían que salir los médicos.

—La familia de Seren viene de camino. Como no había vuelos ahora mismo, he alquilado uno privado —me dijo mi hermano. No me había dado

cuenta de que había dejado de hablar con mi padre y se había acercado a mí—. ¿Qué ha pasado, Kalen? —me preguntó serio.

—Sé lo mismo que tú. Mamá me llamó para decirme cómo se había encontrado a Seren —le respondí casi sin voz.

—No te he preguntado eso. Te he preguntado qué ha pasado para que ella estuviera sola y qué ha llevado a que Maggie hiciera algo así. —Me miró casi sin parpadear; en su mirada se mezclaban distintos sentimientos y mucho dolor.

—Maggie entró en mi habitación mientras me estaba vistiendo… —le conté todo hasta el momento en que salí de casa y la dejé allí.

No sabía que esa hija de puta seguía en casa. Y también tengo que admitir que, aunque lo hubiera sabido, jamás se me habría pasado por la cabeza que fuera capaz de hacer algo así.

De lo contrario, habría estado fuera desde hacía mucho tiempo. La locura de esa mujer no tenía límites; más que locura, eran celos enfermizos provocados por una fantasía creada en su mente enferma.

Si hubiera sido yo quien se la encontrara, ahora mismo no estaría allí. Estoy seguro de que la habría matado sin que me temblara el pulso.

—Joder, esto es una puta pesadilla. No me quiero ni imaginar cuando entre su familia por esas puertas —dijo Owen.

Sinceramente, en ese momento no pensaba en eso. Solo pensaba en que tenía que salvarse como fuera.

No sé si existía Dios o algo parecido, pero le estaba rezando a todos los dioses posibles. No podía pasarle nada. Esto tenía que ser una pesadilla y, cuando despertara, estaríamos en nuestra cama, abrazados, después de hacer el amor.

Las horas pasaban y nadie salía por la puerta para informarnos. La desesperación aumentaba y yo cada vez me sentía más intranquilo.

—¿Dónde está? —preguntó su madre al llegar corriendo hasta donde estaba sentado—. ¿Qué ha pasado? —Logan no dejaba de llorar, abrazado a su mujer, y yo no tenía fuerzas para levantar la mirada y enfrentarme a ellos.

¿Qué podía decirles? ¿Que era el culpable de que su hija estuviera entre la vida y la muerte?

—Contesta a mi hija, Kalen —dijo Soledad.

Aguantaba mejor el tipo; no sabía si por los años, que le habían dado templanza, o porque simplemente tenía más fortaleza que nadie.

Cuando levanté la mirada y vi todos esos rostros esperando una respuesta, no pude más y me derrumbé entre sollozos que me desgarraban por dentro.

Se lo conté todo. No dejé nada atrás. Me culpé de todo, me hice responsable, porque así lo sentía.

Todo era culpa mía. Fui yo quien le mintió para que se quedara y poder conocerla mejor; fui yo quien, cuando entró Maggie a trabajar, me lie con ella, aunque después no volviera a tener nada; fui yo quien no trató a Seren como se merecía desde el principio.

Me fui de casa y la dejé sola en vez de insistir en que me perdonara. Debí decirle muchas más veces cuánto la amaba; debí rogarle de rodillas si hacía falta.

Porque cuando se ama de verdad no hay orgullo ni rencor; cuando se ama de verdad, nada importa más que esa persona. Y yo estaba a punto de perder a la única mujer que había amado en mi vida.

—Tú no tienes la culpa de nada, salvo de haberte enamorado desde el mismo momento en el que viste a mi nieta —dijo Soledad, la persona de la que menos lo esperaba, ofreciéndome consuelo—. No estuvo bien mentir para que se quedara, pero a veces no razonamos cuando algo que queremos de verdad se nos escapa entre los dedos.

Con esas palabras me eché a llorar como un niño.

No recordaba haber llorado nunca con tanto dolor.

—Todo ha sido culpa mía, Soledad.

—Niño, no digas tonterías. Aquí la única culpable ha sido esa mujer.

No dijimos nada más porque en ese momento salió un médico. Nos reunimos todos a su alrededor, esperando impacientes noticias.

La imagen de las dos familias juntas, apoyándose unas a otras, nunca se me borrará de la cabeza.

—Ha sido una operación complicada. —Nos miró antes de continuar—. Había perdido mucha sangre antes de llegar aquí. Sufrió una parada cardiorrespiratoria en el quirófano. —Sentí que el corazón se me paraba hasta que siguió hablando—. Pudimos reanimarla y retomar la operación.

»La puñalada le perforó el estómago, pero gracias a Dios no dañó ningún otro órgano. Ahora está sedada y, con la transfusión de sangre, no creo que surjan más complicaciones. Está delicada, pero no creemos que su vida corra peligro, aunque en estos casos siempre pueden surgir imprevistos.

Dejé de escuchar. No porque no me importara, sino porque mi mente se quedó anclada en una sola frase: no creían que su vida corriera peligro.

En ese mismo instante me prometí que haría todo lo que estuviera en mis manos para hacerla la mujer más feliz del mundo durante el resto de mi vida.

Capítulo 34



Seren

No sé el tiempo que me tiré escuchando ese pitido constante que no me dejaba dormir como yo quería. Solo sabía que me pesaban los párpados y me encontraba muy cansada, pero a la misma vez había algo que me estaba empujando a querer abrir los ojos.

En ese momento me encontraba como en una especie de duermevela, no sé si me entendéis; era como si estuviera dormida, pero a la vez podía sentirlo todo a mi alrededor.

Sobre todo escuchaba esa voz con la que tanto había hablado los últimos meses, esa voz que me susurraba al oído palabras de amor, de planes de futuro o de obscenidades en los momentos en los que nos volvíamos locos entre las sábanas.

Mientras me hablaba, sentí cómo cogía mis manos y entrelazaba sus dedos con los míos. Necesitaba abrir los ojos y verlo; con sentirlo a mi lado no tenía suficiente.

Quería ver esos ojos, ese rostro, ver al hombre del que estaba enamorada.

Dicen que cuando has pasado por un trauma, la mente es sabia y te hace olvidar esos momentos. A mí no me pasó nada de eso; en el momento en el que la mente se me despejó un poco más, lo recordé todo.

Desde que lo escuché hablar con esa mujer, hasta cuando ella me empujó para después terminar apuñalándome.

Sí que es verdad que tenía un vacío en la mente desde ese momento hasta este; no recordaba qué había pasado después, ni cuánto tiempo había transcurrido hasta llegar aquí.

—Vamos, preciosa, abre esos bonitos ojos. —Sentí un beso en el dorso de la mano—. Aquí hay muchas personas que están deseando verte. —Me dio otro beso, esta vez en la frente.

Creo que me volví a quedar dormida otra vez, porque dejé de oírle y no quería dejar de hacerlo. Su voz me tranquilizaba, las palabras que me decía me daban esperanzas de que todavía podíamos tener una relación.

No sé qué es lo que nos pasa a las personas cuando estamos a punto de perder la vida o de verla peligrar; de pronto todo se recoloca y empezamos a ver las cosas de una forma completamente distinta.

En mi caso, cuando sentía que ya casi no podía mantener los ojos abiertos y sabiendo que iba a caer en la inconsciencia, no pude dejar de pensar en mi familia y, sobre todo, en Kalen. Me pregunté si de verdad merecía la pena perderlo por un error que cometió.

Sabía que no tenía que haberme mentido, pero al fin y al cabo lo hizo para tenerme cerca, para conocerme mejor. ¿Iba a dejar pasar la oportunidad de estar con él por algo así? No, desde luego que no, sobre todo después de conocerlo como lo había hecho durante esos meses.

Puede que me lo tomara mal cuando me enteré, pero ahora que había estado a punto de no volver a verlo, desde luego que no lo iba a permitir. Sabía que mi vida estaba junto a él e iba a luchar por ello.

—Cariño. —Era la voz de mi madre la que oía ahora—. Venga, perezosa, que ya te han quitado la sedación y puedes abrir los ojos. —Sentí un beso en la mejilla—. Anda que no tenías otra manera de hacer que viniéramos a Escocia. —La comisura de mis labios se movió un poco hacia arriba en un intento de sonrisa—. Que sepas que tu abuelo no se ha tomado muy bien que su primer vuelo haya sido en estas circunstancias.

—Mamá —dije cuando abrí los ojos. Me molestó un poco la claridad hasta que me fui acostumbrando a ella.

—Cariño, qué alegría que hayas abierto los ojos. —La vi emocionada, intentando aguantar las lágrimas—. Menudo susto nos has dado.

—¿Qué es lo que me ha hecho? Me acuerdo de todo, pero quiero saber qué es lo que me ha dañado.

—Te ha perforado el estómago y, al perder tanta sangre, tuviste una parada cardiorrespiratoria en el quirófano. —Se le escaparon dos lágrimas—. Se podría decir que has vuelto a nacer —suspiré de alivio.

Alivio por no haber muerto, alivio porque tenía otra oportunidad de vivir y esta vez iba a aprovechar hasta el último día de mi vida siendo feliz, porque lo iba a hacer, me lo merecía y me lo había ganado.

—Estoy aquí, no llores. Todo esto quedará en un mal recuerdo y listo.

Estuve hablando con ella un buen rato antes de que empezara a entrar poco a poco toda la familia. Y cuando digo toda la familia, incluyo a la de Kalen, porque para mí también se había convertido en mi familia.

Me decepcioné un poco cuando vi que habían entrado todos menos la persona que más ganas tenía de ver.

Mucho más sabiendo que él había estado conmigo, lo había oído hablar; no fue un sueño, estaba segura de que fue real.

Parecía que mi prima me había leído la mente. Fue la que se acercó a hablar conmigo y a decirme dónde estaba.

—Lo hemos obligado a que vaya a casa y se dé una ducha; llevaba sin despegarse de ti desde que te subieron a la habitación —me contó, explicándome que lo había estado pasando muy mal, no solo él, sino todos—. Verás cuando llegue y vea que te has despertado y que, por nuestra culpa, no estaba aquí —sonreí un poco al escucharla.

No sabía si era por los sedantes o por qué, pero el caso es que después de un rato me fui quedando dormida de nuevo.

Recuerdo que la siguiente vez que volví a abrir los ojos era de noche; eso lo deduje porque había mucho silencio y estaba todo muy oscuro.

Al girar la cabeza, me di cuenta de que Kalen estaba dormido en un sillón justo a mi lado. No quise despertarlo, ya que mi madre me dijo que llevaba tres días sedada y que, durante esos tres días, Kalen había dormido solo a ratos y muy pocas horas.

Me quedé mirándolo durante un rato, detallando su rostro con la mirada, fijándome en que la barba le había crecido un poco más de lo que normalmente solía llevarla.

Estaba segura de que no había querido perder tiempo en recortársela. Solía hacerlo cada dos días, más o menos, y mientras se arreglaba la barba, a mí me gustaba apoyarme en el marco de la puerta y observarlo en silencio, disfrutando de ese gesto tan suyo.

Al principio sé que se ponía un poco nervioso cuando notaba mi mirada sobre él, pero con el tiempo se fue acostumbrando. Incluso llegó a gustarle, y a mí todavía más.

Me detuve en cada rasgo de su rostro; cuanto más lo miraba, más me gustaba y más me enamoraba de aquel hombre.

No nos conocimos de la mejor manera, pero desde el mismo instante en el que nuestras miradas se cruzaron, la atracción que sentimos los dos era innegable.

—Hola —le dije cuando abrió los ojos.

—Hola, preciosa. —Se levantó y dio un paso hasta sentarse en el filo de la cama y coger mi mano—. ¿Cómo te sientes? ¿Te duele mucho? ¿Llamo a la enfermera? —Me hacía una pregunta tras otra, y eso era porque estaba muy nervioso.

—Estoy bien, de verdad. Es cierto que no estoy para saltar ni bailar, pero me encuentro bien —le dije moviendo el pulgar por encima de nuestras manos unidas.

—Nena, siento tanto todo… Si no hubiera sido por mí, nada de esto te habría pasado —me fue contando cómo se sentía, que jamás se perdonaría lo ocurrido.

Me dolía verlo así, porque no se lo merecía. Sobre todo sabiendo que errores habíamos cometido los dos, pero ahora sí teníamos la oportunidad de hacer las cosas bien, mirando por nosotros, por nuestros sentimientos y queriéndonos bien y bonito.

Esa noche hablamos mucho, de todo: de lo que sentíamos, de lo que queríamos para el futuro, del amor que nos teníamos, y decidimos dejarlo todo atrás para seguir con fuerzas.

A los diez días me dieron el alta, diciéndome que todo estaba bien dentro de lo que había pasado, que tenía que ir con tranquilidad, no hacer esfuerzos y que tampoco podía comer comidas pesadas; vamos, que básicamente mi dieta iba a seguir basándose en líquidos y purés.

Después del alta me sentía como si me estuvieran vigilando continuamente. Si no era Kalen, eran mis padres o los suyos, pero siempre había alguien pendiente de mí.

Así estuvieron dos meses, hasta que en el hospital me dieron el alta definitiva.

Desde ese momento empecé a retomar mi vida poco a poco. Lo mejor que salió de todo aquello, además de que mi relación con Kalen se había fortalecido aún más, fue que pude disfrutar de mis padres y de mis abuelos, ya que se quedaron en casa todo ese tiempo.

—No quiero dejar pasar más tiempo —me dijo una noche, cuando estábamos tumbados en la cama después de hacerme el amor con una ternura y un cuidado infinitos, por primera vez desde que Maggie me apuñaló.

—No te entiendo. —Giré un poco la cabeza para mirarlo a la cara.

—Quiero que te cases conmigo. Sé que para mucha gente el matrimonio no significa gran cosa, pero para mí sí. Necesito sentir que lo tenemos todo unido, que somos un nosotros en todos los sentidos —iba dejando pequeñas caricias con las puntas de los dedos por el brazo que tenía apoyado sobre su pecho.

—Esa es tu manera de pedirme que me case contigo. —Se me escapó una pequeña sonrisa.

—No, esta es mi manera de decirte que pongas fecha rápido, porque, aunque no estemos casados, eres mi mujer. —Me dio un beso corto en los labios, pero no por ser corto tuvo menos sentimiento.

—Si insistes tanto, no me queda más remedio que decirte que acepto encantada.

—Nena, que ibas a aceptar ya lo sabía; lo que quiero es que me digas que nos vamos a casar en poco tiempo. —Me recostó sobre el colchón para colocarse sobre mí—. ¿Qué te parece en una semana?

—Estás loco; que no me gusten las bodas pomposas no significa que en una semana lo pueda organizar todo —le contesté entre risas—. ¿Dos meses? —le pregunté entre un gemido cuando empezó a introducirse en mi interior.

—Ni un día más —dijo, estando completamente dentro de mí—. Y ahora que lo hemos dejado claro, vamos a recuperar un poco del tiempo que hemos perdido. —Me besó con pasión.

Así fue. Esa misma noche empezamos a recuperar el tiempo que llevábamos sin entregarnos el uno al otro.

Capítulo 35



Kalen

Estaba todo como lo habíamos planeado; tengo que decir que se implicó toda la familia en la organización de la boda.

Entre Seren y yo decidimos que, aunque teníamos muchos compromisos con la empresa, para nuestra boda solo iban a estar nuestras familias y amigos más cercanos.

Con los compromisos haríamos una comida otro día, pero en nuestra boda no estarían, porque ese era nuestro día y en él solo queríamos a las personas que de verdad eran importantes para nosotros.

Como he dicho antes, la boda la habíamos organizado entre todos, aunque el mayor peso lo llevamos Seren y yo, como era normal.

Pero había algo que había hecho por mi cuenta y que sabía que le iba a hacer mucha ilusión. Me había costado la misma vida poder conseguirlo, pero al final, entre videollamadas y mensajes, lo había podido cuadrar todo.

No podía evitar sonreír al imaginar la cara que iba a poner cuando viera a ciertos invitados. Mira que me había costado mantener esto en secreto.

La boda la íbamos a hacer en nuestra casa; era demasiado grande y teníamos unos jardines que eran mejores que los que tenía la mayoría de los hoteles, por eso mismo vimos una tontería hacerla en otro lugar.

Contratamos un catering muy bueno y ellos mismos se encargaron de poner las carpas en el jardín.

Para la decoración también contratamos una floristería especializada en este tipo de eventos. Y para la fiesta posterior, un DJ, porque ninguno de los dos queríamos música en directo.

No podía estar más contento al ver el resultado final, al menos con lo que había podido ver antes de salir de casa para venir a la que tenía en el centro de la ciudad, ya que sería allí donde me vestiría.

Mi hermano, mis padres y Lewis se vinieron conmigo, pero, aparte de ellos, también vinieron cinco hombres más.

No os preocupéis, porque cuando os los nombre estoy seguro de que vosotras los conoceréis mejor que yo; de eso no me cabía la menor duda.

—Tío, ¿estás seguro de que te quieres casar? —me preguntó Hugo—. Con lo bien que se está soltero, sin tener que dar explicaciones a nadie.

—Le dices eso porque a ti te encanta estar enseñando tu anaconda a unas y a otras, pero no todos somos como tú —le dijo el que se llamaba Aitor.

Este era el más joven de los escritores, pero eso ya lo sabéis vosotras.

—Tú a callar, chiquitín, y deja que los adultos hablemos de esto —le volvió a decir Hugo.

—Hugo, yo nada más te voy a decir que, como las chicas se enteren de que estás intentando disuadir a Kalen para que no se case, vas a perder eso que tú llamas anaconda —le dijo Marcos.

—A ver, no es por nada, pero es la boda de Kalen y estáis hablando tonterías —dijo Dylan—. Si es que al final hacéis que me ponga serio. —Negó con la cabeza sin dejar de reír—. Manu, ayúdame tú un poco.

—A mí no me hacen caso —le contestó.

—No sé si he hecho muy bien al pediros que vinierais el día de mi boda —les dije a todos.

—Tío, no te preocupes, que yo los controlo —habló de nuevo Hugo.

—¿Y a ti quién te controla? —le preguntó Dylan.

—Vosotros, como siempre hacéis —le respondió.

Desde luego que era normal lo que me había comentado Seren al decirme que las lectoras no se aburrían con ellos.

Aunque tengo que decir que a mi chica le iba a hacer mucha más ilusión ver a las escritoras que a ellos; que conste que no es por nada, simplemente porque para hombre que le hiciera ilusión, ya me tenía a mí.

—Es la hora de irnos —me dijo Owen—. Vosotros vais unos con mis padres y otros con Lewis. Recordad que Seren no os puede ver antes de dar el «sí, quiero», así que os toca esconderos junto con las chicas hasta que eso pase.

—Al escondernos junto con ellas no te puedo asegurar que salgamos todos vivos, pero contad con ello —dijo Marcos.

Yo me fui para casa con mi hermano; hablamos poco por el camino. Estaba nervioso, aun sabiendo que Seren no me iba a dejar plantado, pero no podía evitar estarlo.

Para ser exactos, estaba más ansioso que nervioso; daba igual, el caso era que hasta que no la tuviera delante de mí y hubiéramos dicho «sí, quiero», no me iba a quedar tranquilo.

No había mucha distancia entre las dos casas, por lo que no tardamos mucho en llegar.

Apenas entré, me di cuenta de que estaban casi todos sentados a ambos lados de la alfombra que se había puesto para llegar al altar y hacia allí me dirigí yo.

Por supuesto que antes fui saludando a todos los invitados.

Me coloqué en mi sitio y esperé a que apareciera la mujer de mi vida, esa con la que quería estar hasta el último de mis días, con la que soñaba formar una familia. La imaginaba embarazada, viendo cómo su vientre iba creciendo poco a poco, cómo nuestra vida tomaba forma dentro de ella.

Quería acompañarla en cada uno de los pasos que diéramos juntos, compartir decisiones, errores y aciertos, educar a nuestros hijos, verlos crecer, enseñarles valores, hacer de ellos buenas personas y, sobre todo, personas felices. Tan felices como íbamos a ser su madre y yo.

Salí de esos pensamientos en el instante en que empezó a sonar la canción que le daba paso. Apareció acompañada por su padre y el mundo, tal y como lo conocía hasta ese momento, se detuvo.

¿Sabéis esa sensación de quedaros sin respiración al ver algo tan increíble que os golpea de lleno en el pecho? Pues eso fue exactamente lo que me pasó a mí.

El corazón se me comprimió y durante unos segundos sentí que iba a dejar de latir.

La recorrí con la mirada, deteniéndome en cada centímetro de su cuerpo, grabando esa imagen en mi memoria como si fuera un tesoro.

Llevaba un vestido de manga larga de encaje; el escote, en forma de corazón, realzaba sus pechos, esos que me volvían completamente loco. El vestido se ajustaba a su cuerpo hasta la cintura y, desde ahí, caía con suavidad, sin ser pomposo ni excesivo. Era exactamente como Seren: sencilla, elegante y con una clase natural que no se aprende, se tiene.

Esa imagen no se me borraría jamás; sabía que me acompañaría hasta el último aliento.

Llevaba el pelo suelto y, entre los mechones de su cabello, habían colocado diminutas florecillas blancas que parecían hechas para ella.

Un ángel, a su lado, se quedaba en nada. Era la mujer más bonita que había visto en mi vida, con una belleza natural que no necesitaba adornos.

Cuando volví a mirar su rostro, me regaló la sonrisa más preciosa que le había visto jamás. Se la devolví deseando que llegara a mi lado, poder coger su mano y no soltarla nunca más.

—Cuida de ella, por favor —me dijo Logan cuando me entregó la mano de su hija.

—Hasta mi último aliento —le respondí, cogiendo la mano de mi mujer, porque para mí lo era desde hacía mucho tiempo—. Decir que estás preciosa se queda demasiado corto. Te quiero, vida mía —dije con la voz tomada por la emoción.

—Tú también estás muy guapo, pero eso ya lo sabes. —Me guiñó un ojo —. Te amo.

Rodeados de todas las personas importantes para nosotros, nos dimos el «sí, quiero» y llegó el beso más esperado. Si para todos era especial, para mí lo era infinitamente más.

Le rodeé la cintura, ella me rodeó el cuello y, sin apartar la mirada de sus ojos, la besé. En ese gesto silencioso le prometí una vida entera de amor, respeto y felicidad. Todo lo bueno y maravilloso que estaba por venir.

—Tengo una sorpresa para ti, espero que te guste, porque me ha costado la misma vida conseguirlo —le dije con una sonrisa—. Tienes que cerrar los ojos y abrirlos cuando yo te lo diga.

—Cariño, me estás poniendo nerviosa; sabes que no necesito nada, con tenerte a ti tengo suficiente. —Se alzó sobre las puntas de sus pies para llegar a darme un beso.

—Pero sé que esto no te lo esperabas y te va a gustar mucho, confía en mí —me hizo caso y cerró los ojos.

En ese momento entraron los once escritores; todos se pusieron delante de ella. Las chicas tenían unas sonrisas dulces en sus rostros y ellos sonreían,

pero con picardía.

—Nena, abre los ojos, mira lo que tienes justo enfrente —le susurré al oído para después darle un beso en esa zona.

—¡Ay, madre, ay, madre! —repetía una y otra vez—. No me puedo creer que estén todos mis escritores preferidos, esto es un sueño hecho realidad —decía dando saltos en el mismo sitio—. Gracias por hacer esto posible. —Se volvió hacia mí dando un salto y enganchándose a mí para llenarme la cara de besos.

—¿No hay besos para nosotras? —le dijo la que se llamaba Martina.

—Sí, claro, ay, Dios, que todavía no me lo creo; me he leído todos los libros que habéis escrito —los fue saludando a todos con besos y abrazos.

—Cariño, tenemos que hacernos unas fotos para mis redes —le dijo Ariadna.

Y fue ella la que empezó a dirigir las posiciones de cada uno para que quedara la foto perfecta.

Todas la trataron como si fuese una más de la familia; se veía lo buenas personas que eran.

El día fue transcurriendo sin descanso; bebimos, bailamos y nos reímos muchísimo.

Ya entrada la noche, no podía permitirme dejar pasar ni un segundo más sin llevarme a mi mujer conmigo. Me daba igual el lugar, incluso si tenía que ser mi despacho; la urgencia de hacerla mía, de sentirla, crecía a cada latido.

Así que, aprovechando un descuido de los pocos invitados que aún quedaban, la tomé de la mano y me la llevé conmigo. Cerré la puerta tras nosotros y, sin necesidad de palabras, la senté sobre mi mesa. Le levanté el vestido con manos impacientes y, sin demasiados preámbulos, me uní a ella, como si el mundo entero hubiera dejado de existir fuera de esas cuatro paredes.

Nos dejamos llevar por las ganas acumuladas, por la pasión que siempre nos había unido y que esa noche ardía con más fuerza que nunca. Fue pura necesidad, entrega y amor desbordado, la confirmación silenciosa de que ya no había marcha atrás, de que aquello que nos unía era para siempre.

La hice gritar y pedir más; no me detuve hasta que la hice llegar al clímax dos veces antes de hacerlo yo.

Así, en nuestra fiesta, rodeados de nuestra familia y amigos, empezó nuestra nueva vida.

Epílogo



Cinco años después…

Seren

—Pues ya estamos llegando al final de mi historia de amor —le dije a Sarah—. Todavía no me puedo creer que me llamaras para que te contara mi historia con Kalen.

—Me fascinó cuando en tu boda hablamos y me contaste cómo os conocisteis —me contestó ella con una dulce sonrisa.

—De verdad, me cuesta creer que quieras hacer una novela con mi historia.

—Pues no te debería costar, porque, como te he dicho, es una historia fascinante, aunque todavía me tienes que contar qué ha sido de tu familia y de tu vida con Kalen en estos cinco años.

—Ains, Sarah, ¿por dónde empiezo? Me da miedo, no porque haya pasado nada malo, todo lo contrario, solo me han pasado cosas buenas, pero van a pensar que mi vida es demasiado de color de rosa —le contesté con la mente puesta en estos cinco años.

—¿Color de rosa después de haber estado a punto de morir por una loca? No, cariño, tienes lo que os merecéis, ya sufriste lo tuyo. Te tocaba vivir una vida bonita y tranquila. —Me cogió la mano por encima de la mesa.

Me costaba mucho creer que Sarah se hubiera puesto en contacto conmigo para que le contara mi vida y mi historia de amor, pero me hizo mucha ilusión, por lo que la invité a mi casa a pasar una semana con nosotros.

Y aquí estábamos, después de llevar todos estos días hablando de mi vida, mientras ella tomaba nota de todo lo que le iba contando y, no solo eso, implicándose con mi familia, tratándonos con cariño, el mismo que ella recibió por nuestra parte.

—¿Qué te parece si me empiezas a contar qué ha sido de tu familia? No digo la que has creado aquí, sino la que te dejaste en España.

Bueno, si ella lo necesitaba para darle el punto final a su novela, pues eso haría.

Primero empezaría a hablarle, como ella me había dicho, de mi familia de allí.

Mis padres decidieron vender su clínica dental y venirse a vivir aquí. Dijeron que querían estar presentes en la vida de sus futuros nietos, así que no lo pensaron mucho y aquí llevaban ya cuatro años.

Se habían comprado un chalé cerca de donde vivíamos; bueno, no lo habían comprado, se lo regalamos Kalen y yo, pero no solo a mis padres, también lo hicimos con los suyos y con mis tíos.

Pero vamos por partes. Como iba diciendo, llevaban viviendo aquí cuatro años y os juro que en ese tiempo vi a mi padre más feliz que en toda su vida.

Era raro el día que no pasaban por casa para recoger a mis hijos y llevárselos a la suya o, simplemente, se los llevaban para darles un paseo por el parque o por cualquier otro sitio.

A mis tíos, ya me habéis escuchado antes, también les compramos un chalé al lado del de mis padres, así que sí, también se vinieron siguiendo los pasos de los míos. Ellos tampoco querían estar lejos de su nieta y de mis hijos.

¿Y mis abuelos? ¿Quién iba a decir que, a su edad, iban a dejarlo todo atrás para estar cerca de su familia? Ellos lo hicieron sin mirar atrás.

Por no decir que sus palabras fueron que el hogar no está donde naces, el hogar está donde están tus seres queridos, así que se vinieron junto a todos los demás.

Ellos, en cambio, no quisieron que compráramos una casa; decían que ya estaban un poco mayores para vivir solos, así que vivían con mis padres.

Es cierto que era consciente de que ya estaban mayores y que, por desgracia, sabía que no los íbamos a tener muchos más años, pero bueno, en eso mejor no pensaba y ya lo pasaría todo cuando llegara el momento. Por ahora, lo único que me importaba era que todavía estaban con nosotros.

Al estar los tres chalés juntos, era como una pequeña urbanización llena de mi familia; es una forma de hablar, como ya habréis pensado. Aun así, no dejaba de hacerme gracia. Me reí para mis adentros al pensar en todos los cambios que había vivido mi vida en poco más de cinco años, en cómo todo había ido encajando casi sin darme cuenta, hasta crear ese pequeño refugio familiar del que me sentía tan orgullosa.

Mis suegros, Maela y Gregory, para mí se convirtieron en mis segundos padres. Desde el primer momento me acogieron con los brazos abiertos, sin reservas, sin condiciones, haciéndome sentir parte de su familia como si siempre hubiera estado allí.

Fue un auténtico alivio ver que se llevaban tan bien con mis padres, mis tíos y mis abuelos. Entre todos crearon un vínculo precioso, de esos que no se fuerzan y que nacen de forma natural, basado en el respeto, el cariño y las ganas de cuidarse los unos a los otros. A día de hoy seguían contando siempre entre ellos, para lo bueno y para lo malo, formando una red tan fuerte que sabía que, pasara lo que pasara, nunca íbamos a estar solos.

Ahora vamos con Laura. Ella siguió la relación con Lewis y de esa relación nació su hija Mía.

Un encanto de niña rubia y de ojos marrones que tenía locos a todos los abuelos. Sí, como lo estáis oyendo, porque tanto ella como mis hijos o los hijos de mi cuñado no tenían solo cuatro abuelos; aquí todos eran abuelos de todos.

Anda que no se liaban los pobres niños cuando eran más pequeños, llamando a unos abuelos y a otros no, así que, como todos éramos una familia muy unida, se decidió que les llamaran a todos abuelos, y así se quedó.

Pues eso, que Laura hizo una boda doble. Esperad y que no cunda el pánico, porque no se casó con dos hombres; aparte de que estaba prohibido, ella estaba enamorada solo de su marido.

Cuando digo que hizo una boda doble, quiero decir que ese mismo día se casaron también Owen y Ava.

Fue muy divertida, porque ellas se quisieron casar alquilando un castillo y que todos los invitados fuésemos vestidos con los típicos trajes escoceses.

La verdad es que nos lo pasamos muy bien. Tuvieron una idea maravillosa de la que nunca me iba a olvidar.

Mía tenía dos añitos, era la más pequeña de la familia y, como era la única niña, se había convertido en la princesa de todos. Bueno, eso hasta que Laura tuviera a la segunda niña.

Y para que eso pasara faltaba un mes escaso.

Mi cuñado y Ava tenían un niño de tres años y medio. Sí, se casó, como se dice en mi país, de penalti.

Al niño le pusieron Gregory, como mi suegro. Y por ahora decían que no querían más niños, que con el que tenían era suficiente.

Mi sobrino era un kamikaze total, vamos, que no le tenía miedo a nada. Donde había algo de peligro, allí estaba él. No sé cómo se las arreglaba, porque con lo pequeño que era todavía, siempre estaba haciendo de las suyas, y mira que lo vigilábamos constantemente.

Antes de hablar de mi matrimonio y de mis hijos, no quiero que se me olvide deciros que Maggie fue condenada por intento de asesinato a quince años de prisión a cumplir íntegros, así que todavía le quedaban diez más. A mí me iba a quedar el recuerdo grabado en mi cuerpo toda la vida.

Ahora sí, ahora me toca contaros mi vida con Kalen. Uf, ¿quién me iba a decir que iba a terminar enamorada del hombre con el que decidí soltarme el pelo una sola vez en mi vida? Aquel día no buscaba nada, solo quería sentirme libre, dejarme llevar un poco… y acabé encontrando todo.

Porque, aunque suene a tópico, a veces las mejores cosas llegan cuando menos las esperas y cuando te permites ser tú misma sin miedo ni vergüenza. Bendita fue esa vez en la que fui valiente y dejé la timidez a un lado, porque gracias a ese pequeño acto de rebeldía hoy tenía esta familia tan bonita y al amor de mi vida caminando a mi lado.

Kalen y yo tuvimos dos hijos, sí, y los dos llegaron en el mismo pack, como solemos bromear. Nada de uno primero y otro después, no; nosotros fuimos directos al combo completo.

Kalen siempre decía que, cuando hacíamos las cosas bien, las hacíamos a conciencia. Y tenía razón. Porque nuestros hijos no eran mellizos, no, qué va… tenían que ser gemelos, idénticos hasta para tomarnos el pelo con los cambios.

Y eso que eran pequeños, no me quería ni imaginar cuando fueran creciendo. Adam y Logan eran idénticos.

Claro está que su padre y yo los sabíamos diferenciar, pero al resto de la familia les costaba un poco más de trabajo.

No sé ni cómo describirlos. En lo físico eran iguales a su padre; en la forma de ser tenían una mezcla de los dos, así que ya os podéis imaginar el carácter explosivo que tenían, aunque con un corazón muy noble.

Para Kalen y para mí, desde luego, eran los mejores hijos que podíamos haber tenido en la vida.

Eso sí, con estos dos habíamos decidido cerrar la fábrica. Con ellos teníamos más que suficiente.

Ahora os voy a contar un secreto. Como hoy era el último día que Sarah iba a estar en mi casa, le había preparado una sorpresa, que no era otra que hacerle una despedida con toda la familia.

Así que, mientras yo estaba hablando aquí con ella, Kalen, junto a toda la familia, estaba preparando todo en el jardín de casa. Por eso le había dicho que habláramos en el salón pequeño de casa, con la excusa de que aquí nadie nos iba a molestar.

—Pues hasta aquí ha sido mi vida —le dije con un suspiro cuando terminé de contárselo todo.

—¿Y te parece poco? —me preguntó riendo—. Me has contado poco de Kalen y de ti durante este tiempo —me dijo con una chispa de duda en la voz —. ¿Está todo bien entre vosotros?

Sonreí al escuchar la preocupación con la que me lo preguntó.

Suspiré, pero fue un suspiro de esos de ensoñación, porque mi vida con Kalen era un auténtico sueño.

Si estaba enamorada de él cuando me casé, con el paso de los años lo estaba mucho más.

Kalen era un hombre que siempre me demostraba su amor y, lo que era muy importante en una pareja, nunca dejó de demostrarme lo atraído que se sentía por mí.

Prueba de ello eran las noches y los días en los que me hacía poner los ojos en blanco, llevándome a vivir placeres que nunca creí que fueran posibles.

Lo quería con toda mi alma, no imaginaba una vida en la que él no estuviera presente y sabía que él me quería de igual manera.

Llamaron a la puerta con un golpe suave y por ella apareció la cabeza de mi marido.

—¿Habéis terminado? —nos preguntó a las dos, pero no apartó la mirada de mí.

—Sí —le contestó Sarah, guardando todas sus cosas en la funda del portátil—. Voy a subir un momento a dejar el ordenador en la habitación y bajo —nos dijo, dejándonos solos.

En cuanto se fue, me acerqué a Kalen para abrazarlo por la cintura. Me encantaba cuando me rodeaba con sus brazos y yo apoyaba mi frente en su pecho.

—¿Todo bien, nena? —me preguntó pasando su mano por mi espalda, dándome caricias.

—Todo perfecto. Es solo que me he puesto un poco sentimental al hablar con ella, pero es porque he recordado todo lo bonito que hemos construido.

—Sí, hemos formado una bonita familia en la que no falta el amor ni el cariño —me dijo, dándome un beso en la frente.

—Te amo más que a mi vida y nunca voy a dejar de hacerlo —le dije antes de darle un beso lleno de ternura.

—Yo también te amo, a ti y a nuestros hijos —me dijo mirándome con una mirada llena de amor.

Bueno, chicas, esto ha sido todo. Ahora será mejor que os deje, que tengo que terminar de preparar la despedida de una de mis escritoras favoritas.

Espero que os vaya muy bien en la vida y que siempre seáis muy felices.

Millones de besos.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: Sarah Rusell
Instagram: @sarah_rusell_autora
Página de autora: relinks.me/SarahRusell
Twitter: @ChicasTribu
